La destrucción del reino de los gansters

Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA FUGA INTERRUMPIDA

Dos hombres se hallaban sentados, el uno frente al otro, en la parte superior de una de las casas de pisos más moderna del Bulevar. Uno estaba pálido y nervioso.

Su rostro se estremecía convulsivamente al chupar un cigarro puro con enorme rapidez. Su compañero contrastaba notablemente con él.

Bajo de estatura, mofletudo y sereno, tenía aspecto de hombre que rara vez se turbaba.

El fragor del tráfico nocturno de Chicago parecía lejano, no obstante lo cual, turbaba al hombre nervioso. Tiró su cigarro en un cenicero y se acercó a la ventana.

Retiró las cortinas cautelosamente y miró las luces brillantes del Lazo.

Luego se volvió para encararse con su compañero.

-He acabado con todo eso, Arma -dijo-. He acabado. Quiero salirme... si puedo. Pero no hay manera de salirse de esto.

Hizo un movimiento con el brazo, en dirección a la ventana, para indicar la ciudad. Su mirada era suplicante al posarse sobre su compañero, que permanecía sentado.

Arma quedó pensativo unos instantes luego habló con deliberación.

-¿Cuándo espera usted jaleo, Prescott? -inquirió.

-¡Pronto! -le contestó-. !Muy pronto!

-¿Esta noche?

-No. Creo poder contar con unos días. -Su rostro demacrado daba muestras de una tensión prolongada e ininterrumpida. Mediante un esfuerzo logró dominarse y se sentó en el borde de la silla.

-Arma -dijo-, he hablado demasiado. Lo hice para cubrirme. Creí que así me hacía el listo, como si hubiera estado coleccionando datos acerca de las bandas por distracción. Nadie sospecharía nunca que Horace Prescott estuviera metido en esos asuntos también. »Me salió la cosa bien hasta que empecé a hacer tonterías. Cuando me puse a jugar con bandas rivales, creyeron que les estaba haciendo traición.

»Ahora se disponen a darme el paseo. ¡El paseo, Arma! ¡Ya sabe usted lo que eso significa!

El otro le interrumpió: -Fuera de Chicago... -empezó a decir.

-Es lo mismo. Me seguirán a todas partes. ¡Me matarán!

-Fuera de Chicago -repitió Arma, con insistencia-, estará usted a salvo. Le prometí a usted que sería protegido en cuanto se hallara fuera de esta ciudad.

»Ha hecho usted su parte. Me ha dado los informes que necesitaba. Ha estado usted en contacto con Pete Varona y con Mike Larrigan.

-Sí -asintió Prescott-. Sé cómo trabajan esas cuadrillas. Demasiado he visto de ellas -su voz estaba preñada de amargura-, y, cuando dije que al jefe Nick Savoli puede alcanzársele por mediación de Pete Varona, hablaba en serio. Pete es el hombre de confianza del jefe.

-Tiene usted razón al decir que ha hablado demasiado -prosiguió Arma, tranquilamente-. Sin embargo, su seguridad en el porvenir estriba en eso, precisamente.

»Yo represento a un hombre, Prescott, que es más poderoso que todos esos bandidos.

-En Chicago no.

-En Chicago no -asintió Arma-. Aquí no... actualmente. Pero más adelante -su voz era profética-, la situación puede ser diferente.

Horace Prescott pareció algo tranquilizado por la serenidad de su interlocutor. Miró a Arma, interrogador, esperando que aquel hombre le dijera algo más.

-El hombre de quien he hablado -dijo Arma-, ha estado haciendo planes para iniciar una campaña sorprendente. Ni siquiera yo, su agente conozco los detalles.

»Sólo sé que está relacionada con la situación actual de Chicago; que los bandidos están a punto de conocer el poder de ese hombre. Vine aquí como investigador confidencial. Conocí el nombre de usted por Clyde Johaston.

-Él sabe mucho de mí -observó Prescott-. Es un buen amigo.

»Ya le he contado a usted a qué me dedico. Vendo bebidas alcohólicas de contrabando a la sociedad y a los clubs de lujo. La policía nunca me ha molestado. Yo era un hombre de sociedad, con unas buenas rentas derivadas de una herencia. Eso es verdad en parte. Sólo que he estado ganando más vendiendo contrabando, que cortando el cupón.

-Las instrucciones que yo recibí -volvió a hablar Arma-, fueron que me pusiera en contacto con un hombre como usted.

»Soy agente de seguros de profesión. Mis clientes son hombres de dinero. No me costó gran trabajo averiguar quién estaba suministrando licores a gente de dinero. Al hablar con Johaston, descubrí que le había confesado que se hallaba en dificultades.

Prescott movió, afirmativamente, la cabeza.

-Johaston no compra bebidas -dijo-. Me dio la mar de consejos en cuanto supo que estaba metido en estos trotes. Es un amigo de antiguo, ¿sabe? Pensaba sólo en mi bienestar. Dijo que me saliera de esos negocios tan sucios. Le dije que me era imposible.

-Sí -asintió Arma-, sentía mucha aprensión por usted. Me contó cuanto sabía de usted al decirle yo que tal vez podría hallar manera de ayudarle. Le llamó a usted por teléfono estando yo en su despacho. De ahí nuestra entrevista de esta noche.

-Me he portado bien, ¿no? -inquirió Prescott, suplicante-. Le conté a usted todo, ¿no? Si quiere que le dé por escrito todos los detalles...

-No hay necesidad de eso -contestó Arma, secamente-. Tengo una memoria excelente. Redactaré mi informe más tarde.

»El verdadero trabajo ahora es sacarle a usted de Chicago. En Nueva York estará usted más seguro.

-¡En Nueva York! -exclamó Prescott, alarmado-. Pero... ¡si hay bandidos allí que trabajan en cooperación con las cuadrillas de Chicago!

-Eso es cierto; pero el hombre cuyas instrucciones sigo se halla también en Nueva York. Él se encargará de que no le pase a usted nada.

»Está usted dispuesto a abandonar esta vida. Ha contado cuanto sabía. En pago de ello se le enviará a lugar seguro.

El hombre mofletudo sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Horace Prescott.

-Este sobre contiene un billete para Nueva York -dijo-, con butaca reservada en el tren de las once y media, que sale de la estación de Michigan. Marchará usted esta noche.

»En Nueva York, irá a parar al Hotel Metrolite y usará mi nombre: Claudio T. Arma. Recibirá usted instrucciones de mi jefe inmediatamente.

-¿Viajará usted conmigo?

-No. Yo tengo billete para Omaha, Nebraska. Tengo que hacer allí.

»No olvide, Prescott, que soy corredor de seguros. Viajo mucho. Me traje aquí la maleta esta noche al venir a verle. Me acompañará usted como si no fuese más que a despedirme. Pero nuestras rutas serán completamente opuestas.

»Los que me sigan seguirán una pista falsa. En cuanto se halle usted apeado en la estación de Michigan, la única pista seré yo.

El semblante de Horace Prescott expresó la más viva satisfacción. Se había confiado a aquel hombre porque se hallaba en una situación difícil. Creía a pie juntillas cuanto le había dicho Arma.

Estaba seguro ya de que aquella noche, se le presentaba la ocasión de esquivar las amenazas que se cernían sobre él.

Prescott oprimió un pulsador que había en la pared. Entró un criado japonés.

Prescott estaba a punto de dirigirle la palabra, cuando llegó un ruido de la calle. Era la explosión del escape de un automóvil.

Prescott se puso en pie de un brinco y cruzó medio cuarto antes de poderse reprimir. Se dominó mediante un esfuerzo. Aún quedaban huellas de su alarma en su semblante. Había confundido el ruido del escape con el disparo de una pistola.

-Togo -le dijo a su criado-, el señor Arma se marcha dentro de diez minutos. Le acompañaré hasta la estación. Dígale a Sonie que prepare el coche inmediatamente.

El criado salió para telefonear al garaje. Prescott consultó su reloj. Encendió una panetela y chupó, nervioso. Luego tiró el puro.

-Confío en usted, Arma -dijo de pronto, hablando a borbotones-. Sé que su ofrecimiento es sincero. Si esos ratas quisieran quitarme del paso, no emplearían plan complicado alguno para hacerlo.

»Creí, durante unos instantes, que su ofrecimiento era falso; pero eso resultaría absurdo. He abandonado los negocios ilegales ya. Voy a vivir honradamente. No sé quién es su jefe; pero tiene usted confianza absoluta en él. Me alegro de haber sido sincero con usted.

Consultó su reloj.

-Sonie debiera de estar aquí ya -prosiguió-. Baje usted primero, con su maleta. Métase en el coche. Si ve usted a alguno merodeando por aquí, vuelva a subir, como si hubiera olvidado algo.

»Si no recibo aviso alguno de usted, bajaré dentro de unos minutos. Deje la portezuela del coche medio abierta.

Arma movió, afirmativamente, la cabeza. Cogió la maleta y salió del piso.

Cuando llegó a la calle, vio el coche de Prescott parado delante del edificio.

El chófer estaba sentado al volante.

Prescott había enviado anteriormente el coche en busca de Arma, de forma que éste lo reconoció inmediatamente.

Abrió la portezuela de atrás y subió. Cerró la portezuela y se asomó a la ventanilla, mirando de un lado a otro de la calle. A nadie vio. De pronto, con gran sorpresa suya, el coche empezó a ponerse en movimiento. Arrancó bruscamente y Arma cayó hacia atrás en su asiento. Su mano extendida tocó una forma humana. Allí, a su lado, había un hombre atado de pies y manos y amordazado.

El coche se detuvo a la vuelta de la esquina en el preciso momento en que Arma encendía la luz. Tan absorto estaba el agente de seguros que no se dio cuenta de que había dejado de andar el automóvil

Porque la luz le había permitido ver las facciones del hombre atado. ¡Era Sonie el chófer de Horace Prescott!

-¿Qué diablos está usted haciendo?

La pregunta emanaba del asiento del conductor. Arma miró al hombre que había ocupado el puesto del chófer. El que hablaba tenia cara de pistolero profesional.

-¿Cómo se ha metido usted aquí? -inquirió el hombre mirando con ira a Arma.

Antes de que el interpelado pudiera responder, le sobresaltó el ruido de una salva de tiros.

El sonido procedía de la vuelta de la esquina.

-¡Pronto! -ordenó el conductor-. ¡Lárguese de este coche antes de que...!

Arma no esperó a que se lo repitiese. Comprendió, instintivamente, que se estaba cometiendo un asesinato. Saltó a la calle y dobló corriendo la esquina.

En aquel momento se estaba apartando un coche del bordillo. Un cuerpo yacía sobre la acera.

Arma corrió hacia el caído. Varias balas rebotaron en el pavimento, a su lado. Los que ocupaban el coche que huía, le habían visto y disparado al doblar el automóvil la esquina.

Se metió en el portal. Luego, dándose cuenta de que había pasado el peligro, corrió hacia el hombre que yacía en la acera.

-¡Muerto! -exclamó, luego de haber levantado los hombros del otro.

El cuerpo aquél estaba completamente exangüe.

La cabeza cayó hacia atrás al incorporarlo Arma. La luz procedente del edificio dio de lleno en su rostro. El corredor de seguros exhaló una exclamación de horror.

¡El asesinado era Horace Prescott!

CAPÍTULO II
ARMA HABLA

Un pequeño grupo de hombres se había formado alrededor del lugar en que yacía Horace Prescott. Tres policías de uniforme se hallaban de guardia, ordenando a los transeúntes que circularan.

Un asesinato perpetrado por los bandidos era suficiente para atraer a la gente hasta en Chicago.

Unos cuantos agentes de policías se encontraban también allí. Los únicos otros individuos privilegiados eran dos o tres hombres que habían esquivado la vigilancia de los policías y que se hallaban en segundo término.

Los detectives vigilaban a cinco personas que se hallaban, temporalmente, bajo su custodia.

Uno de ellos era Claudio Arma. Con él estaban dos hombres que habían presenciado el crimen a distancia. Los otros eran Togo y Sonie.

El criado japonés había bajado con Horace Prescott. Había oído los disparos cuando regresaba al ascensor.

A Sonie le había encontrado la policía en el automóvil. Arma les había conducido a él. El coche se hallaba abandonado.

Se acercó un coche de la policía y se apearon de él dos hombres. Uno era el capitán Julius Weater. El otro, Barney Higgins, ayudante de comisario de detectives. Era muy conocido como investigador, de los asuntos de los bandidos.

Los detectives se mostraron súbitamente alerta al presentarse sus jefes. Se les había ordenado que aguardasen la llegada de Weaver y Higgins, los cuales se hallaban en la Dirección General de Seguridad al llegar la noticia del asesinato.

Barney Higgins dirigió una mirada al cadáver. Se volvió hacia Weaver y movió, afirmativamente, la cabeza.

-Han liquidado a Prescott -dijo-. Tenía que ocurrirle tarde o temprano. Sabía que estaba metido en negocios sucios; pero no creía que estuviera tan metido como para esto.

Higgins empezó a inspeccionar rápidamente el lugar. Satisfecho de sus observaciones, volvió a reunirse con el capitán. Se dieron órdenes para el levantamiento del cadáver.

El comisario se acercó al grupo de hombres próximo a los detectives.

-Estos dos fueron testigos oculares -explicó el detective-. Este -señaló a Arma-, estuvo arriba con la víctima. Bajó y se metió en el coche. Le llevaron hasta la vuelta de la esquina y le dijeron que se largase.

Higgins miró a Arma, unos instantes; luego se volvió, de nuevo, al detective.

-Este hombre -prosiguió el detective, refiriéndose a Sonie-. Era el chófer. Le tenían atado, dentro del automóvil.

-Se me echaron encima en cuanto llegué -observó Sonie.

-¿Qué aspecto tenían? -inquirió Higgins.

-No lo sé -respondió el chófer, sin vacilar-. No les pude ver en la oscuridad.

Higgins le miró, como si dudase que estuviese diciendo toda la verdad.

Luego se volvió, lentamente, hacia Togo.

-Criado japonés -explicó el detective-. Bajó en compañía de la víctima...

-Condúzcalos a jefatura --ordenó Higgins-. O, si no, aguarden.

Miró a Claudio Arma.

-¿Cómo se llama usted?- inquirió.

-Claudio H. Arma.

-¿Profesión?

-Agente de seguros, de Nueva York.

-¿Presenció usted el asesinato?

-No. Estaba en el coche. El hombre que conducía me llevó hasta la vuelta de la esquina.

-¿Qué aspecto tenía?

-Estatura regular; moreno y de cara bastante desagradable. Parecía un pistolero.

-¿Le reconocería usted si volviera a verle?

-Sí.

Higgins le escudriñó.

-¿Qué sabe usted de Prescott? -preguntó, bruscamente.

-Sé que estaba esperando que le ocurriera esto -contestó Arma, tranquilamente-. Le conocí por mediación de un amigo y descubrí que tenía muchas ganas de salir de la ciudad. Me explicó sus motivos.

-¿Cuáles eran?

-Sus relaciones con las cuadrillas de bandidos. Me dio todos los datos de importancia respecto a ellas.

Higgins dirigió una mirada al capitán de policía y éste movió afirmativamente la cabeza, como expresando su aprobación.

-Acompáñeme -dijo el comisario-. Puede usted contarme lo que sepa en cuanto lleguemos a Jefatura.

Claudio Arma sonrió. No tenía motivos para ocultarle cosa alguna a la policía. No sabía sin embargo qué uso harían de los informes que él les diera.

Higgins parecía saber mucho acerca de las relaciones de Prescott. Sin embargo, Arma estaba seguro de que él poseía datos de vital importancia que Higgins desconocía por completo.

Un joven se acercó y saludó al comisario. Era Jerry Kirklyn, redactor de un diario de Chicago.

-Hola, Barney -dijo-. ¿Qué ha sido? Parece como si alguna de las cuadrillas tuviese ambiciones sociales en cuestión de asesinatos. ¿Tiene algo que contarme?

-Más tarde, Jerry -le respondió el comisario-. Véame en Jefatura cuando haya acabado de interrogar a los testigos.

Llamó a un lado al periodista.

-Aguarde a que este Arma preste declaración -dijo-. Vamos a saber toda la verdad acerca de las relaciones de Prescott con las cuadrillas. Pero aguarde hasta entonces.

-Los detectives me dicen -afirmó Kirklyn-, que Prescott sacó una pistola y respondió al fuego cuando cayeron sobre él tres hombres a la salida del vestíbulo. Dicen que hirió a uno de ellos. ¿Es cierto?

Higgins interrogó a uno de los detectives, que le respondió afirmativamente.

-¿Qué me dice de esto? -preguntó el periodista-. ¿No pueden dar con la pista del hombre por medio de los hospitales?

-Sabe usted demasiado bien que no, Jerry. Estos bandidos tienen sus propios médicos. ¿No recuerda usted el médico al que dieron el paseo hace seis meses? Era un matasanos que estaba a punto de traicionarles.

»El bandido a quien hirió Prescott se hallará camino de casa de algún médico de esos, en este momento.

Jerry Kirklyn miró a Arma con curiosidad. Comprendió que el hombre mofletudo no pertenecía al mundo de los gángsters. Tenía muchas ganas de conseguir una declaración y se acercó, rápidamente.

-¿Estuvo usted con Prescott antes de que lo mataran? -inquirió-. ¿Qué sabe de él?

-Lo sé todo -replicó Arma-. Me contó toda su historia antes de que me separara de él. Íbamos a dirigirnos a la estación en su coche. Estoy dispuesto a hacer ante la policía una declaración completa que permitirá...

-Aquí no -le interrumpió Higgins-. Acompáñenos a jefatura. Puede usted hablarme de sí mismo por el camino.

Se volvió hacia el periodista.

-Usted véame más tarde, Kirklyn -dijo.

El comisario asió al agente de seguros del brazo. Se volvió y le empujó hacia el bordillo.

Había algunos cuantos curiosos por los alrededores. Uno de ellos, joven de rostro cetrino de cuyos labios pendía un cigarrillo, le dirigió una penetrante mirada a Arma al pasar. El corredor de seguros subió al coche de la policía.

El joven se alejó lentamente al arrancar el automóvil. Dobló la esquina y se dirigió, rápidamente, a un bar que tenia teléfono público.

Una vez en el automóvil, el comisario hizo caso omiso de Claudio Arma de momento. Habló con el capitán Weaver.

-Buena se va a armar con esto -dijo-. Los periódicos han estado diciendo que ya era hora de que acabáramos con estas matanzas.

»Nuestra política de dejar que los pistoleros se vayan matando unos a otros está muy bien... hasta que ocurre una cosa como ésta. Tenemos que echar el guante a la persona que hizo esto.

»Prescott trabajaba al margen de la ley también; eso podemos demostrarlo fácilmente. Sin embargo, era un hombre conocido en sociedad. No era un vulgar pistolero.

Higgins se volvió a Arma.

-Cuando lleguemos a Jefatura -dijo-, puede usted desembuchar lo que sepa. Entretanto, dígame algo acerca de su propia personalidad. Podemos tomarle declaración acerca de Prescott más tarde.

Arma explicó su presencia en Chicago tranquila y convincentemente.

No dijo una palabra de su misterioso jefe de Nueva York.

-Prescott se encontraba en un trance apurado -declaró-. Quería que le ayudase yo a salir de él. Íbamos a ir a la estación. Yo iba a tomar el ferrocarril del Noroeste hasta Omaha; él iba a apearse y tomar el Central de Michigan hasta Nueva York,

Higgins movió, afirmativamente, la cabeza. Interrumpió con unas cuantas palabras al capitán de la policía:

-La orden de que se matara a Prescott emanó de arriba -comentó-. Tal vez lo hiciese Larrigan. Quizá lo ordenase Varona. Si Varona es el responsable, las instrucciones emanarían, probablemente, del jefe supremo.

-¿Savoli?

Al volverse Higgins a Arma, el coche se detuvo bruscamente. Habían llegado a Jefatura.

El capitán Weaver se apeó y se alejó del coche, dejando a Higgins con Arma. El comisario le siguió, acompañado del corredor de seguros. Arma iba hablando. Había estado reflexionando por el camino.

Estaba dispuesto a contarle a la policía cuanto sabía acerca de Horace Prescott. Ello sería el primer disparo en la campaña contra el reino de los gángsters. Higgins podría obrar con la sorprendente información que le daría.

Le sería muy fácil ocultar el verdadero motivo de su visita a Prescott. Ni Togo ni Sonie sabían una palabra de las revelaciones que le había hecho su amo.

Prescott le había dejado completamente tranquilo respecto a dicho particular. Había escogido su servidumbre para crear un ambiente de honradez a su alrededor, y no para utilizar a los criados como cómplices.

-Sé quién mató a Prescott -dijo Arma, serenamente, andando al lado de Higgins-. Puedo dar los nombres exactos de los inductores y explicarle los motivos de su decisión.

Higgins se detuvo y asió al corredor de seguros del brazo.

El dejo con que fue hecha dicha afirmación le impresionó vivamente.

-Aguarde a que estemos dentro -ordenó-. Quiero que Weaver le escuche también. Creo que puede usted darnos datos precisos. Acuérdese bien de lo que le digo: juegue limpio. Si lo hace...

El comisario se volvió, bruscamente. Un coche grande, de turismo, se acercaba, silenciosamente, al bordillo.

Instantáneamente, Higgins se dio cuenta de la amenaza.

-¡Pronto! -gritó, soltándole el brazo-. ¡Tírese al suelo!

Antes de que Arma pudiera responder, el tableteo de una ametralladora ahogó las palabras del comisario.

Claudio Arma era el blanco viviente de los proyectiles de acero. De pie, solo, en la acera, cayó bajo la avalancha de metal.

Una exclamación se le escapó de entre los labios al caer. Fue el último sonido que emitió en este mundo.

Se oyó el zumbido acompasado del motor al alejarse el automóvil. Unos instantes después, viajaba a una velocidad temeraria, doblando la esquina antes de que nadie pudiera identificarlo.

Higgins había salido ileso del atentado. Se levantó del lugar, próximo a los peldaños de la entrada, donde se había echado.

Sabía que los asesinos no habían deseado su muerte. Sin embargo, también se daba cuenta de que su posición oficial no hubiese impedido que los asesinos le mataran en un frenético deseo de liquidar a Claudio Arma.

Barney Higgins debía su vida exclusivamente al hecho de haber obrado rápida e instintivamente.

Se inclinó sobre el cuerpo de la víctima del atentado. Vio, en seguida, que Arma había expirado. El hombre tenia los labios entreabiertos. Parecían a punto de hablar, a punto de descubrir lo que sabia de los gángsters.

Claudio Arma había sido liquidado y, con su muerte, habían quedado suprimidas las revelaciones. Había empezado a hablar y el poder de los bajos fondos le había impuesto silencio.

-Nunca lo sabremos -murmuró Barney Higgins-. Nunca sabremos lo que iba a decirnos. Sabemos quién es este hombre; pero nada más.

La voz del comisario expresaba convencimiento. Estaba asombrado de aquel osado golpe de los gángsters, del asesinato de un hombre que estaba a punto de entrar en jefatura acompañado de un ayudante de comisario.

Higgins se preguntó qué secretos habrían perecido con aquel hombre.

Sin embargo, sólo relacionaba a Claudio Arma con Horace Prescott. De haber conocido el secreto mayor que poseía Arma, Higgins hubiera quedado completamente aturdido. Porque Claudio Arma no había mencionado a su desconocido jefe de Nueva York. Barney Higgins no tenía ni la menor sospecha del factor más importante de Claudio Arma.

Ni siquiera empezó a sospechar que el supuesto agente de seguros había sido el agente confidencial de La Sombra -aquel ser extraño y misterioso cuyo nombre despertaba el terror en el pecho de los habitantes de los bajos fondos, de Nueva York.

CAPÍTULO III
UN VISITANTE DE CHICAGO

Dos días después del episodio que había culminado con la muerte de Claudio Arma, llegó un joven a Chicago y se presentó en el restaurante conocido bajo el nombre de Café de Marmosa, en el barrio del Lazo.

Era por la tarde y el restaurante se hallaba poco menos que desierto. Un camarero de mirada penetrante que estaba junto a una escalera de pasamanos, vio al recién llegado y se acercó a hablarle.

-¿Qué desea usted, caballero? -le preguntó.

-Vine a ver al señor Marmosa -replicó el joven.

-Veré si está. ¿Cómo se llama usted?

-Harry Vincent.

EL camarero subió la escalera y desapareció al llegar al descansillo. El hombre que se había presentado con el nombre de Harry Vincent, se sentó a una de las mesas y estudió el lujoso interior del café, cuya planta baja y balcón del descansillo estaban llenos de mesas y reservados.

Interrumpió sus pensamientos al regreso del camarero que le hizo una seña para que subiera la escalera. Cuando llegaron al descansillo, el camarero torció, bruscamente, a la izquierda y condujo a Vincent a un despacho oculto tras las columnas de uno de los ángulos del balconcillo.

AL entrar en el despacho, Vincent descubrió a un hombre sentado en una mesa. El despacho era muy pequeño -poco más de un nicho- y el hombre que lo ocupaba parecía completamente desproporcionado en relación con el tamaño del cuarto.

Era machucho y ligeramente calvo. Pesaba por lo menos doscientas cincuenta libras y la silla en que estaba sentado resultaba casi invisible bajo su enorme mole.

-¡Ah! -la voz del hombre era suave-. Yo soy el señor Marmosa... Frank Marmosa. Ha venido usted aquí como le pedí, ¿eh?

-Sí. Recibí su cablegrama ayer por la tarde.

-Siéntese, señor Vincent. Permítame que le hable. Me alegro que haya venido usted y creo que le gustará esto.

Había una silla junto a la mesa -una silla encajada en el rincón extremo de la minúscula oficina. Harry Vincent la ocupó y miró, con curiosidad, a Frank Marmosa.

El hombretón aquél respiraba verdadera amistad. Era de suponer que Marmosa descendía de italianos; pero nadie hubiera podido adivinar su nacionalidad sin conocer su nombre.

-Mi telegrama le sorprendió, ¿eh? -rió Marmosa, mirándole-. Pues, francamente, muchacho, sólo me enteré de su existencia por casualidad.

»He estado dos semanas aguardando noticias de mi amigo Barutti de Nueva York. Le había pedido un hombre para que trabajara conmigo aquí. No recibí contestación hasta anteanoche, que Barutti me puso una conferencia telefónica. Me dijo que le telegrafiara a usted a Michigan; que usted sería el hombre que yo necesitaba.

De pronto se hizo la luz en el cerebro de Harry Vincent. Por primera vez comprendía qué era lo que le traía a Chicago.

Había sospechado que la mano de La Sombra se ocultaba tras aquella misión, porque Vincent era un agente de confianza del extraño personaje cuyo nombre sembraba el terror entre la gente del hampa.

Pero nunca había oído hablar de Frank Marmosa y sólo el nombre de Barutti sirvió para despejar un poco la incógnita.

Barutti tenía un restaurante italiano en Nueva York. Harry Vincent había escogido el establecimiento como lugar favorito para comer cuando se hallaba en Manhattan.

Barutti tenía un restaurante italiano en Nueva York. Harry Vincent ejercía honradamente su profesión. Pero como muchos otros, tenía numerosas relaciones dudosas.

Dos semanas antes, Harry había estado comiendo en el restaurante de Barutti. El italiano había exhibido una carta, observando que estaba escrita por un hombre muy grande de Chicago.

-Un hombre muy grande -había dicho, con una sonrisa-. Un hombre muy grande en los negocios. Un hombre muy grande así...

Y había abierto de par en par los brazos para indicar que se trataba de una persona de gran corpulencia.

Barutti había hablado, a continuación, con un hombre sentado a otra mesa en el restaurante italiano -un hombre a quien Vincent había visto allí en varias ocasiones y que hablaba el inglés y el italiano con igual facilidad.

Según había deducido Harry por las frases sueltas que habían llegado a sus oídos.

Barutti le había dicho al otro cliente que su amigo de Chicago le había pedido un favor pero que no pensaba hacérselo de momento. Porque Barutti pensaba marcharse de vacaciones un mes.

Su amigo de Chicago podía esperar. Harry también se había marchado de Nueva York, de vacaciones -a la población de Michigan en que residía su familia. Había estado allí diez días, sobresaltándose al leer la noticia de la muerte de Claudio Arma. La noticia, dada por un periódico de Chicago, había aturdido al joven. Él era una de las pocas personas que sabían que el corredor de seguros era agente de la misteriosa Sombra.

El resultado había sido un telegrama procedente de Chicago, firmado por Frank Marmosa, en el que éste le decía a Harry que fuese a verle inmediatamente.

Harry se había formado ya, mentalmente, una teoría completa.

Recordó el día aquel del restaurante de Barutti: Barutti le había enseñado la carta al desconocido que comía allí. Harry estaba convencido de que aquel desconocido era La Sombra en persona.

Inmediatamente después de la muerte de Claudio Arma. La Sombra debía de haber llamado por teléfono a Frank Marmosa, desde Nueva York, pasándose por Barutti; para decirle a Marmosa que había hallado al hombre que necesitaba.

Mientras Harry Vincent reflexionaba aún, Frank Marmosa reanudó la conversación y sus palabras resultaron una pauta que Harry no dejó de seguir.

-Conque es usted amigo de Barutti, ¿eh? -inquirió Marmosa.

-Sí.

-¿Le conoce bien?

-Bastante bien.

-Me dijo que podía fiarme de usted en todo y por todo.

-Lo que pueda haber dicho Barutti es verdad.

-Me alegro -sonrió Marmosa, exhibiendo una hilera de dientes grandes y blancos.

Escudriñó, cuidadosamente, al joven. Luego hizo una seña con el pulgar, en dirección a la puerta.

-Cierre la puerta -dijo.

Vincent obedeció y volvió a su asiento.

-¿Le habló Barutti de mí? -le preguntó Marmosa, en voz baja, confidencial.

-Me dijo que era usted un hombre grande en Chicago.

La afirmación pareció causarle placer al señor Marmosa. Rió y dirigió una mirada de aprobación a su interlocutor.

-¿Sabe usted lo que significa ser un hombre grande en Chicago, eh?- inquirió.

Harry afirmó con la cabeza.

-Usted sabe lo que hace a los hombres grandes en Chicago, ¿eh? -continuó Marmosa-. Usted sabe qué es lo más importante, ¿eh?

-Creo que sí.

-¿Qué?

-Es meterse bien... y el seguir bien metido.

-Muy bien, usted comprende. Barutti hizo bien en mandarle aquí. Pues bien, Vincent, yo estoy bien metido, y sigo bien metido. Cuando a mí me dicen: «Frank, tiene usted que darnos una parte», sonrío y la pago. Cuando algún otro me dice: <Frank, tiene usted que darnos participación>, vuelvo a sonreír.

»Pago a la gente grande. Ella se encarga de mantener alejada a la gente pequeña. ¿Comprende? Estoy bien introducido. Usted también estará bien introducido.

El hombretón miró fijamente a Harry Vincent. El joven sostuvo su mirada. Marmosa volvió a reír y le tendió la mano. Harry la estrechó y, al hacerlo, se dio cuenta de que iniciaba una nueva carrera. Había hecho un contrato a ciegas con Frank Marmosa.

-Es usted de ley, muchacho -dijo el hombre, con seguridad-. Trabajará para mí, ¿eh? Magnífico. Venga conmigo. Le voy a enseñar algo que le sorprenderá.

Se puso de pie y abrió la puerta. Harry cruzó, tras él, sobre la mullida alfombra que cubría la especie de balconcillo o palco. Frank Marmosa oprimió un punto oculto de la pared detrás de una columna, y un entrepaño de la pared se descorrió, silenciosamente.

Los dos hombres entraron en una habitación espaciosa, construida, evidentemente, por encima de la cocina del restaurante. El lugar era una lujosa sala de juego.

En el centro había dos mesas de ruleta; a los lados, mesas de faraón; mientras que, en los rincones, unas mesitas invitaban a jugar a los que preferían el póquer.

En el extremo más apartado del cuarto, había un bar americano corto, de caoba. La barra de latón que rodeaba el mostrador, brillaba como el oro y, detrás de este último, hallábase un hombre, limpiando unos vasos.

-Venga.

Marmosa le condujo alrededor de la estancia, enseñándole la ruleta y las mesas de faraón como si estuviera enseñando las atracciones a un turista.

Cuando llegaron al bar, Marmosa, sonriente, le invitó a Harry a que bebiese.

Al mover el joven negativamente la cabeza, la sonrisa del otro se hizo más expansiva.

-Me alegro -dijo, con solemnidad-. Todos los hombres que tengo aquí, beben. Me cuesta dinero; pero no es el gasto lo que me preocupa.

»Cuando beben no pueden vigilar. Dejan de ser inteligentes. Usted es el hombre que yo necesito aquí. Barutti hizo bien en recomendarle.

Condujo a Harry nuevamente al despacho y allí, junto a la minúscula mesa, el propietario de la sala de juego le explicó sus motivos para querer un hombre nuevo.

-Tengo mucha gente aquí en Chicago -dijo-, pero si nada saben, de nada sirven y, si saben demasiado, de nada sirven tampoco.

»Necesito un hombre que no se preocupe de otro negocio que el mío... ¿comprende? Ha de aprender a conocer a los que entran y a los que salen. Ha de vigilar esto y ha de vigilar aquello; pero no ha de tratar con nadie más que conmigo. Comprende, ¿eh?

-Perfectamente.

-Aún más -prosiguió Marmosa, pensativo-, ese hombre ha de parecer un comensal en el restaurante y un jugador en la sala de juego.

»No necesito un pistolero. Esos son fáciles de encontrar... demasiado fáciles. Los tengo, pero no tienen buen aspecto.

»Necesito un hombre que obre como un caballero, que vigile y que no beba. Ha de estar dispuesto a dar órdenes a los demás. Usted es el hombre que yo necesito.

-Lo seré -interpuso Harry-, cuando haya visto su casa funcionando. Como es natural, es preciso que sepa algo del negocio primero.

-¡Ah! -le interrumpió Marmosa-; aprenderá usted aprisa. Muy aprisa. ¿Dinero? Se lo daré en abundancia.

»Barutti me ha dado informes completos de usted por teléfono. Dice que trabajará usted cuando yo lo necesite; que usted no habla por hablar, que a usted no se le sube su propia importancia a la cabeza. Todo eso es bueno, muy bueno.

El hombretón miró hacia la ventana y Harry le imitó. Abajo y fuera se veía la confusión y el ajetreo de una calle de Chicago. La situación toda le parecía irreal.

Allí, en aquel tranquilo despacho que, más que tal parecía un nicho, a nadie se le hubiera ocurrido sospechar que, a pocos pasos, se hallaba la entrada de una casa de juego de lujo.

-Tengo un hombre que le ayudará -explicó Marmosa-. Se llama Joe Le Blanc. Es un hombre bueno; pero no es el hombre que yo necesito. Se va a marchar pronto... a abrir un negocio por su cuenta... un hotel en las afueras de la ciudad.

»Está bien metido. Lo ha arreglado todo con los jefes grandes. Yo voy a darle el negocio para que pueda establecerse. Pero se quedará aquí un poco, hasta que usted comprenda lo que ha de hacer.

Marmosa consultó su reloj. Luego abrió un cajón de la mesa y sacó una pila de cartas. Le tendió la mano a Harry.

-Márchese ahora le dijo-, y vuelva a las siete de la noche. Si necesita dinero en cualquier momento, dígamelo. Me fío de usted porque conozco a Barutti. Alójese en un hotel de por aquí, para que no tenga que ir muy lejos.

Harry Vincent salió del despacho y bajó la escalera. El restaurante le parecía completamente distinto ya.

Se daba cuenta de que el lujoso establecimiento de la planta baja no pasaba de ser una tapadera. Quizás estuviese haciendo Frank Marmosa negocio con el restaurante; pero no era aquél el negocio en que él confiaba.

Harry se alojó en el hotel Goliat, a una manzana de distancia del restaurante

Antes de haber transcurrido una hora de su llegada a Chicago, Harry Vincent había cruzado la frontera del reino de los gángsters. Había logrado una colocación que le permitirla vigilar y lograr datos sin correr los graves peligros que amenazaban al gángster vulgar.

Sin embargo, se daba cuenta de que ni su posición en casa de Marmosa, estaba exenta de peligro, y ese peligro le encantaba.

Porque sabía que, aunque pareciera estar trabajando en provecho y a las órdenes de Frank Marmosa, el rey del juego, estaría en realidad, trabajando a las órdenes de otro. Debía su fidelidad a aquel personaje extraño y misterioso cuyo nombre corría de boca en boca por Nueva York, al hombre que llamaban La Sombra.

Un pensamiento dominaba la mente de Harry. Estaba seguro de haber adivinado el objeto del trabajo que le esperaba.

La Sombra había transferido sus actividades de Nueva York a Chicago con un fin determinado: seguir la pista de todos aquellos que habían sido responsables de la muerte de Claudio Arma.

Harry había oído hablar de los gángsters de Chicago. Ahora había de encontrarse con ellos. Eran distintos a los bandidos de Nueva York.

Trabajaban en cuadrillas compactas y sus agarraderos eran mayores en cuanto a la policía se refería.

Si los periódicos no mentían, los gángsters regían en Chicago como si fueran reyes.

Se acordó de todas sus aventuras con La Sombra, mientras se hallaba junto a la ventana contemplando la vasta ciudad de Chicago hasta las aguas del lago Michigan. Había hecho mucho en ayuda de La Sombra y, no obstante, aquel hombre misterioso seguía asombrándole y aturdiéndole.

Dentro y fuera de Nueva York, La Sombra había descargado golpes contra las conspiraciones y contra conspiraciones de criminales, astutos, hasta convertirse su nombre en terror de cuantos luchaban contra la ley.

Sin embargo, La Sombra nunca se había descubierto. Su personalidad seguía siendo un misterio.

Algunos le creían un detective otros aseguraban que era un hombre de mente maestra que no reconocía ley alguna. Fuera cual fuere la verdad, lo cierto era que La Sombra había entregado muchos criminales a la justicia.

Sin embargo, allí, en Chicago, Harry Vincent tenía sus dudas. Aquél iba a ser un juego nuevo.

No sería una lucha de inteligencias para La Sombra, aun cuando la inteligencia no dejara de desempeñar su papel. Sería una lucha contra enemigos enormemente superiores en número; contra grupos de hombres desesperados que gobernaban su reino con ametralladoras.

La Sombra, con todo su asombroso poder, no era más que humano. Cuando los gángsters de Chicago se veían derrotados por una inteligencia superior, recurrían a las balas.

¿Conocía La Sombra los peligros que había allí? ¿Se daba cuenta de la fuerza de las poderosas organizaciones que desafiaban a la policía y se burlaban, abiertamente, de la ley? ¿Sabía el riesgo que corría si se presentaba en Chicago?

Durante unos segundos pasaron estas preguntas, en rápida sucesión, por el cerebro de Harry y, por primera vez desde su asociación con La Sombra, sintió el temor de un desastre inminente.

Luego recordó las veces que aquel sorprendente superhombre se había enfrentado con los que le cerraban el paso, derrotándolos.

De pie aún junto a la ventana de su cuarto, Harry Vincent sonrió sombríamente y sus labios formularon las siguientes palabras:

-¡La Sombra sabe!

CAPÍTULO IV
REUNIÓN DE GANGSTERS

El café de Marmosa era un lugar tranquilo a las siete de la tarde. El restaurante estaba bastante lleno de comensales. Los camareros andaban, silenciosamente, por el alfombrado suelo.

La orquesta desde un rincón, tocaba música dulce que no turbaba el agradable ambiente del lujoso comedor.

Harry Vincent encontró a Frank Marmosa en el despacho.

El hombretón le saludó afablemente y le propuso que comiera junto al balconcillo, para que pudiera vigilar a los que entraban.

Harry interpretó aquello como un deseo de Marmosa de poner a prueba su habilidad como observador, conque ocupó la mesa que le indicó el propietario y pidió una comida opípara.

Mientras comía, vigiló el restaurante. Sentía cierta admiración por Frank Marmosa, aun cuando el hombre se dedicaba a un negocio ilegal, porque el café Marmosa era, indudablemente, el restaurante más elegante en que Harry había entrado en su vida y la comida estaba en consonancia con el local.

El propósito de Frank Marmosa era, evidentemente, atraerse una clientela selecta, porque los comensales eran gente elegante y muchos de ellos parecían pertenecer a la alta sociedad.

Había relativamente, muy poca gente en el balconcillo y Harry observó que nadie se acercaba al lugar oculto tras la columna del rincón.

Eran más de las ocho cuando el joven acabó de comer y, para entonces, había disminuido notablemente el número de comensales. Marmosa no había vuelto, por lo que Harry encendió un cigarro puro y fumó con fruición, sin dejar de vigilar.

Media hora más tarde, observó que iba entrando en el establecimiento gente nueva y se dio cuenta inmediatamente, de que los clientes de la sala de juego saldrían de entre ella. Marmosa nada le había dicho de la hora de apertura de la sala de juego; pero Harry dedujo que no se abriría antes de las nueve.

Un hombre delgado, de rostro cetrino, entró en el restaurante y subió la escalera. Harry le vio desaparecer tras la columna que ocultaba la entrada al despacho de Marmosa.

El hombre no salió inmediatamente, conque Harry volvió a mirar desde el balconcillo, hasta que se dio cuenta de que alguien se acercaba a la mesa.

Se volvió rápidamente y se encontró con Frank Marmosa y el hombre delgado y cetrino que había llegado unos momentos antes.

-Le presento a Joe Le Blanc -dijo, afablemente, Marmosa-. Este es Harry Vincent, Joe.

El hombre estrechó la mano de Harry y se sentó a su lado, en la mesa.

-Vincent es amigo de Barutti -explicó Marmosa-. Ya conoces a Barutti, le viste en Nueva York.

Le Blanc movió afirmativamente la cabeza. Marmosa se marchó.

Harry estudió a su compañero y reconoció en él a un hombre del tipo silencioso.

-No hay nadie aquí aún- murmuró Le Blanc, con brevedad, después de haber echado una rápida mirada a los concurrentes.

Harry observó los ojos del hombre. Joe Le Blanc tenia la facultad de mirar en todas direcciones sin mover la cabeza. Uno que le hubiera estado vigilando desde abajo, no se hubiese dado cuenta de que había hecho ya una inspección completa del establecimiento desde el balconcillo.

Entraron cuatro personas -dos hombres de etiqueta y dos señoras lujosamente ataviadas.

-Ése es Glen Colliver -dijo Le Blanc en voz baja-, un hombre que tiene un negocio importantísimo de publicidad. No conozco al que le acompaña. Supongo que se tratará de algún forastero.

»La rubia esa ha estado aquí en otras ocasiones. A la morena, es la primera vez que la veo. El grupo ese es de confianza, puesto que Colliver va con ellos. Recuerde a ese pájaro. Se deja mucho dinero aquí.

Apenas había tomado asiento aquel grupo, cuando entró otro. Le Blanc reconoció, inmediatamente, a los que lo integraban, le dijo a Harry quiénes eran. Luego entraron algunas personas más que fueron identificadas por el observador.

Finalmente Colliver y sus compañeros ascendieron la escalera hacia el balconcillo. Desaparecieron tras la columna que ocultaba la entrada de la sala de juego.

-Los dos echaron una mirada por la puerta -afirmó Le Blanc-. Ojo de Halcón, que está ahí dentro, reconoce a cualquiera que haya estado aquí una vez. Aquí sube otra pareja. Son de confianza también.

Guardaron silencio unos instantes. Luego Harry decidió interrogar a Joe.

-¿No avisamos quién llega? -inquirió-. Creía que tendríamos que decírselo al que está dentro.

No, no -replicó Le Blanc-. Esta gente no significa nada para nosotros. No hemos empezado a trabajar aún. Aguarde un poco a que empiecen a entrar algunos de los pistoleros. Es entonces cuando tenemos que vigilar de verdad.

-¿Por qué?

-Escuche bien, Vincent: Marmosa me dice que no sabe usted una palabra de este trabajo. Eso es igual. Tiene que aprender y aquí estoy yo para enseñarle. Se va a gastar la mar de dinero ahí dentro esta noche. Eso lo sabrá usted, ¿no?

-Naturalmente.

-Bueno y, ¿para quién es ese dinero?

-Para Frank Marmosa.

-Claro; pero paga gran parte de él... a varios sitios. Hay muchas participaciones, para sobornar a la policía y todo lo demás; pero la cantidad más importante es para el jefe supremo.

-¿Quién es el jefe supremo?

-Nick Savoli, naturalmente. ¡No me diga que no ha oído hablar de él!

Harry había oído hablar de Nick Savoli, el gángster cuya fama había llegado, hacía tiempo, a Nueva York. Sabía que Nick Savoli manejaba las riendas que gobernaban a la mayoría de las cuadrillas de Chicago.

-Nick tendrá a un hombre suyo aquí esta noche -prosiguió Le Blanc-, preparado para hacer la recaudación en cuanto haya entrado el dinero.

-¿Viene él alguna vez, personalmente?

-¿Quién? ¿Nick? ¡Claro que no! A veces manda a Mike Borrango. Es el encargado de hacer cumplir las órdenes de Savoli. Y él es el que se encarga de que siga todo su marcha en ausencia de Nick.

»Pero lo más probable es que venga Al Vacchi. Es el que acostumbra venir. Y se trae siempre un par de hombres de escolta.

Le Blanc hizo una pausa para apoyarse contra el antepecho mientras inspeccionaba, cuidadosamente a dos hombres que acababan de entrar. Luego agregó otra explicación:

-He aquí cómo va -dijo-. Nick Savoli es el amo de casi todo en esta ciudad. Emplea a Mike Borrango para imponer su voluntad. Al Vacchi es el encargado de los arreglos, el que allana las dificultades cuando surgen. Eso lo convierte en un buen recaudador, porque los conoce a todos y con todos se lleva bien.

»Luego hay un manojo de hombres que tienen cuadrilla propia y en territorio particular. La mayoría de ellos se dedican a la venta de bebidas de contrabando. Pete Varona, Oasey O'Rourke, Bengo McGurt y otros.

»Están en inteligencia con el jefe supremo. Son lo bastante listos para no luchar entre sí.

»Pero hay otros como Mike Larrigan, que se niegan a entrar en vereda. En este preciso momento están tirantes las relaciones entre Larrigan y Verona.

»Es a los hombres del tipo de Larrigan a los que vigilamos aquí.

»He aquí a Hymie Schultz, por ejemplo. Trabaja con Larrigan, pero es independiente también. No le importaría nada entrar, y cometer un atraco en un sitio de lujo como éste.

»Si ello significara jaleo entre Larrigan y el jefe supremo, Larrigan aseguraría que Hymie había trabajado por su propia cuenta, ¿comprende?

»Luego, de vez en cuando, surge algún pez pequeño y da que hacer. Eso es lo que andamos vigilando. Mire...

Señaló en dirección a la puerta del restaurante. Entraron dos hombres.

Ambos vestían de etiqueta; pero parecían fuera de lugar con aquel traje. Se mantenían muy juntos y parecían dirigir miradas de desdén a los comensales.

Los recién llegados subieron la escalera en dirección al balconcillo.

-John Genara y Tony Anelmo -susurró Le Blanc-. Los llaman los gemelos homicidas. Son de cuidado.

»Trabajan a las órdenes de Marmosa esta noche. Protegen el establecimiento. Estarán dentro como si jugaran; pero que alguno se ponga tonto y... bueno, no hay cosa que no sean capaces de hacer esos dos.

Los dos hombres habían subido la escalera ya. Genara dirigió una mirada hacia la mesa de Harry y Le Blanc. Joe movió la cabeza, en mudo saludo y Genara respondió con un gesto malévolo que Le Blanc aceptó como expresión de amistad.

Los dos pistoleros dirigiéronse a la sala de juego.

Luego empezó a llegar la mar de gente elegante que, evidentemente, acudía a jugar a la ruleta.

-¡Fíjese ahí! -exclamó Le Blanc en voz baja-. Hymie Schultz y Spirak Cuatro Pistolas. El pequeño es Hymie... ese de quien le estaba hablando.

-¿Vienen en son de guerra?

Le Blanc se encogió de hombros.

-¡Cualquiera lo sabe hasta que hayan entrado! -contestó-. No podemos impedirles la entrada sin armar jaleo. Pero estando Genara y Anelmo, no creo que ocurra nada.

»De todas formas, le pone a nuestro amigo Marmosa en una situación difícil. La única relación que tiene con Nick Sivoli es la siguiente: Marmosa le paga dinero contante y sonante a Savoli. Recibe protección desde luego; pero lo importante es que Marmosa tiene la obligación de pagar, pero Savoli no. Savoli no tiene la obligación de protegerle. ¿Se da cuenta?

»Si alguien le diera que hacer a Marmosa, lo sentiría por él. A Nick Savoli le haría muy poca gracia, naturalmente; pero tiene más preocupaciones ya, sin necesidad de preocuparse de Marmosa.

Dos hombres entraron en el restaurante mientras hablaba Le Blanc. Harry los vio cuando subían la escalera y se dio cuenta en seguida de que se trataba de otra pareja de gángsters. Le Blanc los vio cuando se acercaban.

-Aquí viene Eddy Heeny -dijo-. Tiene un aspecto la mar de obsequioso para pistolero. No conozco al tipo que le acompaña.

Los dos hombres se acercaron a la mesa. Harry los miró con curiosidad. El llamado Heeny apenas tenía tipo de gángster, aun cuando su aire de determinación impresionaba

inmediatamente. Pero el otro -aquel que Le Blanc no había nombrado- llamó poderosamente la atención de Harry.

Era alto y algo esbelto y su erguido porte delataba una fuerza poco común.

La expresión de su rostro casi parecía una máscara.

Cuando fijó la mirada en Harry, sus ojos parecían penetrantes, serenos y desconfiados. Harry no podía apartar la mirada del semblante del gángster.

Durante cerca de un minuto no habló nadie; luego Le Blanc hizo un gesto en dirección a Heeny.

-Hola, Ed -dijo-. Ya me figuraba que vendrías esta noche. Este es Harry Vincent. El que va a ocupar mi sitio cuando yo me marche de aquí. ¿Quién es tu amigo, Ed?

EL gángster sonrió.

-¿Has oído hablar alguna vez de Monk Thurman? -inquirió.

-¿Te refieres al que estaba en la banda de los Cuatro Puntos? ¿En Nueva York? -contestó Le Blanc.

-A ese mismo me refiero. Has oído hablar de él, ¿eh?

-Seguro. Nunca le he visto, sin embargo.

-Pues lo estás viendo ahora. Este es él.

Joe Le Blanc exhaló una exclamación. Harry comprendió, por su expresión, que el nombre de Monk Thurman era una gran recomendación para él.

Harry había oído el nombre también. Monk Thurman era notorio en Nueva York. Le habían detenido por docenas de crímenes y siempre había logrado probar la coartada.

Le Blanc estaba mirando al gángster de Nueva York y Harry le imitó. Monk Thurman era la clase de hombre que llama la atención en cualquier parte. No parecía interesarle en absoluto lo que había dicho Eddie Heeny. Su actitud expresaba la más completa indiferencia.

-Me lo traje esta noche conmigo -dijo Heeny-. Llegó a la ciudad hoy. ¿Leíste los periódicos de Nueva York? Publicaban el rumor de que Monk Thurman había desaparecido. Bueno, pues aquí es donde ha venido a parar; a Chicago. ¡Aquí está!

»Yo le conocí en Nueva York. Este es el Monk Thurman en persona.

Le Blanc no preguntó por qué había hecho el pistolero de Nueva York una visita a Chicago. Los gángsters no tenían la costumbre de hacer preguntas por pura curiosidad. En lugar de eso, pareció expresar por su actitud que Heeny había hecho algo grande al presentar a aquel notorio maestro de la pistola.

-¿Quieres que Monk vea este sitio? -preguntó.

-Es una buena idea, Joe -replicó Heeny-. Ya va siendo hora de que entres tú, de todas formas. Llévatelo contigo; pero no le presentes. Déjalo que eche una mirada al terreno. Le reconocerán demasiado pronto sin necesidad de que lo presentes.

-Conforme, Ed -replicó Le Blanc-. Anda con ojo esta noche; Hymie Schultz y Spirak Cuatro Pistolas están ahí dentro.

-¿Qué me dices? ¿Que están dentro...? ¿Solos...?

-¡Claro que no! -rió Le Blanc-. Los gemelos homicidas están ahí dentro también. Eso nivela un poco las cosas; pero me pareció conveniente ponerte sobre aviso.

-¿Has oído eso, Monk? -inquirió Heeny-. Los gemelos homicidas... son dos italianos, Genara y Anelmo. Un par de tipos de colmillo retorcido. Vinieron aquí hace cosa de un año. Pete Varona los trajo y han estado trabajando desde entonces. Trabajan por cuenta del jefe supremo ahora, ¿no, Joe?

-Están bien con Savoli -reconoció Le Blanc-. Venga con nosotros, Monk. Le enseñaremos una sala de juego que no haría mal papel en Nueva York.

Se separó de la mesa, haciendo una seña a Harry Vincent, Monk Thurman le siguió, mientras Eddie Heeny ocupaba su puesto en el observatorio.

Cuando llegaron a la pared detrás de la columna, Le Blanc dio dos golpes y se abrió un pequeño atisbadero. El hombre que se hallaba al otro lado de la puerta reconoció a Le Blanc. El entrepaño se descorrió y los tres hombres entraron.

Harry no se había dado cuenta de que hubiera entrado tanta gente en la sala de juego. Había una muchedumbre bastante respetable dentro y el cuarto estaba lleno de humo de tabaco. Se oía el murmullo de conversaciones; pero la mayoría de las personas allí reunidas, estaban absortas en el juego.

Dos croupiers silenciosos hacían funcionar las ruletas y sobre las mesas se veían pilas de billetes de alta denominación. El lugar era un Montecarlo en miniatura y el tamaño de las posturas era, evidentemente, muy agradable para Frank Marmosa.

El propietario vio a Le Blanc en cuanto éste entró y le dirigió una mirada interrogadora. Harry comprendió su significado. Marmosa se estaba preguntando quién podría ser Monk Thurman.

Le Blanc hizo un gesto hacia arriba con el pulgar y Marmosa movió, afirmativamente, la cabeza.

-Esto significaba que es persona de confianza -le susurró Le Blanc a Harry-. El jefe quería saber quién era Monk Thurman.

Luego se volvió hacia el gángster de Nueva York y le llevó al otro extremo de la sala, al bar, donde varios hombres bebían. El neoyorquino pidió una copa; pero dejó el vaso en el mostrador.

Parecía demasiado absorto en la contemplación de lo que le rodeaba, para entregarse al dudoso placer de saborear el licor de Marmosa.

La mirada de Harry vagó por todas partes. Todos parecían ocupados, excepción hecha de las cuatro siniestras figuras que atraían toda la atención del joven.

Dos de ellas eran Hymie Schultz y Spirak Cuatro Pistolas. Los dos gángsters estaban separados, uno de ellos contemplando una de las ruletas, el otro cerca de la puerta, junto a una de las mesas del faraón. Los otros dos eran los gemelos homicidas, Genara y Anelmo. Se hallaban de pie juntos, en uno de los rincones de la sala. Uno de ellos vigilaba a Schultz; el otro no perdía de vista a Spirak.

Harry se dio cuenta de que estaba contemplando a cuatro de los pistoleros más peligrosos de Chicago, pistoleros notorios, que mataban a sangre fría sin darle a la cosa la menor importancia.

Estaban bastante bien emparejados, de fuerzas poco más o menos iguales; Pero los gemelos homicidas estaban a la defensiva. A menos que los otros empezaran algo, no obrarían aquella noche.

Mirando hacia el bar, Harry observó que Le Blanc y Thurman estaban hablando animadamente.

Joe Le Blanc no se estaba preocupando de la presencia de Schultz ni de Spirak. Sabía que Genara y Anelmo les tenían cubiertos. Por lo tanto estaba hablando tranquilamente con Monk Thurman, al que aún no había reconocido nadie.

A Thurman como a Le Blanc, le tenía completamente sin cuidado la presencia de los cuatro pistoleros de Chicago.

Se habían reunido cinco pistoleros y la comparación le resultaba chocante a Harry Vincent. Schultz y Spirak, que se pavoneaban y miraban a todos con desprecio; Genara y Anelmo, silenciosos y alertas.

Pero la figura más siniestra de todos era la de Monk Thurman, el hombre que ni se pavoneaba ni vigilaba. Su rostro firme e inmóvil expresaba una determinación que le hacía un personaje mucho más terrible que ninguno de los gángsters de Chicago.

A medida que transcurrían los minutos, Harry se dio cuenta de que su mirada, inconscientemente, iba a posarse sin cesar sobre el hombre del rostro inescrutable.

CAPÍTULO V
ESCUPEN LAS PISTOLAS

Había pasado medianoche y la concurrencia iba disminuyendo. Muchos de los jugadores habían perdido todo su dinero; pero los que quedaban jugaban posturas enormemente elevadas. Veíanse miles y miles de dólares en montoncitos de billetes.

Harry se acercó a Joe Le Blanc y le dio un codazo para que se fijara en las enormes cantidades que se estaban jugando. Le Blanc movió afirmativamente la cabeza.

-Es una noche grande -dijo, en voz baja-. Marmosa está sacando todo lo que puede. El agente de Savoli vendrá más tarde a recaudar.

Los gemelos homicidas seguían vigilando a Hymie Schultz y a Spirak Cuatro Pistolas; pero los dos gángsters parecían completamente absortos ante el dinero que se estaba exhibiendo.

En cuanto a Monk Thurman, parecía no darse cuenta, en absoluto, de lo que pasaba a su alrededor. Estaba apoyado con la espalda contra el mostrador, los ojos entornados, mientras escuchaba la charla de Joe Le Blanc al que se le había desatado la lengua bajo la influencia de las copiosas libaciones.

Glen Colliver y sus compañeros eran los principales jugadores que quedaban. Colliver echó un billete de mil dólares al nueve y perdió. Se encogió de hombros y se volvió los bolsillos del revés, riendo.

-Eso nos ha liquidado -dijo-. Vamos, muchachos. Volveremos a jugar alguna otra noche.

Frank Marmosa estrechó la mano de Glen Colliver cuando éste se marchaba con sus tres compañeros. Luego regresó el propietario y echó una mirada a los pocos jugadores que quedaban, todos los cuales eran hombres.

Harry adivinó sus pensamientos. El dinero grande se había acabado con la marcha de Colliver. No tenía objeto el continuar el juego.

Colocándose en el centro de la sala, Marmosa dio unas palmadas como señal de que se acababa el juego. Los croupiers pararon las ruletas y empezaron a recoger las ganancias de la noche.

Harry buscó a Hymie Schultz y vio al gángster encogerse de hombros.

Spirak Cuatro Pistolas se reunió con él y los dos pistoleros se dirigieron a la puerta de salida, que les fue abierta.

-¡Valientes pistoleros! -rió Joe Le Blanc-. Se conoce que se les arrugó el ombligo al ver que los gemelos homicidas les vigilaban. Entraron a echar una mirada a ver cómo iba el negocio.

-Pues deben de haber salido satisfechos. Marmosa ha tenido una buena noche, como para que les resultara agradable.

Dirigía sus palabras a Monk Thurman; pero el pistolero de Nueva York no las oía al parecer. Estaba en el mostrador, medio dormido, con la cabeza apoyada en una mano.

Harry no le había visto beber a Thurman en toda la noche: no comprendía el sopor del hombre.

Los últimos jugadores se dirigían hacia la puerta, guiados por Frank Marmosa, cuando se oyeron tres disparos de revólver. Sonaron fuera de la sala de juego; habían sido disparados evidentemente en el restaurante.

El efecto que produjeron en los concurrentes fue eléctrico. Harry experimentó una repentina excitación nerviosa y miró a su alrededor, casi esperando otro disparo. Los

croupiers y Frank Marmosa habían quedado rígidos como estatuas. Escucharon, desorientados. Los jugadores que se marchaban se dirigieron hacia la pared, como buscando un escondite. El empleado que había detrás del mostrador y Joe Le Blanc se quedaron bruscamente inmóviles. El único hombre que al parecer no oyó los disparos fue Monk Thurman. Los únicos que entraron en acción fueron Genara y Anelmo, los gemelos homicidas.

Los dos pistoleros corrieron hacia la puerta, echaron a un lado al vigilante, y salieron al restaurante, dejando descorrido el entrepaño tras de sí. Los que aún se hallaban en la sala de juego se inmovilizaron esperando oír algún sonido fuera.

-¡Cierra la puerta! -gritó Marmosa, dirigiéndose al vigilante.

Este parecía petrificado y el propietario se adelantó para cerrar la puerta tras él.

De pronto retrocedió unos pasos al entrar violentamente dos hombres.

Uno de ellos saltó al centro de la estancia, armado de dos pistolas con las que apuntó a todo el mundo. El otro vaciló un instante, tan sólo el tiempo suficiente para permitir que volviera a cerrarse el entrepaño. Luego se reunió con sus compañeros armado de otras dos pistolas.

Los atracadores eran Hymie y Spirak Cuatro Pistolas. Se habían aprovechado de la salida de los gemelos homicidas. Habían estado escondidos detrás de la columna al pasar corriendo los dos hombres.

¡Eran dueños de la situación!

-¡Manos arriba!

Fue Spirak quien dio la orden. Apenas era necesaria, porque la mayoría de los hombres que quedaban en la sala habían alzado las manos inconscientemente al ver las pistolas. Harry Vincent no se dio cuenta de que tenía las manos por encima de la cabeza hasta que alzó la mirada y las vio.

Hymie Schultz, riendo sarcásticamente, avanzaba hacia las mesas de ruleta donde se hallaban en pie los croupiers, impotentes.

Se había guardado una de las pistolas para poder recoger el dinero que yacía a la vista. Pero nada tenía que temer. Spirak estaba apuntando a todo el mundo con sus pistolas y llevaba dos pistolas más, de reserva debajo de la chaqueta.

-¡Manos arriba!

Spirak repitió la orden un instante después, mientras avanzaba hacia las ruletas.

Harry volvió la mirada hacia la derecha y vio quién era objeto de las amenazas de Spirak. Era Monk Thurman, pegado aún al mostrador que no había hecho caso de la orden. El pistolero de Nueva York seguía en su sopor.

Evidentemente, no se había dado cuenta de nada de lo ocurrido.

Aun entonces seguía sin darse cuenta y no dio la menor señal, de haberse enterado.

Spirak Cuatro Pistolas, vaciló un breve instante nada más. Evidentemente, él y Schultz no tenían el menor deseo de hacer disparos dentro de la sala, aun cuando se habían hecho disparos fuera. Pero Spirak no pensaba correr riesgos, aun con un hombre que parecía haber perdido el conocimiento.

Le Blanc dio un puntapié a Monk Thurman; pero el neoyorquino no se estremeció. Aquélla fue la última oportunidad que se le dio.

Spirak movió una de las pistolas en dirección al hombre que estaba apoyado contra el mostrador y oprimió el gatillo. Sonó un disparo; pero éste no salió de su pistola.

Fue Monk Thurman el que disparó. Había tenido la mano izquierda a la espalda. La había levantado en el instante en que le apuntaba Spirak. La bala de su pistola se clavó en la mano del pistolero de Chicago.

La pistola de éste cayó al suelo. Mascullando una maldición, Spirak movió la otra pistola. Pero le interrumpió otro disparo. Un proyectil se le clavó en el antebrazo y se le cayó la segunda pistola de la mano.

Con dos disparos sorprendentes, Monk Thurman había desarmado a Spirak Cuatro Pistolas, inutilizándole y dejándole incapacitado para que sacase sus otras dos pistolas.

Hymie Schultz obró con rapidez.

Estaba extendiendo la mano para recoger el dinero al sonar el primer disparo. Se volvió bruscamente en el preciso momento en que Thurman disparaba por segunda vez. Oprimió el gatillo de su pistola pero, en aquel preciso instante el arma del neoyorquino volvió a sonar.

La bala de Thurman dio a la pistola que tenía Hymie en la mano y el arma fue a caer contra la pata de la mesa de la ruleta. El primer disparo de Hymie se incrustó en el mostrador, rozándole el brazo a Joe Le Blanc. Aquél fue el único proyectil que salió de la pistola.

Hymie Schultz dirigió una rápida mirada a su alrededor. Vio a Spirak ir tambaleándose hacia la puerta y corrió en dicha dirección, Marmosa cayó sobre él y los croupiers siguieron su ejemplo.

Hubo una lucha en la puerta entre el gángster y los compañeros de Marmosa.

Monk Thurman no tuvo ocasión de hacer otro disparo, porque hubiera podido dar a un amigo en lugar de a un enemigo. Schultz y Spirak se estaban llevando la peor parte en la lucha y parecía asegurada su captura.

Pero Hymie era un luchador poderoso. Desasió la mano izquierda y descorrió el entrepaño. Luego logró sacar su segunda pistola del bolsillo.

Marmosa le asió de la muñeca; pero el ágil gángster se volvió a desasir.

Sacó a Spirak de la sala de un empujón y, con un rugido vengativo, dio un culatazo a un croupier y alzó el arma para disparar contra sus contrincantes.

Pero aquel acto hizo que Monk Thurman viera abierta una línea recta hasta los bíceps de Hymie. EL pistolero neoyorquino no desaprovechó la oportunidad. Su disparo dio en el blanco.

Hymie dejó caer el brazo y un croupier le quitó la pistola de entre los dedos.

El pistolero franqueó la puerta de un salto y siguió a Spirak al restaurante.

Durante unos momentos reinó la confusión. Luego Marmosa ordenó que se emprendiera la persecución. Sacó un revólver del bolsillo y, acompañado del croupier que tenía la pistola de Hymie, salió corriendo tras los fugitivos.

-¡Vamos! -gritó Le Blanc.

Harry le siguió. Llegaron al balconcillo del restaurante y hallaron el cadáver de Eddy Heeny, cruzado sobre la mesa, en medio de un charco de sangre.

-Le liquidaron -fue el único comentario que hizo Le Blanc-. Vamos, Vincent.

Se reunieron con Marmosa y el croupier en la planta baja. Los policías habían entrado en el restaurante. Reconocieron al propietario.

¡Schultz y Spirak se habían escapado!

Marmosa fue muy profuso en sus explicaciones y los policías parecieron comprender. Uno de ellos telefoneó a la jefatura.

La muerte de Eddy Heeny hacía que el asunto resultase serio. Harry escuchó las palabras de Marmosa. El propietario de la sala de juego estaba dando una explicación la mar de ingeniosa.

-Vinieron a matar a Eddy Heeny que estaba sentado en el balconcillo. Él disparó contra ellos; pero lograron matarle. Nosotros salimos corriendo aquí para cogerlos; pero habían desaparecido ya.

-¿Quiénes eran? -preguntó uno de los guardias.

Frank Marmosa se encogió de hombros. Joe Le Blanc le imitó y el croupier nada dijeron.

Los jugadores bajaban en aquel momento la escalera. No estaban familiarizados con los asuntos de los gángsters; no les hubiera sido posible dar el nombre de los atracadores aunque hubieran querido. Pero Marmosa dominaba ya la situación. A los jugadores se les permitió que se marchasen.

Joe Le Blanc se llevó a Harry a un rincón del restaurante y dio su explicación del asunto. El breve resumen convenció a Harry de que su compañero no se equivocaba en su teoría.

-Hay otro individuo metido en este asunto -susurró Le Blanc-. Algún amigo de Schultz y de Spirak. Debió de meterse aquí y aguardar en la planta baja. Luego Schultz y Spirak salieron para distraer a Eddy.

»Es muy probable que éste les hablaría amistosamente, puesto que se hallaban fuera de la sala de juego. Eso le dio ocasión a su cómplice a meterle un tiro a Heeny.

-Pero... ¿y Genara y Anelmo?

-Todo eso se había previsto ya. Schultz y Spirak se escondieron detrás de la columna mientras su amigo liquidaba a Heeny. Les bastó un disparo para hacerlo.

»Anelmo y Genara vieron, al salir, al asesino, que salía, corriendo, del restaurante. Emprendieron la persecución. Eso les proporcionó a Schultz y a Spirak la oportunidad para dar el golpe.

La policía estaba levantando el cadáver de Heeny. Marmosa hablaba con un enviado de jefatura y el relato del propietario parecía ser aceptado como bueno.

Al salir los policías del establecimiento, Marmosa hizo una seña a sus tres compañeros y subieron la escalera regresando a la sala de juego donde aún aguardaban los demás.

-¿Quién era ese pájaro? -inquirió Marmosa, dirigiéndose a Joe Le Blanc-. La forma en que manejó a Schultz y a Spirak...

-¿Que quién era? -preguntó el interpelado, echándose a reír-. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Monk Thurman, de Nueva York?

-¿Monk Thurman... de Nueva York?

-El mismo.

Marmosa hizo una pausa, para enjugarse el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

-¡Monk Thurman! -repitió maravillado-. Dicen que se le estaba poniendo la cosa muy fea en Nueva York. Yo no sabía que estuviese aquí.

-Bueno, pues ahora lo sabe. Heeny lo trajo aquí. No tuve ocasión de decirle a usted quién era.

-¡Aguarda a que se entere Savoli de esto! -exclamó Marmosa-. Voy a telefonearle a Mike Borrango. Quiero que venga esta noche a recaudar. Este Monk Thurman es un hombre que puede serle de mucha utilidad.

-¡Vaya si puede serle de utilidad! -asintió Le Blanc.

Entraron en la sala de juego. El croupier herido estaba sentado en un rincón; el dependiente del bar y el portero acababan de vendarle la cabeza.

-¿Dónde está Monk Thurman? -preguntó Marmosa.

-¿Quién? -inquirió el dependiente.

-El hombre que estaba aquí arriba... el que inutilizó a Schultz y a Spirak.

-Pues ahí está, apoyado contra el mostrador...

El dependiente se interrumpió sorprendido. -Le vi hace unos momentos -insistió-. Estaba ahí de pie, callado, sin decir una palabra. No le vi salir de...

-Tendría que bajar al restaurante, a la fuerza -dijo Marmosa.

-¡Oiga! -exclamó Le Blanc-. Apuesto a que salió con esos otros hombres... con los que estaban jugando a la ruleta.

-Si lo hizo, es un verdadero brujo.

-Eso es lo que hizo. Es la única manera en que puede haber salido.

Frank Marmosa no respondió. Parecía haber perdido el uso de la palabra.

Los demás no hicieron comentario alguno. Se miraron unos a otros, asombrados. El sorprendente Monk Thurman les inspiraba admiración.

Para Harry Vincent, lo sucedido resultaba una revelación.

Había habido cinco gángsters en aquel cuarto. Dos de ellos, los gemelos homicidas, se habían dejado engañar. Schultz y Spirak habían sido vencidos por un hombre que empuñaba una pistola contra sus cuatro.

Y el asombroso gángster había desaparecido después, silenciosamente, sin ser observado, dejando a todo el mundo maravillado.

Aquel hombre era un súper gángster. Chicago nunca había conocido otro como él. Así lo afirmó Joe Le Blanc.

Pero Harry Vincent no estaba comparando a Monk Thurman con los gángsters de Chicago. Le estaba comparando con otra persona completamente distinta. Porque Harry había visto a otro hombre que sabía obrar con tan asombrosa rapidez y que tenia la habilidad de desaparecer misteriosa e incomprensiblemente.

Monk Thurman era un personaje increíble; sus habilidades parecían casi rebasar toda aptitud humana. Sin embargo, había otro hombre tan asombroso como Monk Thurman, un hombre al que ni Le Blanc ni Marmosa habían visto nunca.

Hasta aquella noche, Harry Vincent había creído que sólo un ser humano era capaz de obrar las maravillas que había obrado Monk Thurman y ese ser humano era... ¡La Sombra!

CAPÍTULO VI
EN EL MOLINO GRIS

Marmosa y Le Blanc estaban familiarizados con los destrozos causados por los pistoleros de Chicago y se veían obligados a reconocer que aquel recién llegado de Nueva York, había dado muestras de una técnica superior a cuantas conocían.

-¿Dónde se le puede encontrar? -inquirió Marmosa-. ¿Te dijo dónde se alojaba?

Le Blanc movió negativamente la cabeza.

-No habló mucho -respondió-. Yo no le había visto nunca hasta ayer. Fue Heeny quien lo trajo.

-Heeny ha muerto -replicó Marmosa-. No podemos averiguar por él... pero quiero saberlo.

-Quizá podamos averiguarlo enterándonos de los pasos que ha dado Heeny últimamente. Averiguaremos quién fue.

-Tiene razón. Ve a ver lo que puedes averiguar, Joe.

-No tendré mucho tiempo para hacerlo. Voy a ir al Molino Gris esta tarde.

-Ése es el nombre de la hostería que va a inaugurar -le explicó Marmosa a Vincent-. ¿Se acuerda? Lo que le estuve diciendo, ¿eh?

Harry movió, afirmativamente, la cabeza.

-Tengo que estar allí a las ocho -dijo Le Blanc-. No podré venir esta noche, Marmosa.

-No te preocupes por eso. Vincent puede encargarse de ese trabajo, hoy no voy a abrir hasta tarde y voy a andar con cuidado durante unos días.

-Tal vez se presente Thurman en el Molino Gris -murmuró Le Blanc, pensativo-. Le estuve hablando de mi establecimiento anoche.

-Yo, en tu lugar, no hablaría tanto de eso, Joe -observó Marmosa.

-Sí; tiene usted razón; pero Thurman es de confianza. Eso lo debía de saber usted. Lo demostró con la forma en que le ayudó.

-Es posible, Joe. Pero eso no lo sabías tú cuando le hablaste. Eso fue antes de que sacara la pistola.

-Mire; Heeny le trajo aquí. La persona que viniera con Heeny tenía que ser de mi confianza.

-Bueno, olvidémoslo ya. Y ahora que me acuerdo, necesito otro hombre que sustituya a Heeny.

-Le proporcionaré uno esta tarde.

Frank Marmosa se echó hacia atrás en su asiento y contempló pensativamente el techo. Estaba reflexionando acerca de algo, evidentemente y ni Le Blanc ni Vincent interrumpieron su meditación.

Finalmente, el propietario del restaurante dio a conocer sus pensamientos.

-Os diré lo que pensaba, muchachos -dijo-. Hablé con Mike Borrango anoche. Prefiero hablar con él a hacerlo con Savoli.

»Borrango tiene un trabajo bastante duro... imponiendo la voluntad del jefe. No todos pagan. Tiene que usar muchas piñas.

-Bombas de mano -explicó Le Blanc, al ver la expresión interrogadora que aparecía en el semblante de Harry-. Si un establecimiento no paga, le echan bombas de mano por las ventanas.

-Pero las piñas no dan ya el resultado que daban -prosiguió Marmosa-. Mucha gente está preparada para recibirlas. Lo que Borrango necesita es unos cuantos pistoleros más como Genara y Anelmo.

-¿Sí? -dijo Le Blanc-. Anoche no parecían pistoleros, sino micos. ¡Mira que salir corriendo de la forma que lo hicieron cuando Schultz y Spirak aún estaban dentro...!

-Ahí está, precisamente -observó Marmosa-. Mientras ellos hacían el ridículo, Monk Thurman hizo el trabajo de los dos él solito. Por eso le interesa a Mike Borrango. Quiere que Monk trabaje a sus órdenes.

-¿Conque... por eso quiere verle usted?

-Lo adivinaste, Joe. Voy a presentarle a Mike Borrango. Puede serle útil a Savoli.

-Quizá Thurman no quiera meterse en los asuntos de aquí.

-No puede evitarlo ahora, Joe. Ya está metido. Hay doy hombres ya que están deseando que se les presente la ocasión para darle el paseo.

-Tiene usted razón. Schultz y Spirak se lo cargarán cuando puedan.

-Le debo mucho a Monk Thurman -confesó Marmosa-. Si hubiese liquidado a esos dos pájaros en la sala de juego, trabajo me hubiera costado darle explicaciones a la policía. Ya resultó bastante que tuviesen que sacar a Heeny del establecimiento.

-Conque, ¿cree usted que los muchachos estarán buscando a Schultz y a Spirak? -inquirió Le Blanc-. Me refiero a los amigos de Heeny.

-No; no lo creo. Si pueden averiguar exactamente quién es el que se cargó a Heeny, le liquidarán. Pero Borrango me dijo que no esperara nada en cuanto se refería a Schultz y a Spirak.

»A un establecimiento como el mío se le considera presa legal de cualquiera que sea capaz de atracarlo. El que liquide a Schultz o a Spirak, tendrá que habérselas con Larrigan.

»En estos momentos precisamente, Al Vacchi está intentando suavizar las cosas entre Larrigan y Varona y al jefe supremo le hace muy poca gracia. De forma que Schultz y Spirak están seguros.

»Pero a ellos nada les impide que den el paseo a Monk Thurman si logran dar con su paradero.

-Ahora comprendo -dijo Le Blanc-, usted opina que Monk Thurman saldrá ganando con alistarse en las filas de Savoli.

-Exacto.

Joe Le Blanc se puso en pie.

-Bueno -dijo-, ya veré lo que puedo hacer. Pero no puedo prometerle nada hasta mañana.

Salió del restaurante mientras Marmosa daba nuevas instrucciones a Harry Vincent. Una vez fuera, cruzó la calle y caminó pausadamente en dirección al garaje donde guardaba su coche, un coupé nuevo capaz de desarrollar grandes velocidades.

En dicho automóvil marchó hacia más allá del término municipal de la ciudad, y llegó al Molino Gris.

El edificio era una casa vieja que había sido renovada. Acababa de ser completado el trabajo; los muebles, etc., no estaban instalados del todo aún.

Le Blanc metió el coche en el garaje y entró por la puerta excusada de la casa.

Entró en la sala delantera que había sido arreglada para salón de baile.

Cruzó la espaciosa estancia y abrió una puerta que estaba cerrada con llave.

Luego pasó a un cuarto de tamaño regular que contenía una mesa grande y varias sillas.

El cuarto tenía persianas metálicas. Le Blanc no las abrió. Encendió una luz y se sentó en un rincón.

-Monk Thurman -musitó-, ¿qué le dije a ese hombre anoche? No parezco recordar muy bien lo que le dije. Le hablé de este lugar: eso sí que lo recuerdo.

En realidad Joe Le Blanc le había dado a Monk Thurman la mar de informes. Animado por unas cuantas copas, había hecho lo posible por darse importancia ante el pistolero neoyorquino.

Joe Le Blanc no era una figura importante en el reino de los gángsters. Es más, su influencia era casi nula. Pero la hostería en que se hallaba sentado, tenia un gran atractivo para aquellos que deseaban un lugar de reunión fuera de los límites de la ciudad.

A Joe le habían asegurado incluso que su establecimiento sería punto de reunión de cientos de pistoleros y esperaba dar su primera fiesta aquella noche.

-Debí decirle a Monk Thurman algo más de todo eso -murmuró el hombre, pensativo-. Seguramente le hablaría de algunos de los muchachos que conozco, lo que hacen y, cómo lo hacen. La verdad es que sé mucho. Espero que Monk estaría escuchando todo lo que le dije.

Llamaron a la puerta. Le Blanc abrió.

-Todo está dentro ya, señor Le Blanc -dijo un hombre de edad madura y rostro avinagrado.

-Muy bien, Hasper. ¿Has hecho todo lo necesario para esta noche?

-Todo está dispuesto.

-Bien; despiértame cuando lleguen los muchachos.

Le Blanc se sentó en un sillón grande y empezó a dormitar. A los pocos minutos se oían unos ronquidos por todo el cuarto. Es más, es muy posible que se oyeran por la leve rendija que quedaba debajo del cierre metálico de la ventana.

Cayó la noche y Le Blanc siguió durmiendo. La persiana metálica se movió leve y silenciosamente. Se alzó unas pulgadas y una mano se introdujo por el hueco. Asía un instrumento pequeño y, al moverse la mano, tropezó con un radiador que había al lado de la ventana.

La mano depositó un instrumento detrás del radiador. Un alambre partía del instrumento y salía por la ventana; pero la mano lo tapó moviendo unas revistas que había sobre el alféizar.

Una de las revistas cayó; pero Joe Le Blanc nada vio, porque estaba dormido. Luego se cerraron las persianas silenciosamente de nuevo.

Media hora más tarde un golpe descargado sobre la puerta, despertó a Joe Le Blanc. Era Hasper, que anunció la llegada de los invitados. Le Blanc se desperezó, encendió otra luz y se dirigió a la puerta.

Entró un grupo de gángsters y todos estrecharon la mano del dueño del establecimiento. Se reunieron en torno a la mesa y Hasper sirvió de comer.

Mientras comían, el criado les llenó los vasos.

Desde el punto de vista de Joe Le Blanc, resultó una fiesta de muy buen augurio como preliminar a la inauguración del Molino Gris.

Durante las siguientes dos horas se consideró a sí mismo como un verdadero jefe de pistoleros por fin. Porque los pistoleros que le habían honrado con su presencia, eran miembros notorios de la cuadrilla de Nick Savoli y le prometieron a Le Blanc que convertirían su hostería en punto regular de reunión.

La conversación derivó ocasionalmente, hacia los asuntos del mundo de los gángsters; pero la mayor parte del tiempo, el tópico principal fueron las carreras de caballos.

La única falta que tuvieron que hallar con la fiesta de Le Blanc, fue que resultaba demasiado poco animada. Uno de los pistoleros se empeñó que hubiera sido mucho mejor si hubiese habido mujeres.

-Venid cuando se haya inaugurado el local -dijo Le Blanc-. Tendré mujeres de sobra aquí. Os traeré mujeres también si queréis.

Joe Le Blanc miró, con perspicacia, al hombre que tan claramente había hablado. Había tenido la intención de llevar la conversación gradualmente hacia el asunto que le interesaba, pero decidió, de pronto, que sería mucho mejor política no entretenerse en disquisiciones.

-Escucha, Steve -dijo-, tú y yo podemos hacer mucho el uno por el otro, ¿sabes?

El otro se echó a reír.

-Quizá pueda hacer mucho por ti, Joe. La cuestión es cuánto podrás hacer tú por mí.

-Puedo hacer mucho, Steve.

-¿Qué, por ejemplo?

-Puedo darte unos informes interesantes para empezar. ¿Has oído hablar de Monk Thurman alguna vez?

La pregunta provocó nuevamente la risa del otro.

-¿Que si he oído hablar alguna vez de Monk Thurman? -exclamó-. ¿Qué es esto, un juego de preguntas y respuestas? Acabarás preguntándome si he oído hablar alguna vez de Jorge Washington.

Joe Le Blanc sonrió, sobriamente.

-Bueno -dijo-, has oído hablar de Monk Thurman. Pero ¿le has visto alguna vez?

-Sí.

-¿Cuántas veces?

-Varias.

-¿Te conoce él a ti?

-No lo creo.

-Muy bien. Steve Cronin, conoce a Monk Thurman, Monk Thurman no conoce a Steve Cronin.

-Bueno -replicó Steve- Monk Thurman no me conoce. Pero Monk Thurman está en Nueva York. ¿Cómo nos afecta eso?

-Monk Thurman está en Chicago.

-Bueno... y... ¿qué? -inquirió Cronin-. Aquí no representa nada. Estoy metido con los jefes gordos de Chicago. Me tienen completamente sin cuidado todas las cuadrillas de Nueva York.

-Conque sí, ¿eh? -contestó Le Blanc-. Bueno, pues Nick Savoli daría la mar de dinero por tener a Monk Thurman a sueldo. ¿Qué te parece a ti eso?

Cronin dirigió una mirada penetrante a su interlocutor. Joe Le Blanc sonrió.

Sus palabras habían producido el efecto deseado. Sabía que había despertado ya el interés de Steve Cronin.

Aguardó tranquilamente, esperando una exclamación de sorpresa por parte de Cronin, y no tardó en oírla.

-¿Que Savoli quiere a Thurman? -exclamó Cronin-. ¿Qué sabe el jefe gordo de Monk Thurman? ¿Qué cartel tiene ese hombre en Chicago? ¡Si oí que las estaba pasando negras en Nueva York... que andaba mal con todo el mundo!

-Pues aquí está la mar de bien introducido -repuso Le Blanc-. Cuando digo que Nick Savoli le necesita, quiero decir que Mike Borrango le necesita, lo que viene a ser lo mismo.

Esta nueva afirmación le hizo muy poca gracia a Steve Cronin. El semblante del hombre expresaba ansiedad y miró a Le Blanc como pidiendo detalles.

-Verás lo ocurrido -dijo el propietario del Molino Gris-. Hubo jaleo en casa de Frank Marmosa anoche.

-Ya oí hablar de eso. Alguien mató a Eddy Heeny mientras estaba en el restaurante. Dicen que Schultz y Spirak tuvieron algo que ver con el asunto, pero... ¿Qué tiene que ver eso con Monk Thurman?

-Casi nada -replicó Joe Le Blanc hablando con énfasis-. A Heeny le mataron en el restaurante. Pero donde ocurrió el verdadero jaleo fue en la sala de juego. Schultz y Spirak intentaron un atraco.

-¡Cómo! -exclamó Cronin, con incredulidad-. ¿Dónde estaban los gemelos homicidas? Creí que estaban encargados de proteger la sala.

-¿Que dónde estaban? Fuera, siguiendo una pista falsa. Persiguiendo al que había agujereado a Heeny.

»Los hombres de Larrigan estaban en la sala y nos tenían encañonados. Pero Monk Thurman se hallaba presente también. Escucha, Steve: te perdiste la exhibición de maestría en el manejo de la pistola, más grande de tu vida.

» Monk inutilizó a los dos muchachos como si hubiesen sido unos niños de pecho. Estaba apoyado en el mostrador, como si estuviera dormido y dejó a los dos pistoleros fuera de combate en cinco segundos.

-¿Monk Thurman hizo eso? No puedo creerlo, Joe.

-¿Por qué no? Es pistolero profesional, ¿no?

-Sí; pero no trabaja de esa manera. Lucha en cuadrilla. Dispara a quemarropa. Ese estilo que me describes es nuevo para mí.

-Lo vi yo mismo, Steve.

-En tal caso ha cambiado de táctica. Pero... ¿cómo se relaciona eso con el jefe gordo?

Joe Le Blanc se echó a reír.

-Despiértate, Steve -dijo-. Marmosa le da participación a Savoli, ¿no?

-Naturalmente.

-Bueno, pues llamó por teléfono a Mike Borrango anoche y le contó lo ocurrido cuando se presentó a recaudar.

-¿Le presentó a Thurman?

-No. Monk se había marchado ya.

-¡Ah! -la voz de Cronin expresó alivio-. De manera que Borrango no se ha puesto en contacto con Monk aún.

-Aún no, Steve. Por eso te estoy avisando. Monk Thurman es un matador de lujo. Hizo una faena mucho mejor él solo de lo que hubieran podido hacer Genara y Anelmo. Un pistolero así puede serles muy útil a Savoli y a Borrango.

Steve permaneció unos instantes sumido en honda reflexión. Extendió el brazo, cogió la botella, llenó el vaso y se volvió hacia Joe Le Blanc.

-Gracias por el aviso, Joe -dijo-. Comprendo perfectamente, lo que quieres decir. Tú sabes lo que he estado haciendo aquí. Vine como un desconocido. Me metí con Savoli. He ido ascendiendo. Soy uno de sus mejores hombres en estos momentos.

-Así es, Steve. Yo soy amigo tuyo. Quiero verte conservar tu posición... o llegar más alto aún.

-Bien, Joe. Pues estoy llegando más alto. Voy a salir a hacer un trabajito de verdad mañana por la noche. Cuándo lo haya hecho... ¡le valdré mucho dinero a Savoli!

Le Blanc no replicó; pero enarcó las cejas, en muda interrogación. Cronin se dio cuenta y sonrió levemente.

-No puedo decirte de qué se trata, Joe -dijo-, Saldré de casa de Savoli a última hora de la tarde. Todo está preparado para que pueda probar la coartada. Pero una cosa sí te diré: voy a ocupar el puesto de Guirto.

-Comprendo, Steve. A Guirto lo liquidaron la otra noche, ¿no?

-Así es.

-Oye, ahora estás con McGinnis Ametralladora, ¿no? Supongo que te acompañará cuando hagas ese trabajo.

Steve Cronin hizo un chasquido con los dedos.

-Ya hemos hablado bastante de este asunto, Joe -repuso-. Ahora, olvídalo. Lo que a ti te interesa es lo siguiente: después de mañana por la noche, voy a representar algo aquí, en Chicago, y no quiero competidores.

-Como...

-Como Monk Thurman, por ejemplo. Por eso me alegro que me hayas avisado. Oí decir que Monk ya nada podía hacer en Nueva York. La cuadrilla de West Side andaba buscándole para darle el paseo. Pues bien, ha cometido un error muy grande al venir a Chicago.

-No diría yo tanto, Steve. Savoli le necesita. Eso ya constituye un buen principio.

-Pues espero que Savoli no lo encuentre. Eso me da una idea, Joe. Suponte que, antes de que Borrango o Savoli encontraran a Monk Thurman le echasen la vista Schultz y Spirak. ¿Qué sería de Monk Thurman entonces?

-Que aparecería en una cuneta acribillado a balazos.

-Exacto. Entonces ya no le serviría de nada a Savoli.

-Comprendido, Steve.

-Pues bien, Joe, si das con el paradero de Monk, avisa a la cuadrilla de Larrigan. Así acabarán con ese pistolero de Nueva York.

Joe Le Blanc movió, afirmativamente, la cabeza, mirando con perspicacia a su compañero. Sabía que podía salir ganando mucho si se ponía al lado de los hombres de Nick Savoli.

Había escogido a Steve Cronin como primera persona a quien acercarse, principalmente porque Cronin estaba ascendiendo rápidamente bajo las órdenes del jefe gordo.

Steve Cronin había llegado a Chicago unos meses antes. Le andaba buscando la policía de Nueva York, por lo que se había alejado del Este. Bajo la protección de Nick Savoli, se había convertido en un pistolero notorio.

Cronin era famoso por su osadía y serenidad. Había dado pruebas de ambas cosas con frecuencia en el pasado, cuando trabajaba por su cuenta.

Ahora, como pistolero de Savoli, había conquistado un lugar elevado en el mundo de los gángsters. Corría el rumor de que estaba destinado a convertirse en escolta personal de Nick Savoli.

La ambición de Joe Le Blanc era serle útil a Steve Cronin. Le Blanc conocía a todos los pistoleros de Chicago. Era uno de esos hombres que se mantienen en la orilla misma del mundo de los gángsters y que no corren peligro mientras no se metan donde no les llaman.

Le Blanc había sido muy cauteloso en sus actos. Había hablado, con énfasis, de sus relaciones con Frank Marmosa y pensaba hacer funcionar su hostería sobre el mismo plan que empleaba Marmosa en su restaurante.

Pero nada tenía que perder y sí mucho que ganar cultivando la amistad con Steve Cronin.

Antes de dar fin a la conversación, hizo resaltar este hecho.

-Escucha, Steve -observó, con voz comedida-; tengo que andar con pies de plomo. No quiero meterme en apuros. Voy a procurar ser amigo de todo el mundo. Pero, al mismo tiempo, si puedo serte útil en algo...

-Comprendo perfectamente, Joe -le interrumpió Cronin-. Tú procura serme útil y no te pesará. Me has dado una noticia verdaderamente interesante esta noche. Sigue así.

-Pero, entiéndeme bien -insistió Le Blanc-. Yo no hago traición a nadie, Steve. Soy amigo de todo el mundo... pero trabajaré contigo y con nadie más.

Steve Cronin sonrió. Comprendía que Joe Le Blanc hablaba con sinceridad y se dio cuenta de que la alianza podía resultarle a él de gran valor.

Cronin sabía muy poco aún de Chicago. Durante el tiempo que llevaba al servicio de Savoli, había dependido de los informes que le había dado el jefe o Borrango. Pero allí se le presentaba una ocasión.

-Puedo hacer mucho, Steve -prosiguió Le Blanc, deseando hacerle comprender al otro su importancia-. Puedo avisarte dónde se encuentra la gente cuando andes buscando a alguien. Hasta puedo hacerles venir aquí... pero eso no puedo hacerlo con demasiada frecuencia. Tengo que andar con pies de plomo, Steve...

-En efecto, Joe. No esperaré demasiado de ti. Sólo te pido que procures ayudarme. Y, si quieres empezar las cosas bien, averigua dónde está Monk Thurman y encárgate de que lo sepan los pistoleros de Larrigan.

-Conforme, Steve.

Steve Cronin le tendió la mano y el otro la estrechó, como sellando la alianza.

-Yo por ti y tú por mí. Eso es lo convenido, Joe. ¿Te enteras?

-Tú por mí y yo por ti -repitió Le Blanc. Cronin se puso en pie.

-Ya va siendo hora de que vuelva a la ciudad -dijo-. ¿Tienes tu coche aquí?

-En el garaje está.

-¿Es coche grande o pequeño?

-Un coupé.

-Magnífico; no me gustan los sedán. A veces se encuentra uno un amigo en el asiento de atrás de un coche grande... y, a veces, un amigo no es siempre un amigo.

-Ésa es la pura verdad, Steve.

Los dos hombres salieron del cuarto. Hasper entró al salir ellos, y retiró las botellas. Luego apagó las luces.

Apenas hubo quedado la habitación a oscuras, cuando la persiana metálica se alzó tan silenciosamente como aquella tarde. Una mano invisible se introdujo por la abertura y retiró el pequeño instrumento de detrás del radiador.

Fuera de la hostería, una figura borrosa cruzó la hierba hacia un macizo de matorrales. Allí estaba el receptor del dictáfono mediante el cual el desconocido había escuchado toda la conversación.

Nadie vio a la oscura figura introducirse por entre los matorrales.

Permaneció allí. Cuando Joe Le Blanc sacó su coche del garaje, los faros iluminaron de lleno el lugar; pero nada revelaron. El coupé se movió lentamente y, al pasar junto al matorral, Joe Le Blanc habló.

-Le dije a Monk Thurman que viniera aquí -dijo-, y casi le esperaba esta noche. Pero ahora me alegro de que no se presentara...

Steve expresó su asentimiento con un gruñido.

AL perderse la luz roja posterior del coche en dirección a la carretera, surgió un sonido del silencio de los matorrales. Era un sonido que no llegó a los oídos de Le Blanc ni de Cronin, porque estaban ya demasiado lejos y el ruido del motor zumbaba en sus oídos.

De haberlo oído hubieran quedado asombrados: Joe Le Blanc por lo extraño del sonido; Steve Cronin, porque lo había oído en otra ocasión.

Le Blanc no hubiese podido comprenderlo; Cronin lo hubiera comprendido demasiado.

Porque el sonido que surgió de aquello tupidos matorrales era una risa -una risa estridente-, una risa siniestra y burlona que creció en volumen al compás del viento invernal, apagándose después gradualmente y dejando un eco singular.

Escadrille Aparments pertenecían a Nick Savoli, y el rey de los gángsters de Chicago vivía en el cuarto piso.

Los que hacían funcionar los ascensores eran pistoleros disfrazados.

Recibían instrucciones completas cada vez que empezaban a trabajar. A la persona corriente que entrara en el edificio, le hubieran parecido empleados comunes.

Pero el hombre que hacía funcionar el ascensor en que subía Steve Cronin, llevaba pistola debajo de su elegante uniforme y, si algún gángster extraño hubiese intentado subir al piso de Savoli, se hubiera encontrado con una resistencia inesperada.

Nick Savoli no ocupaba todo el edificio. Los otros inquilinos del Escadrille eran personas de dinero que sabían muy poca cosa del hombre que vivía en el cuarto piso.

Todos usaban el ascensor; la única escalera que había pasaba por una torre de escape para caso de incendio. Era imposible llegar al cuarto piso más que en el ascensor, puesto que las puertas de la torre de escape estaban cerradas con cerrojos por dentro.

Steve Cronin se apoyó contra la pared del ascensor. El empleado le dirigió una mirada de admiración. Envidiaba el puesto que Cronin ocupaba entre los gángsters.

Cronin hacía frecuentes visitas al piso del jefe supremo y había muy pocos gángsters a quienes Nick Savoli concediera ese privilegio.

EL ascensor se detuvo en el cuarto piso. Steve Cronin se apeó y se encontró ante una reja de hierro. Al otro lado de ésta se hallaba una pequeña entrada.

El gángster oprimió el botón del timbre. Apareció un fornido criado italiano.

Reconoció a Cronin y abrió la puerta.

Este entró y se introdujo en un cuarto que había a la derecha. Enormes estanterías de libros decoraban las paredes. Los tomos, lujosamente encuadernados, no mostraban la menor señal de haber sido retirados nunca de su sitio.

Cronin se sentó en un sillón grande, de cuero. Cogió un pitillo de la cigarrera que había sobre la mesa y lo encendió. Arrellanándose cómodamente en su asiento, se puso a fumar, con gesto insolente, sacando el pecho con aire de satisfacción.

Se abrió una puerta al otro extremo de la biblioteca y entraron dos hombres.

Ambos vestían de etiqueta. Uno era bajo, de cuello corto y anchas espaldas.

El otro era alto y levemente encorvado de espaldas. El hombre bajo cruzó el cuarto y se acercó a Steve Cronin. El pistolero le saludó con un gesto.

-Hola, Nick -dijo.

El hombre bajo le contestó con un movimiento de cabeza. No apareció sonrisa alguna en su oscuro semblante, un semblante que parecía basto, a pesar de estar recién afeitado. Este hombre se sentó en una silla cerca de Cronin y miró, atentamente, al gángster.

A pesar de su fingido desparpajo, Steve Cronin estaba, interiormente embarazado, porque se hallaba en presencia de Nick Savoli, el jefe supremo del gangsterismo.

El hombre alto, moreno, que había acompañado a Savoli, se quedó de pie, apoyado contra la biblioteca que había a un lado del cuarto. Era Mike Borrango, primer ministro del emperador de los gángsters.

No hubo nada de convencionalismos en aquella entrevista. Steve Cronin, gángster de reconocida habilidad, tenía el privilegio de saludar al jefe llamándolo Nick.

El rey de los gángsters no era partidario de ceremonias reales. Era hombre que se burlaba de las apariencias, de los fingimientos, porque su verdadero poder era más grande que el de ningún monarca. Una palabra suya bastaba para producir, instantáneamente, la muerte. Sus hombres obedecían sus órdenes sin chistar.

Steve Cronin sabía que se le había llamado para encomendarle una misión.

Ya le había dado una idea de ello Mike Borrango, como Steve le había dado a entender a Le Blanc.

Sabía que le aguardaba una misión importante y ya le parecía oír, en su imaginación, el tableteo de una ametralladora.

Savoli no habló inmediatamente. En lugar de eso, encendió un cigarro puro de una de las marcas más caras.

-¿Qué ocurre, jefe? -inquirió Cronin, con voz ronca.

Tenía ganas de poner fin a aquella tensión.

Savoli no respondió. Siguió mirando al gángster. Luego se volvió hacia Borrango y enarcó las cejas, con gesto interrogador.

Borrango miró fijamente a Cronin también y no contestó con gesto alguno.

Evidentemente, Savoli lo interpretó como señal de aprobación.

-Steve -dijo-, has hecho muy buenas faenas. Muy buenas...

Cronin sonrió, halagado.

-Muy buenas faenas -repitió Savoli-. ¿Crees poder hacer más buenas faenas?

-Lo que usted quiera, Nick -replicó Cronin, hoscamente-. Dígame lo que quiere que haga y lo haré.

-¿Qué te parece, Mike? -inquirió Savoli, volviéndose hacia Borrango.

El italiano alto se encogió de hombros.

-No necesitas otro hombre, Nick -dijo en voz suave y melodiosa-. Creo que Steve puede hablar por sí mismo. Ya has oído lo que ha dicho.

Cronin miró a Borrango y se asió las manos fingiendo que se las estrechaba.

Era su sistema de darles las gracias a Borrango por su recomendación. No sabía que Savoli y Borrango habían discutido ya el asunto antes de su llegada.

En aquel momento no estaban más que creando una impresión en la mente de Steve. Savoli y Borrango constituían un tronco admirable de fingidores. El pistolero corriente se dejaba engañar siempre por sus actos.

Savoli, escéptico y de expresión dura, parecía difícil de convencer.

Borrango, con su dulzura y su plausibilidad, podía hacer creer al hombre corriente que lo negro era blanco.

A Borrango lo llamaban el enforzador, pero rara vez recurría a prácticas brutales. Su sistema era lograr concesiones, crear compromisos, adular... y hacer que los demás adoptaran su forma de pensar.

En aquel preciso momento, Steve Cronin se creía «estar bien» con Mike Borrango. Tenía la impresión de que el <enforzador> lo estaba arreglando todo para conseguir que disfrutase de todo el favor de Nick Savoli.

En realidad, Borrango estaba obrando como de costumbre. Para Mike Borrango, las falacias eran más deseables que los hechos concretos.

Le gustaba mentir y crear impresiones falsas, porque era ingenioso y tenía mucha imaginación, y ninguna de estas dos cualidades era necesaria para decir la verdad pura.

-Está bien -dijo Savoli, por fin. Parecía como si acabase de decidirse a escoger a Steven Cronin para el trabajo de aquella noche-. Cuento contigo, Steve. Explícale de qué se trata, Mike.

El italiano alto se apoyó contra la estantería.

-Se trata de lo siguiente -dijo-. Vamos a darle el paseo a un hombre esta noche. McGinnis «Ametralladora» es el encargado de ello y tú has de acompañarle.

-Por mí no hay inconveniente -respondió Steve.

-Es importante que puedas probar la coartada -prosiguió Borrango-. Lo hemos arreglado todo con Georgis Sommers. Ya sabes dónde está su establecimiento. Vete derecho a él al salir de aquí.

Steve Cronin asintió con un movimiento de cabeza.

Sabía que Georgis Sommers se encargaba de fabricar coartadas; pero nunca le habían mandado a ese establecimiento hasta aquel día.

Sommers tenia un estanco pequeño, donde entraban con frecuencia los gángsters a depositar las pistolas cuando entraban en el distrito del Lazo.

Había veces que los pistoleros iban sin pistolas, pero querían tener a mano sus armas para caso de urgencia.

-¿Estará allí McGinnis también? -inquirió Cronin.

-No te preocupes de McGinnis -replicó Borrango-. Limítate a decirle a Sommer que quieres jugar a las cartas arriba. Él comprenderá lo que quieres decir.

»Te enseñará la puerta excusada y ocultará tus pasos desde ese momento en adelante, hasta que llegues al garaje de Hallham. Allí encontrarás un coche grande de turismo. Sube a él. Obedece órdenes de Mac Ginnis.

-De acuerdo, Mike.

-Después, vuelve al establecimiento de Sommers. Te presentará a una señorita a la que tal vez hayas visto anteriormente. Vete con ella a cualquier cabaret o club nocturno. Eso te proporcionará dos medios de probar la coartada.

-Bien. ¿He de volver al establecimiento de Sommers por la misma puerta que haya salido?

-Naturalmente.

Siguió un intervalo de silencio. Steve Cronin, miró, interrogador, a Savoli y a Borrango. El rey de los gángsters le estaba mirando fijamente, como si aún no estuviera convencido de haber escogido el hombre más aprobado. Mike contrarrestó la mirada crítica de su jefe con una ligera sonrisa de aprobación.

-¿Algo más? -preguntó Cronin.

Mike Borrango movió, negativamente, la cabeza.

-¿No he de saber el nombre del tipo a quien hemos de dar el paseo? -inquirió Cronin.

-La pregunta es lógica -replicó Borrango, con dulzura-. Sin embargo, tal vez sea mejor que aguardes a que te lo diga McGinnis. ÉL hará el trabajo principal. Tú vas de ayudante suyo esta noche.

Savoli interrumpió.

-Se lo diré yo, Mike -dijo, como si le hiciera un favor enorme a Steve-. Se trata de un trabajo importante. Es mejor que lo sepa.

Borrango expresó su aprobación con una inclinación de cabeza.

-Vais a dar el paseo a Morris Clarendon -afirmó Savoli.

-¡Cómo! -exclamó Cronin, con incredulidad-. ¿Quiere usted decir el...?

-Eso es, precisamente, lo que quiero decir -respondió el otro, con énfasis-. Morris Clarendon, el suplente del fiscal del distrito.

El nombre de Morris Clarendon era conocido de todos los gángsters de Chicago. Clarendon era un fiscal que no temía a nada. Había mandado a la cárcel a pistoleros de todas clases, a pesar de los esfuerzos de los abogados, a los que los gángsters pagaban honorarios fabulosos.

-Habéis de dar el paseo a Morris Clarendon -dijo Borrango, como haciéndose eco de las palabras de su jefe-. Ha estado dando mucho quehacer. Va siendo hora de que se le liquide. Conque, no fracaséis.

Steve Cronin movió afirmativamente la cabeza y apareció en sus ojos un brillo de satisfacción.

Su semblante expresaba determinación, porque se daba cuenta de que aquélla era la oportunidad que hacía tiempo esperaba.

Se acordó de que iba a celebrarse la vista de una causa importante la semana siguiente, y que Clarendon había anunciado que mandaría a la cárcel a un par de gángsters muy conocidos. El fiscal suplente tenía escondidos a ciertos testigos. Los gángsters no habían logrado encontrarlos.

Cronin creyó comprender. Una vez muerto Clarendon, los testigos desconocidos, perderían su protector. Más aún: quedarían aterrados por la muerte del hombre en quien habían confiado. Temerían la mano de hierro de Nick Savoli, rey de los gángsters.

Pero Steve Cronin no conocía la historia ni la mitad. Nick Savoli no era un torpe ni un imbécil. Cuando usaba sus métodos, siempre pensaba en el porvenir.

Los gángsters que iban a comparecer ante los tribunales no tenían relación alguna con él. Por el contrario, eran aliados de Larrigan, archí enemigo del rey Savoli.

Aquel asesinato había de lograr dos cosas: eliminar al fiscal que más peligroso era para Savoli, y meter en un lío a los gángsters que se habían entremetido con demasiada frecuencia en los asuntos de Savoli.

Ni Savoli ni Borrango le explicaron nada de eso. Querían que Steve Cronin temiera por su propia seguridad, que les diera las gracias por la forma de probar la coartada que le estaban preparando.

De modo que permanecieron tan inmóviles y tan inescrutables como estatuas, mientras contemplaban el rostro de Cronin para ver las emociones que delataba.

Sabían que había quedado asombrado, momentáneamente, por la osadía, lo temerario de su misión, pero también habían calculado de antemano que el orgullo que le inspiraban al pistolero sus propias proezas, dominaría todos sus actos. Y no se equivocaron. Steve Cronin se puso en pie, tiró la colilla del cigarrillo en el cenicero y se dirigió a la puerta, contoneándose. Allí se detuvo, extendió los brazos e hizo unos chasquidos con los dedos.

-¡Morris Clarendon! -dijo, con breve risa-. ¿Qué representa? Para mí todos son iguales. Y seguramente lo son para McGinnis también. ¿Dónde hemos de liquidarle?

-McGinnis te lo dirá -respondió Savoli.

-Conforme. ¿Algo más?

-Nada más.

Cronin se despidió, salió del cuarto, tocó el timbre para que subiera el ascensor, y bajó.

-Aguarde un momento, Steve -dijo el empleado, cuando llegaron a la planta baja-. No se mueva de aquí aún.

Se acercó a la puerta y miró de un lado a otro de la calle. Luego regresó.

-¿Qué pasa, muchacho? -preguntó Cronin.

-Nada, que yo sepa. Sólo quería asegurarme. Salí a la calle un momento, poco después de llevarle a usted arriba. Salí a fumar un cigarrillo a la puerta. Me pareció ver que un hombre se deslizaba hacia el edificio.

-¿Qué aspecto tenía?

-No me fue posible verlo. Ni siquiera estoy seguro de que se tratara de un hombre. Parecía como si alguien se hubiese escondido entre las sombras, al lado de la puerta. Salí a echar una mirada. No vi a persona alguna. Pero quería asegurarme de que no le estuvieran vigilando a usted.

-Vamos, muchacho -le respondió Cronin-. Me parece que más vale que te abstengas de probar ese líquido que llaman licores de primera. Nadie se preocupa de mí. No estoy haciendo nada.

Dejó el edificio y, al salir por la puerta, dirigió una mirada al lado oscuro mencionado por el hombre del ascensor. Era un punto oscuro muy pequeño, próximo a la entrada, y Steve se echó a reír al verlo.

Si hubiera estado menos absorto pensando en ametralladoras y en sus planes para aquella noche, tal vez hubiera mirado tras sí al avanzar por la calle. Pero, aunque hubiese vuelto la cabeza, es muy probable que nada hubiera visto.

Porque la figura que salió del punto oscuro próximo a la entrada del Escadrille, era poco más de un borrón oscuro. Surgió antes de que Cronin hubiese recorrido ocho metros, pasó como una exhalación por delante de la puerta del edificio y volvió a desaparecer.

El borrón oscuro tenía la forma de la silueta de un hombre. Sin embargo, no se veía persona alguna contra la pared. Luego la sombra desapareció, perdiéndose en la noche.

Sin embargo, aún seguía a Steve Cronin, manteniéndose siempre a la misma distancia. Porque cada vez que el gángster pasaba por debajo de las brillantes luces de alguna esquina, hacíase visible la sombra animada al deslizarse tras él.

CAPÍTULO VII
MENSAJEROS DE LA MUERTE

Steve Cronin dio un rodeo antes de dirigirse a la tabaquería de Georgis Sommers. Aún no había llegado la hora de preparar la coartada; pero comprendía que era conveniente que fuera discreto durante todas las etapas de la aventura de la noche.

Es más: con toda seguridad no le hubieran llamado al piso de Nick Savoli de no haber sido porque había frecuentado la casa durante las últimas semanas.

La tabaquería se hallaba situada en una bocacalle en las lindes del Lazo.

Cronin entró y observó con satisfacción que el establecimiento se encontraba casi desierto. Georgis Sommers, hombre rollizo que parecía un ex tabernero, estaba detrás del mostrador, en mangas de camisa, cuando llegó el pistolero.

-¡Hola, Georgis! -dijo Steve Cronin-. No hay muchos de los muchachos aquí, esta noche. ¿Anda de capa caída el negocio?

-Todo lo contrario -replicó Sommers-. Han estado todos aquí y se han marchado ya.

-Vengo algo tarde, ¿eh? Bueno; no pienso ir a parte alguna, de momento. ¿Y si echáramos una partidita de cartas, Georgis? ¿Te hace?

Sommers miró a Cronin con cierto escepticismo. No se le había dicho a quién tenía que esperar. Quería asegurarse de que aquél era el individuo en cuestión. Sabía que Cronin ocupaba un importante lugar en la cuadrilla de Nick Savoli. Pero le gustaba andar con cuidado.

-Una partidita de cartas, ¿eh? -dijo.

-Eso mismo, Georgis. ¿Hay alguno de los muchachos arriba, ahora?

El tabernero negó con la cabeza. De pronto, pareció ocurrírsele una idea.

-Oye, Steve -dijo en voz baja-; tengo una amiguita que quisiera conocerte. Vendrá aquí dentro de un rato. ¿Y si subiéramos hasta que llegue ella? Tal vez podamos jugar a las cartas. Y, tal vez...

Hizo una pausa y simuló llevarse un vaso a los labios. La mímica hizo sonreír a Cronin.

-¿Bebida buena, Georgis?

-Lo mejorcito que hay, Steve. No la vendo. La guardo para mis amigos. Pasó la frontera la semana anterior.

-De acuerdo, Georgis.

El tabaquero abrió la puerta interior del cuarto y llamó. Bajó un dependiente joven y Sommers le ordenó que se hiciera cargo de la tienda.

Luego condujo a Steve Cronin escaleras arriba, a un cuarto que tenía echadas las cortinas. Sacó una botella y dos vasos.

Mientras los dos hombres hablaban, ocurrió un ligero incidente abajo, en la tienda.

Un hombre entró, tambaleándose, en la tabaquería y pidió un paquete de cigarrillos. Empezó a encontrarle faltas a la marca que le ofrecieron y se puso a discutir con el dependiente.

Este se acercó a la vitrina que había detrás del mostrador para sacar los cigarrillos que pedía. Cuando se volvió de nuevo, quedó sorprendido al ver que el hombre había desaparecido. No había ninguna persona en el establecimiento en aquel instante.

El dependiente pensó que su parroquiano se habría marchado, y olvidó el asunto. Si el dependiente hubiera estado vigilando al parroquiano, los actos de éste le hubieran sorprendido, porque el desconocido no había salido del establecimiento.

En cuanto el dependiente le hubo vuelto la espalda, se dirigió, silenciosamente, hacia el fondo de la tienda, metiéndose por la puerta que daba a la escalera.

Una vez detrás de la puerta, el hombre subió, rápidamente, la escalera. Pero se movía con el sigilo de un gato. Hizo una pausa junto a la entreabierta puerta del cuarto en que conversaban Georgis Sommers y Steve Cronin.

El tabaquero le estaba dando instrucciones al gángster.

-Cruza el rellano, Steve -decía-, y baja por la escalera de servicio. Encontrarás una puerta que da al callejón. Vuelve por el mismo camino. Tiene una cerradura especial. Tira del pomo hacia fuera, antes de darle la vuelta.

-Bien.

-Me encontrarás aquí cuando regreses. No pierdas tiempo. Cuando antes llegues aquí, mejor.

El gángster no respondió. Aparentemente, decidió que cuanto antes saliera, mejor. Abrió la puerta del cuarto, y al hacerlo, el hombre que se hallaba en el rellano pareció cubrirse en la sombra.

La puerta se abría hacia afuera. Quedaba un pequeño hueco detrás de ella y el desconocido se perdió en tan estrecho escondite.

Steve Cronin encontró la escalera de servicio y bajó a tientas en la oscuridad. Tropezó una o dos veces e hizo ruido a pesar de todo su cuidado, porque la escalera era mala y tortuosa.

El hombre que le seguía no hizo ruido alguno. Avanzaba silenciosamente, como si pudiera ver en la oscuridad.

El pistolero abrió la puerta excusada y la cerró tras de sí. No habría recorrido más de ocho metros del callejón, cuando la puerta volvió a abrirse lo bastante para dar paso a la figura alta y delgada de un hombre.

Cronin acertó a volver la cabeza en aquel momento, pero nada vio; porque la puerta se había abierto suave y lentamente y el hombre que salió por la rendija iba enfundado en un gabán negro que le hacía invisible en las tinieblas de la calleja.

Veinte minutos más tarde, Steve Cronin llegaba al garaje de Hallham. Miró calle arriba y calle abajo antes de entrar. Luego se introdujo por la puerta y vio, inmediatamente, el coche de turismo que buscaba.

El automóvil estaba en un rincón oscuro. El gángster se dirigió a él sin ser visto y se sentó en el asiento de atrás. Observó que habían sido echadas las cortinas de cuero por los lados del coche. Era natural, porque la noche se presentaba nublada y amenazaba lluvia.

-¿Eres tú, Cronin?

-Sí.

No te muevas ni hagas ruido, pues. Yo soy McGinnis. Hemos de esperar aún un par de minutos a Brodie. Él conducirá esta noche.

Steve Cronin reconoció el nombre de Brodie. Comprendió que se hallaba con dos de los mejores miembros de la cuadrilla de pistoleros de Nick Savoli.

Brodie era el hombre que había conducido el coche en que Savoli había logrado librarse del fuego del jefe de una banda rival. Hombre al que se había matado después como recompensa por haber atentado contra la vida de Nick Sivoli.

Se decía que McGinnis «Ametralladora» había hecho los fatales disparos que liquidaron a dos de los enemigos de Savoli cuando se paseaba por el Boulevard de Michigan.

-Ya está aquí Brodie -murmuró McGinnis.

Steve Cronin se volvió hacia la portezuela por la que él había subido al asiento de atrás y creyó observar un movimiento de las cortinas. Luego oyó ruido por el otro lado y, volviéndose, vio a Brodie ocupar su sitio ante el volante. No le era posible ver las facciones del hombre en la oscuridad.

-Es raro -dijo Cronin, a media voz-, creí que estaba subiéndose a la parte de atrás, con nosotros.

Volvió la cabeza de nuevo para asegurarse de que no se había engañado.

Había un montón de ropa al otro lado del asiento, y, al extender la mano en su dirección. Cronin tocó metal frío: el cañón de una ametralladora.

-Quédate a este lado -le avisó McGinnis-. Tengo la máquina de escribir preparada ahí, cubierta con mantas. No la toques hasta que la necesitemos.

-¿Estáis preparados? -preguntó Brodie.

-Adelante -le dijo-. Que el coche parezca desocupado. Preparemos la máquina de escribir dentro de unos momentos.

En la jerga de los gángsters, se llamaba así al instrumento de muerte, porque su tableteo se asemejaba al tecleo de una máquina.

-Trabajaremos desde este lado -explicó McGinnis-. Ese Clarendon es un poco tonto, aun cuando él se crea muy listo. Va a estar aguardándonos en la esquina.

-¿Cómo se arregló eso? -inquirió Cronin.

-No lo sé; pero debe de haberse tragado alguna fábula que le contaran, de lo contrario no estaría allí ahora. Existe la probabilidad de que no le encontremos; pero Borrango asegura que no dejará de estar.

El automóvil desembocó por una calle ancha. Un anuncio luminoso, colocado muy alto, exhibía el nombre de Birck.

-El sitio convenido es ése, ahí adelante -susurró McGinnis, preparando el arma para entrar en acción-. Debiera estar esperando ahí fuera ya.

Morris Clarendon, en efecto, se hallaba cerca de la entrada del establecimiento de Birck en aquel preciso momento. Llevaba esperando más de un cuarto de hora y tenía la intención de esperar indefinidamente.

Porque el fiscal suplente tenía una cita, en aquel lugar, con un hombre al que creía un testigo de cargo importante para un juicio que se iba a celebrar dentro de poco.

No sabía él que la persona a quien esperaba, jamás podría acudir a la cita.

Unos gángsters le habían matado dos noches antes y el cadáver de la víctima no había sido hallado aún.

Los emisarios de Savoli hacían las cosas bien. Se habían enterado de la cita y sabían que Clarendon había prometido aguardar hasta que se presentara el hombre. Se había escogido la droguería como punto de reunión, porque aquél era un distrito poco frecuentado por los gángsters.

El joven jurisconsulto no pensaba que pudiera amenazarle peligro alguno.

No prestó la menor atención a los vehículos que circulaban por allí. De pie, bajo la luz de la esquina, aguardaba la llegada del hombre con quien se había citado.

Fue una jugarreta de la suerte lo que le avisó a Morris Clarendon de la muerte que le amenazaba. Y, como tantas otras humoradas sombrías del destino, el aviso había de llegarle demasiado tarde.

Una ráfaga de aire barrió la acera, quitándole el sombrero a un transeúnte. Clarendon vio rodar el sombrero por el arroyo. Su propietario logró recuperarlo y tuvo que volver de un salto a la acera para esquivar un coche que se acercaba.

Clarendon lo vio y el movimiento del coche llamó su atención. El automóvil era un coche de turismo con cortinas de cuero laterales. Se dirigía hacia el bordillo, describiendo una curva rara, y todo su aspecto y movimiento delataban sus propósitos.

Morris Clarendon se dio cuenta que se trataba de un coche de muerte y comprendió que él era el objeto de la amenaza.

Buscó un sitio en qué refugiarse pero era demasiado tarde. El coche casi había llegado hasta él. Se hallaba a unos seis metros de la esquina, junto a la pared del edificio. No había puerta alguna cerca. Las piernas de Clarendon se negaban a responder a sus deseos de correr a guarecerse.

Todo era inútil. El coche se hallaba junto al bordillo, avanzando lentamente y, por debajo de la cortina de cuero del asiento de atrás, el fiscal vio asomarse el cañón de una ametralladora, un cañón negruzco, que parecía la boquilla de un teléfono.

¡Aquel cañón significaba la muerte! Muerte rápida y segura. No había forma de esquivarla. Entonces, Morris Clarendon aplastó el cuerpo contra la pared, preparado para recibir los proyectiles fatales que habían de poner fin a su vida.

CAPÍTULO VIII

LA SOMBRA HABLA

Tres hombres sombríos estaban preparados para llevar a cabo su cometido cuando el coche se acercó al lugar en que aguardaba Morris Clarendon.

Brodie, sentado al volante, había visto al fiscal a los sesenta metros de distancia y había acortado la velocidad del vehículo para que la víctima resultara un blanco perfecto para McGinnis «Ametralladora».

-Atención -fue lo único que dijo.

Steve Cronin le repitió la palabra a McGinnis.

No había manera de confundir a Morris Clarendon, y era el único hombre a la vista. De todas las órdenes que McGinnis «Ametralladora» había recibido de Nick Savoli en su vida, aquélla era, al parecer, la más fácil de cumplir.

El hombre rió al prepararse para apretar el gatillo y Steve Cronin coreó su risa.

Ambos tenían la mirada fija en la iluminada pared contra la que se hallaba un blanco viviente. Morris Clarendon se había dado por perdido y hacía frente a la muerte con verdadero valor. Pero a los pistoleros como McGinnis y Cronin, su actitud sólo les causaba risa.

Para ellos, aquello era parte de su negocio. Estaban a punto de ganarse nuevos galones en el servicio de Nick Savoli, y la sencillez de aquella ejecución les hacía reír.

Con la mirada fija en el exterior, los tres hombres sombríos no pensaron ni por un momento en la oscuridad que les envolvía en el asiento de atrás del automóvil.

En cuanto a Brodie, sus pensamientos estaban muy lejos de aquella escena.

Había escogido la ruta que tenía intenciones de seguir. EL trabajo de ejecución pertenecía a los otros. Estaba preparado para tirar calle abajo en dirección al lugar seguro y no se daba cuenta de nada más que de sus deberes como conductor.

McGinnis «Ametralladora» posó el dedo en el gatillo. Estaba esperando el momento más apropiado para desencadenar una ráfaga de balas que acabaran con la existencia de Morris Clarendon.

Pero, antes de que pudiera mover el dedo, recibió una de las sorpresas más grandes de su vida. Como surgido por arte de magia, el cañón de una pistola se le clavó en la espalda.

Steve Cronin, sentado junto a McGinnis, sufrió idéntico trato en el mismo instante. Igual que McGinnis, conocía el contacto del cañón de una pistola.

Luego surgieron palabras susurradas de la oscuridad del asiento posterior.

Una voz extraña y sobrenatural habló en tono siniestro:

-¡Si disparáis, morís!

El tono no dejaba lugar a dudas. McGinnis «Ametralladora», a pesar de su demostrado valor, sintió que le temblaba el dedo. Lo retiró, instintivamente, del gatillo.

Steve Cronin estaba más turbado aún. No era la primera vez que oía aquella voz. Se dejó caer al suelo del coche, completamente dominado por el miedo.

El automóvil de turismo pasó, lentamente, por delante del lugar en que Morris Clarendon aguardaba una muerte segura. La ametralladora permaneció inactiva. Su negra boca asomaba ominosa, por debajo de la cortina; pero nada más.

El coche siguió hacia la esquina. Luego Brodie, asombrado por el silencio, volvió la cabeza.

Igual que los otros, oyó una orden susurrada.

-Sigue adelante -ordenó la voz.

Brodie vaciló un instante. Luego se dio cuenta de que era demasiado tarde para cambiar la situación. Su deber era consumar la huida. El manejo de la ametralladora era de la incumbencia de los que ocupaban el asiento de atrás.

El chófer pisó el acelerador y el auto bajó, a toda velocidad, la ancha calle.

La pistola fue retirada de la espalda de McGinnis. Dando un grito de ira, el gángster se volvió para asir al desconocido.

La culata de la pistola le propinó un fuerte golpe en la sien. Cayó junto a la ametralladora, exangüe e impotente. Luego el cañón de la pistola tocó el cuello de Brodie, dándole un escalofrío.

-Afloja la marcha -susurró la voz.

EL chófer obedeció.

La pistola se retiró. En aquel mismo instante, Steve Cronin se dio cuenta de que había desaparecido también la que le amenazaba a él.

Sin embargo, ninguno de los dos hombres se atrevió a moverse y, mientras temblaban, oyeron una risa siniestra y burlona, una voz que reía en las tinieblas del coche que había fracasado en su destructora misión.

Brodie, temeroso aún, paró el coche en seco. Entonces volvió a recobrar su valor. Torció el cuerpo y se echó por encima del respaldo delantero, sacando, al mismo tiempo, la pistola.

Steve Cronin, animado por el acto de Brodie, sacó una lámpara de bolsillo e iluminó el interior del vehículo.

Nada había allí más que una pila de mantas. Los hombres las echaron a un lado, tirándolas sobre el cuerpo inerte de McGinnis. Pero nada descubrieron.

Silenciosa e invisiblemente, el misterioso hombre de la noche se había apeado del automóvil, desapareciendo.

Brodie se apeó de un salto. Creyó ver que alguien se movía detrás del coche y apuntó hacia allá la pistola. Luego se dio cuenta que la supuesta figura no era nada más que la sombra de un anuncio colgante que se agitaba.

Bajó la pistola; luego comprendió que la sombra era un ser viviente, después de todo, una figura alta y delgada que apareció de pronto.

Disparó entonces; pero era demasiado tarde. El hombre había desaparecido y, a lo lejos, se oyó una risa prolongada y sonora.

Brodie y Cronin levantaron a McGinnis. El encargado de la ametralladora abrió los ojos y les miró.

-¿Le liquidasteis? -preguntó.

-No -replicó Brodie.

-¿Quién era?

-No lo sé.

Steve Cronin no ofreció explicación alguna. Sabía quién era el desconocido.

Había tenido un encuentro con La Sombra en otra ocasión. Había sido aquélla la primera vez en su vida que sintiera miedo. Y lo sentía en aquellos momentos también. Temblaba a pesar suyo; porque había sido vencido, de nuevo, por el poderoso enemigo de los gángsters.

Brodie apoyó a McGinnis contra el asiento de atrás y le hizo una seña a Cronin para que lo cuidara. Luego volvió a sentarse al volante y puso el coche en marcha, dando instrucciones.

-Habéis fracasado rotundamente -gruñó-; pero nada se adelanta con discutirlo ahora. El jefe gordo tendrá mucho que hablar del asunto mañana.

»Voy a dejarte, Cronin, donde me dijeron que te dejara. Yo me cuidaré de McGinnis Un par de primos, eso es lo que sois.

-Y tú... ¿qué? -inquirió Cronin, con sarcasmo.

-¿Y yo qué? -gruñó el chófer-. Estaba atendiendo mi trabajo. Lo otro era obligación vuestra. ¿Por qué dejasteis subir a ese tipo?

-¿Por qué lo dejaste tú bajar?

Brodie estaba demasiado furioso para contestar. Se metió por una callejuela y paró el coche.

-Apéate -le dijo a Cronin-; Y desde este momento, cuídate de ti mismo. Pero no tienes por qué preocuparte, sin embargo.

Steve Cronin se apeó. Aún sentía debilidad en las piernas y tuvo que apoyarse un instante contra un farol. Brodie se marchó inmediatamente con el automóvil, dejando solo al pistolero.

Éste miró arriba y abajo de la callejuela como si temiera que el ominoso desconocido se hallase aún presente. Luego logró dominarse de nuevo y se dirigió a la tabaquería de Sommers.

Entró por la puerta excusada y subió al cuarto. Allí encontró a Georgis Sommers y a la muchacha a la que había esperado encontrar.

-Este es el señor Cronin -dijo Sommers-. Steve, te presento a Kitty Roland.

Cronin logró sonreír, al hacer una ligera reverencia.

Cronin comprendió que debía fingir que no tenía preocupación alguna y procuró olvidar el episodio del coche. Se sentó a la mesa en compañía de Sommers y de la muchacha. Aceptó el vaso que se le ofreció.

Transcurrió una hora. Luego Cronin, recobrado su aplomo por la cantidad de libaciones hechas, propuso que Kitty Roland le acompañara a algún sitio.

Sommers asintió, diciendo que la idea era buena.

-Habéis estado aquí los dos desde las nueve -dijo, mencionando la hora a la que Cronin se había presentado en el establecimiento la primera vez-. ¿Por qué no vais a casa de Marmosa y probáis suerte en la ruleta?

-Eso no estaría mal -murmuró la muchacha.

-Esas ruletas tienen trampa -objetó Cronin-; pero podemos ir allí y ver cómo despluman a los incautos.

Salió con la muchacha y se dirigieron, en taxi, al restaurante de Marmosa.

Steve Cronin conocía ya la sala de juego y, como favorito de Nick Savoli, entró sin la menor dificultad.

Aquélla era la primera vez que Kitty Roland entraba allí. Dio muestras de vivo interés al ver el establecimiento; pero Cronin sólo le contestó con gruñidos. Se acercó al bar y pidió de beber. El recuerdo de su fracaso le molestaba aún.

Cronin miró, con brusquedad, a su alrededor. Por fin dirigió su mirada hacia la puerta y vio allí a un joven vestido de etiqueta. Era Harry Vincent.

A través de los vapores del alcohol, que le tenían medio mareado, pareció despertarse un leve recuerdo en su mente. Miró a Harry como si le recordara.

Luego acertó a ver a dos hombres en otro rincón: A John Genara y Tony Anelmo.

Su hosca expresión despertó en él cierta sensación de camaradería. Conocía a los gemelos homicidas de vista y de fama. Abandonando el mostrador, cruzó el cuarto y se colocó a su lado.

-¡Hola, John! ¡Hola, Tony!

-¡Hola! -gruñó Anelmo.

Genara no respondió.

-¿Qué se hace esta noche?

-Nada.

La contestación de Anelmo expresaba muy poco deseo de conversar. Ello no obstante, Cronin persistió aun cuando su siguiente comentario le llevó a terreno peligroso.

-He oído decir que hubo jaleo aquí, anoche -dijo.

-Tal vez hayas oído más de la cuenta -respondió Genara.

Cronin se echó a reír y miró al siciliano.

-¿Eso crees? -inquirió-. Pues bien pudiera ser que oyese algunas cosas que pudieran seres útiles a vosotros.

-¿Cuáles, por ejemplo?

-He oído hablar mucho de un neoyorquino que se las da de listo -observó Cronin-. Un tipo que se cree pistolero de postín. Dice llamarse Monk Thurman.

Genara y Anelmo expresaron interés. Cronin había conseguido lo que quería.

A pesar de que estaba medio borracho, se dio cuenta de que los asuntos de Monk Thurman le interesaban tanto a los gemelos homicidas como a él.

-He oído decir que os dejó en ridículo a los dos -observó Cronin, con osadía.

-¿Y a ti que te importa eso? -inquirió Anelmo.

-Mucho. Anda buscando quitarme el puesto. Quiere introducirse bien con el jefe grande.

Los ojos de Tony Anelmo brillaron de interés. Sonrió, malévolo. Ni él ni Genara le profesaban mucho cariño a Monk Thurman, después de lo ocurrido la noche anterior. Hubieran preferido que a Schultz y a Spirak les hubiese salido bien el golpe que permitir que otro pistolero hiciese su trabajo como lo había hecho Thurman.

-¡Ah! -murmuró Anelmo suavemente-. Conque ese Monk se las ha dado de listo contigo también, ¿eh? ¿Qué te ha hecho, Steve?

-Nada aún. Está acechando. Preparado para ocupar mi sitio si me descuido. No me gustan los tipos como él. Están mejor en Nueva York o...

No completó la frase: pero los otros comprendieron su insinuación. Anelmo miró a Genara y el otro siciliano entendió los pensamientos de su compañero.

Sería una equivocación darle el paseo a Monk Thurman a no ser que varias personas anduvieran buscándole para matarle. La enemistad de Steve Cronin constituía una especie de puente que conduciría a la acción que estaban anhelando los gemelos homicidas.

Cuando Cronin se separó unos instantes, Anelmo le dio a conocer su idea a Genara en un susurro.

-Esos otros dos -dijo en italiano-, Schultz y Spirak... podrían liquidar a Monk. He aquí otro que podría hacer lo mismo, ¿y tú y yo...?

-Aguarda -replicó Genara, expresivamente.

Cronin volvió al lugar en que se hallaban los dos hombres.

-¿Quién es ése? -preguntó, indicando a Vincent.

-Un hombre nuevo -replicó Anelmo-. Se llama Vincent. Ocupa el sitio de Joe Le Blanc.

-Se parece mucho a un hombre a quien di el paseo en cierta ocasión -observó Cronin-. Cuando yo liquido a una persona, me gusta liquidar a toda otra que se le parezca.

Cronin no se equivocaba al reconocer a Vincent. Se había encontrado con el joven en otra ocasión y había intentado asesinarle.

Cronin se arrepintió, de pronto, de haber dicho las últimas palabras. Buscó un pretexto para cubrir lo que acababa de decir y recurrió al primer pensamiento que le pasó por la cabeza.

-¿Fue anoche la primera vez que estuvo aquí? -preguntó-. Me refiero a este Vincent.

Anelmo movió, afirmativamente, la cabeza.

-¡Hola! -gruñó Cronin-. Se presenta la misma noche que Monk Thurman y que esos otros dos pájaros. Parece un poco raro, ¿no? ¿Con quién trabaja...? ¿Con la cuadrilla de Thurman o la de Larrigan?

La insinuación no cayó en terreno baldío. Anelmo miró a Genara y este último asintió con la cabeza. Cronin se dio cuenta del intercambio de señas.

-Bueno sería vigilar a ese individuo -dijo-. No le perdáis de vista, muchachos. Entretanto yo buscaré a Monk.

Cruzó medio tambaleándose, el cuarto y asió a Kitty Roland del brazo.

-Vamos, chica -dijo-; se está haciendo tarde. Te acompañaré hasta tu casa.

Al llegar a la puerta, el pistolero tropezó con Harry Vincent. Cuando éste se volvió, Cronin le miró atentamente.

Durante un instante, el semblante de Harry reflejó la más viva sorpresa; pero Cronin estaba demasiado embriagado para darse cuenta de ello.

-Steve Cronin -murmuró Harry-, aquí en Chicago. Es un mal bicho ese hombre y tengo una cuenta que saldar con él. Voy a vigilarle si viene por aquí con frecuencia.

El pensamiento de vigilar a Steve persistió en la mente de Harry hasta mucho después de haberse marchado el pistolero. Es más, llegó a dominar de tal forma todos sus demás pensamientos, que no prestó la menor atención a Genara y Anelmo, que permanecían tranquilamente en un rincón.

De haberse fijado en ellos Harry, tal vez hubiera olvidado a Steve Cronin de momento. Porque, mientras pensaba en vigilar al pistolero, los gemelos homicidas le estaban vigilando a él.

Pero ninguno de ellos vigilaba a los jugadores reunidos alrededor de las mesas de ruleta. No prestaron la menor atención a un caballero silencioso, de cabello gris, que jugaba posturas enormes y ganaba, constantemente con gran enfado del croupier.

El hombre había visto entrar y salir a Steve Cronin; había sorprendido las miradas cruzadas entre Genara y Anelmo; se había dado cuenta de que Harry y Cronin se habían reconocido.

Sin embargo, permaneció silencioso y no habló. A veces se reía tan dulcemente que nadie más que él oía su tono burlón.

CAPÍTULO IX
SAVOLI HACE PLANES

Steve Cronin se hallaba en el Escadrille, a la tarde siguiente, dando cuenta de sus actos al jefe supremo.

Savoli ocupaba la silla de costumbre; Borrango, como siempre, se apoyaba contra la estantería de libros. Aguardaron a que Cronin se explicara.

-Tuvimos mala suerte anoche -dijo, en son de excusa, el pistolero-. Las cosas no nos salieron como esperábamos.

Nick Savoli no hizo comentario alguno; pero Mike Borrango suministró la contestación.

-McGinnis estuvo aquí esta mañana -dijo-. Nos dijo que alguien se subió al coche con vosotros. ¿Cómo se las arregló?

-¿Cómo diablos he de saberlo yo? -repuso Steve Cronin.

»McGinnis era el que se encargaba de todo. El coche estaba vacío cuando yo subí a él. Yo no vi entrar a nadie.

-¿No? -interrumpió la voz de Savoli-. Pues a mí me parece la mar de raro. Nunca les había ocurrido una cosa así a Brodie ni a McGinnis hasta ahora. Ellos se disculpan contigo. Estoy harto ya de oír excusas.

-Dejemos esto bien sentado, Cronin -observó Borrango-. Brodie sólo sabe que alguien subió a la parte de atrás contigo. McGinnis dice que alguien le dio un culatazo. Eso no me huele muy bien. No hay pistolero que trabaje así. No puede haberse tratado de un policía. ¿Quién era?

Steve Cronin se dio cuenta de que se sospechaba, a medias de él. Después de todo, a él le correspondía dar una explicación. EL era el nuevo en la expedición de la noche anterior.

Había vacilado en dar a conocer su opinión particular, no porque dudase de la existencia de La Sombra, sino porque temía que Savoli y Borrango no le creerían. Pero vio, de pronto, la ocasión de hacer un relato que convenciese.

Miró varias veces de uno a otro antes de empezar a hablar.

-No sé cómo se metería ese hombre en el coche -dijo, lentamente-; pero sí sé quién era... y por qué obró como lo hizo.

Durante un segundo revoloteó, por el semblante de Savoli, una expresión de sorpresa; pero en seguida recobró su tranquilidad.

Mike Borrango avanzó varios pasos; mas luego volvió a la estantería y adoptó la misma actitud de indiferencia que su jefe.

Steve Cronin se humedeció los labios. Comprendió que había producido efecto su declaración y tenia el propósito de hacer que lo produjera aún mayor.

-Sólo hay un hombre capaz de hacer lo que hizo ese individuo -afirmó-, sólo uno que hubiera obrado como obró él. Lo sé... porque tuve un encuentro con él en cierta ocasión. Quizás hayan oído hablar de él; quizá no. Pero yo sé que existe, porque le he visto.

El gángster hizo una pausa y continuó, mirando a Savoli y a Borrango.

-¿Quién es ese hombre? -inquirió el «enforzador».

-No conozco su verdadero nombre; pero sé cómo le llaman. El hombre que se hallaba en el coche anoche, era... ¡La Sombra!!

-¿La Sombra? -inquirió Savoli-. ¿Quién es ése?

Mike Borrango se acarició la barbilla. Miró atentamente a Cronin. Luego asintió lentamente con la cabeza, volviéndose hacia Savoli.

-He oído hablar de La Sombra -murmuró--. Hablan de él en Nueva York. Nadie sabe quién es, ni qué es. Cronin dice que La Sombra tiene existencia real. Yo he oído decir que no es más que un invento, un ser imaginario. Los chivatos y los cobardes recurren a su nombre como excusa.

El tono de que había hecho uso Borrango, se diferenciaba mucho de su habitual dulzura. El Mike Borrango auténtico se había revelado; pero lo había hecho con un fin determinado: con el de despertar la ira de Steve Cronin.

Borrango sabía que los gángsters decían la verdad cuando se enfurecían y había hecho la insinuación, para que Cronin dijese algo más.

Su estratagema tuvo éxito. Steve Cronin asió los brazos del sillón que ocupaba y medio se levantó. Trabajo le costó dominarse. Durante un momento, pareció a punto de abalanzarse sobre Mike.

-Conque yo soy un cobarde y un chivato, ¿eh? -rugió-. ¡Se va usted a tragar esas palabras, Borrango! ¡Tráigase sus pistoleros! ¡Los liquidaré a todos!! Pero no puedo luchar contra un hombre al que no veo... ¡Un hombre como La Sombra!

Mike Borrango se había salido con la suya. Alzó una mano, como conteniendo al otro. Su voz volvió a recobrar su dulzura.

-Yo no dije que fueras tú un chivato, Steve. Sólo repetí lo que he oído decir... que los chivatos y los cobardes han usado el nombre de La Sombra como excusa. Si tú dices que La Sombra existe, debe existir. ¿Qué opinas tú, Nick?

Nick Savoli estaba mordiendo la punta de un puro apagado. Miró a Cronin, medio dudoso. Luego se sacó el puro de la boca y contestó la pregunta de Borrango, aun cuando sus palabras iban dirigidas a Cronin.

-Dinos algo más de La Sombra -respondió.

Esto era lo único que Steve Cronin necesitaba. Se dejó caer nuevamente en su asiento, encendió tranquilamente un cigarrillo y empezó a hablar. Tuvo buen cuidado de hacer que su relato resultara convincente.

-No me extraña que duden ustedes de mí -dijo-. Yo no creí en la existencia La Sombra la primera vez que oí hablar de ella.

»Había un individuo en Nueva York que se llamaba Croaker y que estaba asustado de La Sombra. La cuadrilla le dio el paseo, acusándole de traición, y las últimas palabras que dijo al morir fueron: "¡La Sombra!"

»Luego tuve yo un encuentro con él y me convencí de que existía.

»Estaba preparando un golpe en Harrisburg. Entré en el cuarto de mi hotel y vi... a La Sombra. Me habló. Habló en un susurro. Me hubiera podido matar. Pero él no trabaja así. Me dejó marchar.

»He oído de él desde entonces. Estaba preparado para él en Nueva York, pero me equivoqué de individuo. Puede estar en cualquier parte... puede ser cualquiera...

-¿Qué quieres decir con «cualquiera»? -inquirió Borrango.

-Quiero decir que sabe caracterizarse de forma que se parezca a cualquiera. Cuando estaba yo en Nueva York, La Sombra se había caracterizado para parecerse a un tal Larkin el Rojo. Salimos a cargárnoslo. Pero nos cargamos al verdadero Larkin el Rojo, por equivocación.

»Me largué de Nueva York entonces. Ocurren demasiadas cosas cuando uno intenta luchar contra La Sombra.

-Los liquida, ¿eh? -inquirió Borrango-. Es raro que no te liquidara a ti anoche.

-Nunca mata a nadie -respondió Cronin, lentamente y con temor-. Los individuos que él quiera alcanzarse se mueren... ¡a veces se matan unos a otros! Le preparan trampas a La Sombra y ellos caen en sus propias trampas. ¿Oyeron hablar ustedes alguna vez de Diamond Bert Farrell?

Borrango afirmó con la cabeza.

-Bueno -prosiguió Cronin-, pues fue La Sombra quien acabó con él. Bert se vestía de chino y decía llamarse Wang Fu. La Sombra avisó a la policía y ésta echó el aguante a Diamond Bert.

-¡Ah! Trabaja con la policía, ¿eh?- rió Borrango-. Pues aquí de nada le servirá. En esta ciudad tenemos sobornados a los guardias.

-¿Sí, eh? -interrumpió Nick Savoli-. ¿Está Clarendon de nuestra parte, Mike?

-No -confesó Borrango.

-Piénsate eso bien -comentó Savoli-. Salimos a liquidar a Clarendon. La Sombra nos estropea la combinación. ¿Te parece eso bien?

-Yo me encargo de liquidar a Clarendon -afirmó Steve Cronin-, y no necesito la ayuda de McGinnis. Me acercaré a él y me lo cargaré en cualquier sitio y en cualquier momento. Así es como yo trabajo.

-Pero no es así como trabajamos nosotros -replicó Savoli, con firmeza.

-No, no, Steve -agregó Borrango-. Nosotros damos un golpe una sola vez... una nada más. Clarendon está seguro de ahora en adelante. No le molestes. Ya tuviste oportunidad de hacerlo anoche.

Steve Cronin se encogió de hombros. Era un poco burdo en sus procedimientos, a pesar de su perspicacia. Sin embargo, se daba cuenta de lo prudentes que eran los métodos de Savoli.

El pistolero vulgar mataba abiertamente y corría el riesgo de no poder escapar. Savoli no trabajaba así. Cubría sus huellas; protegía sus pistoleros.

Cronin se dio cuenta de que trabajaba a las órdenes del jefe gordo y que tendría que hacer las cosas tal como se le ordenaran.

-¿Te gusta liquidar a la gente aprisa?-Fue Nick Savoli quien hizo la pregunta. Estaba escudriñando el semblante de Cronin y el gángster de Nueva York se dio cuenta del dejo ominoso del tono del jefe. Sin embargo, la pregunta no admitía más que una respuesta.

-Claro -contestó con osadía-, me gusta ir en busca de mi hombre y encontrarle dondequiera que se halle. Estoy dispuesto a liquidar a cualquiera... en cualquier parte... en cualquier momento.

-Entonces liquida a La Sombra.

Steve Cronin palideció. No había esperado aquella orden. Miró de Savoli a Borrango, y comprendió que se había metido en un atolladero.

-Claro que liquidaré a La Sombra -dijo, débilmente-. Le liquidaré si puedo encontrarle. Pero... ¿dónde he de encontrarle? Quizá... quizá...

-Quizá te encuentre él a ti primero, ¿eh? -murmuró Savoli, burlón.

-Quizá sí -confesó Cronin, con voz desfallecida.

Los dos italianos miraron al pistolero con desprecio. Luego Nick Savoli empleó, de pronto, un tono confidencial. Sus palabras tenían por objeto inspirar nuevo valor al decaído espíritu de Steve Cronin.

-Puedes liquidarle, Steve -le dijo-. Nosotros arreglaremos las cosas para ayudarte. Marmosa necesitaba un hombre nuevo, ¿no, Mike?

Borrango movió, afirmativamente, la cabeza. Dijo unas cuantas palabras rápidas en italiano y recibió respuesta de Savoli. Significaba que Borrango había comprendido perfectamente y que él explicaría el resto del plan.

-Ve a vera Marmosa -dijo Borrango, con voz suave-. Yo le llamaré por teléfono antes de que tú llegues. Ocuparás el puesto que ha dejado vacante Eddy Heeny. Marmosa tiene ya un pistolero que le mandó Joe Le Blanc; pero no sirve.

»Tú trabaja allí y no dejes de buscar a La Sombra en todo el tiempo que tengas libre. Cuando le encuentres, liquídale.

Steve Cronin movió afirmativamente la cabeza.

El arreglo era mucho mejor de lo que él se había figurado. Había esperado que Nick Savoli le despidiera por completo. El ser despedido por Nick Savoli hubiera puesto fin a su carrera de pistolero en Chicago. Porque aquellos que el jefe supremo despedía, no podían unir su fuerza con ninguna otra cuadrilla.

Eran hombres que sabían demasiado y su asociación con una banda menor, significaba, invariablemente, la muerte a manos de los pistoleros de Savoli.

A Cronin se le había degradado. Eso era seguro. Pero le habían imbuido de nuevo valor. Como vigilante exterior en casa de Marmosa, estaría seguro y tendría una ocasión de volverse a elevar.

Sin embargo, la tarea de liquidar a La Sombra le traía preocupado. Hizo un débil esfuerzo para volver a gozar del favor de sus jefes. -Trabajaré en casa de Marmosa -dijo-; pero pudiera necesitarme aquí, Nick. Dijo usted ayer que estaba trabajando muy bien. He sido un buen pistolero, ¿no? Reconozco que fracasé anoche; pero eso...

-Necesitamos trabajo perfecto, Steve -interrumpió Mike Borrango-. Un fracaso es inadmisible. Si se tratase de cualquiera otra persona que tú...

Hizo un gesto con los brazos, para dar a entender que la despedida hubiera sido inmediata.

-Tú cárgate a La Sombra -interrumpió Savoli-, y olvidaremos entonces lo sucedido anoche.

Steve Cronin se puso en pie.

-Bueno -dijo, con amargura-, ustedes mandan. Pero no sé de dónde van a sacar ustedes un individuo que ocupe el puesto de Steve Cronin. Tal vez...

Se mordió la lengua. AL volver la espalda, para marcharse, no vio la expresión que apareció en el rostro de los dos hombres.

-Hasta la vista, Mike. Hasta la vista, Nick -dijo Cronin, despidiéndose apresuradamente-. Estaré en el establecimiento de Marmosa esta noche.

Salió del piso. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Mike Borrango se echó a reír y Nick Savoli sonrió.

-¿Sabes lo que estaba pensando Steve, Mike? -inquirió el jefe supremo, en italiano.

-Claro que sí -respondió el interpelado-. Ya sabe él quién va a ocupar su lugar... Monk Thurman.

-¿Ha encontrado Al Vacchi a Thurman ya?

-Creo que a estas horas ya debe haber dado con él. Ha estado averiguando todo lo que hizo Eddy Heeny el día antes al de su muerte. Creo que ha dado con el hombre que le presentó a Monk Thurman.

Ambos hombres guardaron silencio unos instantes. Savoli siguió mordiendo el puro. Borrango aún estaba apoyado contra la estantería.

-La Sombra -murmuró Borrango, suavemente-. ¿Qué opinas de lo que ha contado Cronin?

-Es la pura verdad --contestó Savoli-. Cronin tiene valor, aun cuando sea algo jactancioso.

-Tienes razón y, sin embargo, desfalleció al hablar de La Sombra. ¿Por qué crees tú que había venido aquí La Sombra?

-No lo sé. Hemos de averiguar algo más acerca de ese personaje. Hemos de prepararnos para hacerle frente. Hemos manejado a la policía. Sabemos manejar a las cuadrillas. Pero esta Sombra... ¿qué es?

Sonó el timbre del teléfono en un rincón. Mike Borrango contestó y un leve interés se reflejó en su semblante. Empezó a hablar en italiano y Nick Savoli escuchó, atentamente, las palabras de su lugarteniente.

-¿Eres tú, Vacchi? -inquirió Borrango-. ¡Cómo! ¿Ahora? ¡Magnífico! Inmediatamente. Estamos esperando. Mándale aquí inmediatamente.

Colgó el auricular.

-AL Vacchi ha dado con Monk Thurman -dijo-. Le manda aquí ahora mismo. Quizá...

Se quedó bruscamente pensativo.

-¿Quizá qué? -interrogó Savoli.

-Quizá Thurman pueda decirnos algo de La Sombra. Viene de Nueva York. Le interrogaremos.

-De acuerdo. Pero tenemos otro trabajo que encomendarle antes de eso. Hemos de ponerle a prueba.

Borrango movió afirmativamente la cabeza. Savoli se levantó de su asiento y los dos hombres salieron de la biblioteca.

-Quizá pueda decírnoslo Monk Thurman -murmuró Borrango, al salir-. Tal vez sepa él quién es La Sombra. Quizá -sonrió, como si tal pensamiento le causara viva satisfacción-, quizá Monk Thurman sea la persona que pueda dar el paseo a La Sombra.

CAPÍTULO X
SAVOLI TIENE VISITAS

Media hora después de la partida de Steve Cronin, un hombre alto entró en el Escadrille. Se dirigió, al ascensor y entró.

El empleado le miró con curiosidad. El hombre le era desconocido y en el largo tiempo que llevaba de contacto con los gángsters de todas clases, el encargado del ascensor nunca había visto a un hombre como aquél.

Contempló el rostro inescrutable del otro y sus ojos acerados, y se preguntó quién podría ser aquella visita.

-Al cuarto piso -anunció el hombre.

El empleado vaciló. Se le había avisado que llegaría una visita y que debía de subirla, inmediatamente, al piso de Savoli. Pero el aspecto de aquel hombre extraño tenía algo que dejaba perplejo.

-He dicho que al cuarto piso.

La voz era áspera y dura. Era una orden. EL empleado cerró la puerta y el ascensor empezó a subir.

Ante la verja de hierro, el recién llegado aguardó. No tocó el timbre inmediatamente. En lugar de eso, estudió la pesada barrera, desde su parte superior erizada de pinchos hasta su parte inferior, reforzada, y sus ojos contemplaron la fuerte cerradura que cerraba la verja.

Transcurrió un minuto completo antes de que el hombre llamara el timbre.

El portero apareció al otro lado.

-Monk Thurman -dijo el desconocido.

El italiano abrió la verja para dar paso al pistolero neoyorquino. Condujo a Thurman a la biblioteca. El hombre alto se dejó caer en el mismo asiento que ocupara Steve Cronin.

Miró, lenta y deliberadamente, en torno suyo. Sus ojos observaron los estantes cargados de libros que no habían sido tocados nunca. Luego su mirada se volvió hacia la ventana y miró hacia el Lazo con ojos que no parecían ver.

La puerta del otro extremo de la biblioteca se abrió, y entró Savoli con Borrango. El hombre no volvió la mirada hacia ellos, sin embargo.

Se acercaron y ocuparon sus sitios de costumbre: Savoli, la butaca grande; Borrango se apoyó en la estantería. Cambiaron una mirada después de examinar a Monk Thurman. Por fin, el hombre de rostro que se asemejaba a una máscara, pareció darse cuenta de su presencia. Miró de uno a otro.

-¿Es usted Monk Thurman? -inquirió Borrango, al clavarse en él la mirada del otro.

-Sí -respondió la voz fría y raspante.

-Yo soy Mike Borrango. Este es Nick Savoli.

Monk Thurman volvió lentamente la cabeza y miró fijamente al rey de todo Chicago. Nick Savoli sostuvo la mirada y ambos hombres se miraron con fijeza.

El rostro de ambos carecía de expresión; pero la endurecida mirada de Savoli halló su igual en la de Monk Thurman.

No se hizo más amplia la presentación. Evidentemente, Monk aguardaba a que los otros le dieran una explicación. Este detalle causó profunda impresión en Savoli y en Borrango.

La mayoría de los gángsters se mostraban cohibidos o entusiastas cuando comparecían, por primera vez, ante el jefe supremo. O manifestaban deseos de estrecharle la mano a Savoli o aguardaban algún saludo de él.

Pero Monk Thurman no hizo ninguna de las dos cosas. Ni siquiera hizo pregunta alguna. Parecía dar por sentado que Savoli tenía algo que decirle; de lo contrario no hubiese ido a aquel lugar.

No era costumbre de Savoli ser el primero en hablar. Conque Borrango se encargó de romper el hielo con su voz clara.

Lo raro era que Monk Thurman no se molestó en mirar al que le hablaba.

Seguía con la vista fija en Nick Savoli, como si comprendiera que Borrango no hacía más que hablar en nombre del otro.

-Hemos sabido que hizo usted un trabajo bueno en el establecimiento de Marmosa -dijo Borrango-. Supuse que le gustaría a usted conocer a Nick Savoli.

Monk Thurman dirigió la mirada hacia el lugarteniente del jefe supremo, como si no comprendiera sus palabras.

-En el establecimiento de Marmosa -repitió Mike-, en la sala de juego... hace dos noches.

El neoyorquino movió afirmativamente la cabeza, como si acabara de comprender.

-Ahora lo recuerdo –dijo-, tuvieron un poco de jaleo estando yo presente.

-Marmosa es amigo nuestro -dijo, nuevamente Borrango-. Insinuó que pudiera a usted interesarle trabajar aquí, en Chicago. No dijo qué había venido usted a hacer aquí.

Hizo una pausa, para darle a Monk ocasión de que dijera qué era lo que le traía por allí. El pistolero neoyorquino miró fijamente a Borrango y luego condescendió hasta el punto de dar una explicación.

-Estoy de vacaciones -dijo-. Nada más que de vacaciones.

-No es éste un sitio muy saludable para pasar las vacaciones -observó Nick Savoli.

-¿No? -inquirió Monk Thurman, frunciendo las cejas-. Yo lo he encontrado muy saludable.

Savoli se encogió de hombros. Borrango estaba a punto de hablar, pero su jefe le impuso silencio con un gesto y una palabra dicha en italiano.

-Escuche, Monk -le habló, directamente, Savoli-. Nos puede ser útil aquí un hombre bueno. Sabemos bastante de usted. Hizo un trabajo muy bonito hace dos noches. Podemos proporcionarle trabajo mejor, pero, dígame una cosa: ¿por qué les dejó salir tan bien librados a esos dos tipos?

-Quiere usted decir que por qué no los maté, ¿no es eso?

-Sí.

-El matar es trabajo para mí. La otra noche no salí a trabajar.

Savoli miró a Borrango. Este se acarició la barbilla. Aquello era señal de que debía él volver a hacerse cargo de la conversación.

-Tenemos trabajo para usted -dijo-. Luego vendrá más. ¿Qué le parece?

Monk Thurman miró a Nick Savoli, haciendo caso omiso, por completo, de Mike Borrango.

-Mil dólares a la semana -insinuó Savoli.

EL neoyorquino conservó su inescrutable serenidad. Savoli había esperado que su oferta fuese aceptada inmediatamente; pero en eso se equivocó.

Thurman apenas parecía estarla considerando siquiera.

-Eso sin condiciones de ninguna clase -interpuso Borrango-. Haga usted las cosas a su manera, mientras nos avise para que podamos arreglarle la cuestión de las coartadas.

-¿Acepta? -inquirió Savoli.

-Sí -respondió Thurman, tras una pausa.

-Bien. Dile lo primero que ha de hacer, Mike. Se alegrará de oírlo.

-Trabajamos con usted -dijo el lugarteniente-. Tenemos un buen trabajo para usted, para empezar. Queremos que dé usted el paseo a esos dos enredadores... a Schultz y a Spirak. Son los dos mismos de quienes se deshizo usted en el establecimiento de Marmosa.

Monk Thurman no estaba mirando a Borrango, y éste se molestó. Adelantó unos pasos para llamar la atención de Monk, para hacer que apartara la mirada del rostro de Nick Savoli.

Thurman volvió la cabeza y miró detrás de Borrango, hacia el mismo punto en que había estado el lugarteniente de Savoli antes de adelantarse. Borrango se apresuró a retroceder y a apoyarse, de nuevo, contra la estantería.

Dio muestras de nerviosidad y Nick le dirigió una mirada de desaprobación.

Habiendo logrado atraer la atención de Thurman, Borrango logró recobrar parte de su aplomo.

-Permítame que le explique un poco las cosas, Monk -dijo-. Queremos que haya paz aquí en Chicago. Queremos que haya paz aun cuando tengamos que matar para conseguirlo.

»Hay un tal Larrigan que se cree un jefazo. No es mala persona en sí; pero tiene muy mala gente a sus órdenes. Hymie Schultz y Spirak "Cuatro Pistolas" están dispuestos a todo con tal de armar jaleo. Una vez quitados estos dos del paso, Larrigan pasará por el tubo.

»Nos ayudó usted la otra noche. Tenemos que proteger a los hombres como Marmosa. Ahora tenemos excusa para darle el paseo a Schultz y a Spirak. Usted es el hombre capaz de hacerlo. Esos dos muchachos están resentidos contra usted. Tienen la intención de liquidarle.

-Así es -interpuso Savoli.

-Conque le proponemos una cosa: que los liquide a ellos antes de que ellos lo liquiden a usted. Nosotros le arreglaremos las cosas y le pagaremos un billete grande a la semana, mientras trabaja usted en el asunto.

-¿Dónde podré encontrar a Schultz y a Spirak? -inquirió tranquilamente Thurman.

-Frecuentan el distrito Sur -se apresuró a contestar Borrango-. Larrigan tiene un establecimiento allá, y los dos se pasan el día entrando y saliendo. Pero ése es un mal sitio para pillarles. Quizá fuera mejor que los sorprendiera usted uno a uno...

-Deja eso de cuenta de Monk -dijo Savoli.

EL gángster neoyorquino se puso en pie.

-Ya me cuidaré yo de ellos -aseguró.

Mike Borrango sacó un fajo de billetes del bolsillo. Apartó de él diez billetes de cien dólares y luego se adelantó hacia Monk Thurman. El pistolero tomó el dinero despreocupadamente y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Luego, como si se le ocurriera algo, volvió a sacarlo y lo conservó en la mano izquierda mientras se llevaba la derecha al bolsillo de la chaqueta, Sacó un enorme fajo de billetes, dos veces más grande que el que llevaba Borrango.

Abrió el fajo y exhibió un puñado de billetes de a mil dólares. Metió los diez billetes de cien en el centro del fajo y volvió a guardárselo.

-Ya me pondré en contacto con AL Vacchi si necesito alguna cosa más -le dijo a Nick Savoli.

Ni siquiera saludó con la cabeza a Mike Borrango. Giró sobre sus talones y salió del cuarto, dejando tras sí a dos hombres asombrados.

El semblante de Borrango delataba su asombro; pero el de Savoli conservaba su aspecto de calma.

-Le dimos un billete grande -dijo Savoli, con una breve risa-, y llevaba más de cien billetes grandes en el bolsillo.

-Ése es el hombre que necesitamos -observó el lugarteniente.

-¿Sí? -la voz del jefe supremo tenía un dejo sarcástico-. ¿Lo crees tú así? ¡Ése es el hombre que necesitamos... vigilar! Eso es lo que yo creo.

-¿Por qué?

-Porque se cree demasiado grande. Los hombres que se jactan y hablan mucho, como Steve Cronin, son útiles, porque son fáciles de dominar. Pero él...

Nick Savoli movió, negativamente, la cabeza. Luego sonrió levemente.

Estaba reflexionando, haciendo planes con la astucia que le había permitido alcanzar el puesto más alto del reino de los gángsters. Se le había ocurrido un plan; pero no hizo más que darle una leve idea de él a Mike Borrango.

-Nos será muy útil, Mike -dijo-. Muy útil mientras le necesitemos. Luego...

El jefe supremo alzó el dedo índice y se lo clavó a Borrango en el costado, como si se tratase de una pistola.

La puerta de la escalera de urgencia para casos de incendio se hallaba al extremo del descansillo en que se encontraba el ascensor. Era una puerta grande de plancha de acero. La puerta empezó a moverse ligeramente como si alguien estuviese trabajando en ella. Luego se abrió hacia fuera y salió una figura alta, esbelta, vestida de negro. Con paso largo y silencioso, el inesperado visitante se acercó a la verja de hierro.

El desconocido resultaba invisible en el descansillo débilmente alumbrado.

Oculto bajo su capa negra, escondido el semblante por el ala de un sombrero de fieltro negro, parecía un enorme murciélago.

Sólo se le veían los dedos; dedos largos y delgados que sostenían un instrumento de punta aguda. La formidable cerradura dio un chasquido bajo sus manos. Abrió la verja de hierro y entró en la antecámara, cerrando, nuevamente, tras sí.

La puerta de la biblioteca no tenía echada la llave. El hombre de negro penetró en el cuarto. Pisó, silenciosamente, la gruesa alfombra y se dejó caer en un sillón.

Era la tercera persona en ocupar aquel asiento. Primero lo había ocupado Steve Cronin; luego el famoso Monk Thurman.

Aquel tercer hombre tenía el aspecto más siniestro que ninguno de los otros dos. Pareció quedarse exánime allí, como si esperara la entrada de Nick Savoli y de Mike Borrango.

Pero ninguno de los dos se presentó. En aquel preciso momento se hallaban en el despacho de Savoli, discutiendo a un hombre al que no habían visto nunca: a La Sombra.

Aún no le habían preguntado a Thurman qué sabía de La Sombra. Es más, se estaban preguntando dónde podría estar dicho personaje. Y el último sitio del mundo donde hubiera podido ocurrírseles que se hallaba, era la propia biblioteca de Savoli.

El hombre de negro no parecía tener prisa en abandonar su asiento. Miró a su alrededor y su mirada cayó sobre el lugar tan a menudo escogido por Mike Borrango como sitio favorito en que apoyarse.

Poniéndose en pie, el hombre se dirigió a la estantería y pasó una mano por la hilera inferior de libros.

Observó que uno de los volúmenes sobresalía una fracción de pulgada más que los otros. Sacó el tomo y metió la mano en el hueco.

Un momento después se oyó un leve chasquido. La estantería giró hacia el interior del cuarto, descubriendo una habitación pequeña, de cuyo extremo partía un pasillo.

El hombre de negro volvió a colocar el volumen en su sitio, entró en la habitación y entornó la estantería tras sí.

El pasillo conducía a una escalera de caracol. El hombre bajó por ella y llegó a una pared que había en el fondo. Sus dedos alargados se destacaron, blancos, en la penumbra, cuando buscaba el resorte secreto. Por fin se abrió la pared y se encontró en un departamento pequeño del tercer piso.

El piso estaba amueblado, pero no tenía señales de estar ocupado. La puerta de la escalera tenía dos cerraduras de muelle.

El hombre misterioso examinó la cerradura y no tardó en convencerse de que eran vulnerables. Es más, abrió la puerta del piso e hizo varios experimentos con llaves maestras que se sacó de un bolsillo de la capa.

Acabado este proceder, cerró nuevamente la puerta y estudió la pared movible del piso. Después de hallar el resorte secreto que abría la pared por el lado del piso, el hombre ascendió la escalera de caracol y, unos segundos después, se hallaba de nuevo en la biblioteca de Savoli, con la estantería abierta tras él.

De todos los gángsters que hacían frecuentes visitas a la guarida de Nick Savoli, ni uno había sospechado jamás la existencia de aquel pasadizo secreto. Ninguno se había dado cuenta de que Mike Borrango se colocaba instintivamente delante de la salida oculta.

Sin embargo, el hombre que ocultaba su identidad bajo la capa y el sombrero, había descubierto el secreto como por telepatía.

Se hallaba de pie en el centro de la biblioteca del rey de los gángsters y, por primera vez desde su llegada, un sonido escapó de entre sus labios. Rió suavemente. Pero aún aquel tono tan bajo resultaba siniestramente burlón.

Era la misma risa que Steve Cronin había oído la noche anterior, ¡la risa de La Sombra!

La figura inmóvil se tornó, bruscamente activa, como si sus agudos oídos hubieran percibido el rumor de pasos que se aproximaban.

En una fracción de segundo, el hombre enfundado en negro se metió por la estantería y la cerró tras sí. Mike Borrango entró en la biblioteca demasiado tarde para darse cuenta de lo ocurrido.

CAPÍTULO XI
MONK BUSCA JALEO

El establecimiento de Mike Larrigan, situado en el distrito Sur, no era un sitio muy bueno para los espectadores inocentes. Era una de las tabernas más notorias de Chicago, que desafiaba abiertamente ala ley.

Mike Larrigan no entendía de sutilezas. Era un bandido de la antigua escuela, un cabecilla que opinaba que era más barato y mejor matar a los guardias que sobornarlos.

Al mismo tiempo, Larrigan, en su hostilidad contra Nick Savoli, había imitado algunos de los métodos sutiles del jefe supremo. Confiaba en la influencia política como protección del establecimiento que era su cuartel general, y se presentaba en él con frecuencia, sin temor a que la ley le molestara.

Los gángsters entraban y salían es decir, los gángsters que se llevaban bien con Mike Larrigan. Los demás no se acercaban.

La flor de los secuaces de Larrigan tenía el privilegio de reunirse en las habitaciones superiores. Los demás habitaban la taberna, abajo, buscando oportunidades para ser llamados a presencia de Mike Larrigan.

El irlandés aquél era especialista en el contrabando de cerveza. Era proveedor de muchas de las tabernas del distrito Sur y estaba en contacto directo con varias fábricas de bebidas alcohólicas.

Sus secuaces asaltaban con frecuencia los camiones de bebidas que transportaban los productos de Nick Savoli; pero nunca había podido demostrarse que ninguna de aquellas proezas partiese de Larrigan.

Por consiguiente, aun cuando no existía amistad alguna entre Larrigan y Savoli, no se había declarado una enemistad abierta.

Savoli estaba metido en el negocio para ganar dinero más bien que hacer la guerra. Su organización era compacta y firme, regida por lugartenientes suyos y otros jefecillos de menor monta.

Larrigan, por el contrario, era mal organizador. Los que estaban más cerca de él obedecían sus órdenes; los demás estaban casi fuera de su alcance.

Himie Schultz y Spirak Cuatro Pistolas, como miembros de la tribu de Larrigan, nunca se dedicaban al asalto de camiones ajenos. Pero no tenían el menor escrúpulo cuando se trataba de atracar establecimientos que pagaran tributos a Nick Savoli.

Habían llevado a cabo el intento de atraco contra la casa de Marmosa con serenidad.

Schultz y Spirak habían empezado gradualmente a permitirse mayores privilegios y cada día se exponían más.

Es más, se habían preparado ya demasiado. El jefe supremo hacía el primer esfuerzo por eliminar a los dos hombres al contratar a Monk Thurman para que los liquidara.

Savoli trabajaba con sutileza. Thurman era precisamente el hombre que él necesitaba para aquel trabajo. Sólo Savoli y Borrango sabían que el pistolero neoyorquino estaba a sueldo del jefe supremo.

Savoli quería hacer uso de Thurman para otros trabajos; pero si el pistolero fracasaba en su primer encargo, Savoli no habría perdido nada. Por el contrario, Si Monk tuviera éxito, sería fácil explicarle a Larrigan la muerte de Schultz y de Spirak.

El jefe supremo aguardaba el resultado con interés. Se preguntaba si Monk se pondría a trabajar en el asunto aquella misma noche. Dudaba que el pistolero neoyorquino fuese lo bastante imprudente para llegar a meterse en el territorio de Larrigan. En realidad le habían hablado del establecimiento de éste, más que nada para que no se acercara a él.

Ello no obstante, el establecimiento de Larrigan era la meta que Monk Thurman se había asignado a sí mismo aquella noche.

Mientras Savoli y Borrango se hallaban en el lujoso piso del jefe supremo bebiendo vino del Canadá, Monk Thurman se hallaba camino del establecimiento del irlandés.

Eran las nueve aproximadamente, cuando el temible neoyorquino entró en la taberna en que se hallaban congregados los secuaces de Larrigan.

Allí era un extraño y a la muchedumbre apiñada al mostrador le inspiró una viva curiosidad aquel hombre alto, de rostro severo, al que veían por primera vez. Monk pidió un vaso de cerveza, la olió y derramó el líquido en la escupidera.

-¿Es esto lo mejor que hay en el establecimiento? -preguntó.

El dependiente, bandido con más conchas que un galápago, dirigió una mirada de ira al forastero.

-Conque no es lo bastante buena para usted, ¿eh? -inquirió-. ¿Quién diablos es usted, después de todo, y a qué ha venido aquí? ¿Pretende acaso enseñarnos cómo he de llevar el negocio?

Varios de los secuaces de Mike Larrigan se apresuraron para escuchar la discusión.

Monk Thurman se hallaba a un extremo del mostrador, con la espalda contra el rincón próximo a la puerta. Hizo caso omiso de las miradas amenazadoras que le dirigían los que había a su alrededor.

-Tal vez pudiera enseñarle algunas cosas -le respondió al tabernero-; pero es inútil hablar con persona alguna aquí en Chicago.

-¿De dónde es usted, amigo?

-De Nueva York -contestó Monk, con orgullo.

El tabernero apoyó el codo en el mostrador y escudriñó al desconocido, con sarcástica expresión en el semblante.

-Vienen la mar de tipos raros de Nueva York -observó-. Tipos que se creen que pintan algo. No les resulta muy saludable el ambiente de Chicago.

-Eso no me preocupa -contestó Thurman-. Yo ya estoy vacunado.

-Un pistolero neoyorquino se las quiso dar de listo hace unas noches -continuó el tabernero-. Los muchachos andan buscándole ahora. A lo mejor ya le han encontrado. ¿Le ha oído usted nombrar alguna vez? Se llama Monk Thurman.

-Yo soy Monk Thurman -dijo el hombre, alto, serenamente. Se hizo bruscamente el silencio. Los gángsters estaban demasiado asombrados para expresar su ira. El tabernero se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando al neoyorquino.

-Yo soy Monk Thurman -repitió el hombre de la cara que parecía una máscara-, y la cerveza que usted expende me parece una porquería. Pero resulta demasiado buena para este hatajo de aprendices de pistoleros.

Los dos hombres más próximos a Monk se adelantaron de un salto. Luego se pararon en seco, con las manos levantadas, con la mirada fija en la boca del cañón de dos pistolas. EL neoyorquino las había sacado con un movimiento imperceptible.

-¡Atrás todos! -ordenó-. ¡Manos arriba todos!

Todos los gángsters que había en el local se retiraron contra la pared. Todos alzaron los brazos y escucharon hoscamente las palabras del desconocido.

-Conque los muchachos andan buscándome, ¿eh? -inquirió Thurman con voz sarcástica-. ¿Qué muchachos queréis decir? ¿Esos dos inválidos que intentaron atracar la sala de juego de Marmosa? Aún no me han encontrado, conque les ayudaré yo a hacerlo.

Se guardó una de las pistolas y sacó una tarjeta. Le echó la cartulina al tabernero.

-Tengo un pisito -dijo-, y ahí tiene usted las señas. Mándemelos cuando quieran verme. Acostumbro a volver a casa a las tres de la mañana. De esa hora en adelante siempre podrán encontrarme.

De pronto oprimió el gatillo de la pistola. Uno de los gángsters había intentado sacar un arma. La bala de la pistola de Thurman le rozó los nudillos.

Luego el neoyorquino sacó tranquilamente la otra pistola y retrocedió hacia la puerta. La abrió de un empujón y salió.

-¡No le dejéis escapar! -gritó el tabernero.

Tres hombres corrieron hacia la puerta, sacando al mismo tiempo las pistolas. Estaban seguros de que Monk Thurman estaría huyendo calle abajo, ardían en deseos de emprender la persecución.

Pero, al cruzar el primer hombre el umbral, se oyó un chispazo fuera. El gángster cayó con un balazo en el hombro y los dos que le seguían se pararon en seco.

-¡Andad y cogedle! -gritó el tabernero.

-No hay de qué -gruñó uno de los bandidos-. Deja que se encarguen de él Schultz y Spirak. Le seguirán hasta liquidarle.

Un guardia asomó la cabeza a la taberna. Miró cautelosamente alrededor.

Era su deber dar cuenta de cualquier jaleo que hubiera en el establecimiento de Larrigan; pero la experiencia le había enseñado que la prudencia era preferida al valor.

-¿Pasa algo, muchachos? -preguntó agradablemente.

-No -replicó el tabernero-; un pistolero que se las daba de listo ha hecho un par de disparos y se ha largado. No sé dónde estará ahora. Seguramente estará a un millar de leguas de distancia a estas horas.

El cálculo que había hecho el tabernero de la distancia era un poco exagerado. En aquel preciso instante Thurman bajaba tranquilamente la calle, una manzana más allá. Paró un taxi y ordenó al conductor que le llevara a un hotel grande situado en el Lazo.

Varias horas más tarde, el pistolero neoyorquino volvió a aparecer en el reino de los gángsters. Era más de medianoche cuando entró en el café de Marmosa y subió la escalera en dirección a la sala de juego.

Un hombre se levantó de la mesa que ocupaba en el balconcillo. Era Steve Cronin, que se había hecho cargo de su nuevo empleo.

-¿Dónde va usted? -preguntó.

-A la sala de juego -respondió Monk.

-¿No es usted Monk Thurman? -inquirió.

-Así me llamo.

-Yo soy Steve Cronin. Quizás haya oído hablar de mí en Nueva York.

-La verdad es que no. ¿Qué le trajo a usted aquí?

-La policía me andaba buscando.

-¡Ah! -murmuró Monk, con desdén-. La policía nunca anda buscando a los hombres con quienes no me trato. Somos nosotros los que andamos buscando a la policía. No es usted de mi categoría, amigo.

Giró sobre los talones y se dirigió a la entrada de la sala de juego. Steve Cronin se metió la mano en el bolsillo y asió la culata de su pistola. Luego lo pensó mejor y se contuvo.

Monk Thurman entró en la sala de juego sin que nadie le molestara. Vio a Joe Le Blanc y a Harry Vincent en un rincón y les saludó con un movimiento de cabeza. Luego vio a los gemelos homicidas y se acercó a ellos.

-Conque vosotros sois los que os largasteis la otra noche, ¿eh?-dijo-. Tuvisteis suerte de que anduviera yo por aquí. Cuando volváis a encontraros en apuros, avisadme. Me encontraréis aquí.

Le entregó una tarjeta a Anelmo. El siciliano la miró con gesto torvo.

-¿Quién es ese matón que tenéis ahí fuera? -inquirió Monk-. ¿Cronin? ¿Se llama así? Iba a sacar la pistola para emplearla contra mí.

»Con él son tres los que quieren liquidarme. He oído decir que Schultz y Spirak andan siguiéndome los pasos. Quizá tenga que avisaros a vosotros para que me ayudéis... por la otra punta.

Se alejó sin preocuparse, al parecer, de la ira que reflejaban los semblantes de los sicilianos. Luego vio a Frank Marmosa y le estrechó la mano.

-Se las da de listo, ¿eh? -murmuró Genara, con voz sibilante, dirigiéndose a Anelmo.

El otro le respondió en italiano. Ambos hablaron un rato en voz baja.

-¿Recuerdas lo que te dije anoche? -inquirió Anelmo.

-Sí, pero te dije que aguardaras.

-Ya hemos aguardado bastante.

Las palabras de Monk Thurman habían surtido efecto. Genara y Anelmo eran hombres que no podían soportar el ridículo. El hecho de que Monk Thurman hubiera declarado abiertamente que otros andaban buscándole, era lo único que necesitaban saber.

Sabían que la posición de Thurman en relación con Marmosa le hacía invulnerable mientras se hallara en la sala de juego. Comprendían que Nick Savoli andaba buscando ya al neoyorquino para ofrecerle trabajo a sus órdenes.

-Mañana podría ser demasiado tarde ya -observó Anelmo, mirando a Monk.

-De acuerdo -contestó Genara.

A las dos, AL Vacchi llegó al establecimiento de Marmosa, preparado para recoger la parte de la recaudación que le correspondía al jefe supremo.

Vacchi era un italiano bajo y calvo, que saludaba a todo el mundo con una sonrisa expansiva. Los gemelos homicidas le miraron hoscamente, mientras él estrechaba la mano de Monk Thurman.

-No hay razón para estarse más tiempo aquí -susurró Anelmo.

-Vamos -replicó Genara.

Los sicilianos salieron de la sala de juego, que ya estaba protegida por AL Vecchi y su escolta.

Steve Cronin no se hallaba ya en el balconcillo. Se había marchado, evidentemente, a la llegada de Vacchi.

-¿Recuerdas los tiempos en que éramos bandidos? -inquirió Anelmo.

Genara asintió, con un movimiento de cabeza. Él y su compañero habían sido los bandidos más famosos de Italia, antes de ser importados a Chicago.

Muchas veces habían estado juntos, tendiendo una emboscada, aguardando el paso de viajeros adinerados.

-Esta noche -dijo Anelmo- prepararemos otra emboscada.

CAPÍTULO XII
MONK ASUME LA RESPONSABILIDAD

Poco después de las dos de la madrugada, dos hombres se apearon de un taxi a cierta distancia del Lazo.

Se pararon, juntos, cerca de la pared de un edificio y uno de ellos indicó una casa de cuatro pisos un poco más abajo de la calle.

-Supongo que ya habrás calculado cuál es, Hymie -replicó, hoscamente, su compañero-. Sólo me preocupa una cosa. A lo mejor ese tipo nos está esperando.

-¿Ese? ¡Quiá! Además, somos dos contra uno.

-A lo mejor tiene algún compañero.

-No tiene amigos aquí, en Chicago.

-Tira con mucha rapidez, Hyme. Podemos salir mal parados.

-No puede disparar en dos direcciones al mismo tiempo. Oye, Spirak; le cogeremos de la siguiente manera. Conozco bien ese edificio. Puedo abrir la cerradura de la puerta principal en unos segundos. La puerta de atrás es fácil también. Si no puedes entrar por la puerta, sin embargo, es fácil romper la ventana de la cocina.

-Yo entraré por delante y tú puedes entrar por atrás. Tú entra y, si le ves, agujeréale el pellejo. Yo iré despacio, si topo con él, disparo. Entra corriendo si oyes disparos. Pudiera ser él.

Spirak movió afirmativamente la cabeza.

-Está bien si tú lo dices -afirmó-; pero preferiría esperar para darle el paseo. Iríamos sobre seguro más tarde.

-Tal vez; pero bien pudiera ser que no. Yo lo calculo de la siguiente manera. Spirak: cuanto más aprisa le liquidemos, mejor. No hay guardias por aquí a pesar de que antes vivían pistoleros en esa casa; podemos acabar con ese tipo y luego largarnos.

Se separaron al llegar a la casa. Pero, antes de separarse, Schultz le hizo la última advertencia a su compañero.

-Si no está en casa, le aguardaremos.

-De acuerdo, Hymie. Entonces sí que nos resultará un trabajo fácil.

Spirak Cuatro Pistolas subió cautelosamente la escalera que conducía a la puerta posterior del segundo piso. Sacó una ganzúa del bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Se detuvo a escuchar. Había hecho más ruido de la cuenta. Sin embargo, no tardó en tranquilizarse. No se oía nada dentro del piso. Si Thurman estaba en casa, seguramente no se había dado cuenta de la proximidad de Spirak.

De pronto recordó que había de entrar él primero, antes de que llegara Hymie Schultz por la puerta principal.

Abrió la puerta y entró sigilosamente, con la pistola preparada. La abertura de la puerta le permitió ver una figura encogida, en la cocina, una figura que parecía la de un hombre. Sin esperar a cerrar la puerta, Spirak alzó la pistola; pero llegó un segundo demasiado tarde. Una llamarada partió del rincón opuesto.

Spirak Cuatro Pistolas rodó por el suelo con tres balazos en el cuerpo.

Hymie Schultz oyó los disparos desde la parte delantera del piso en el preciso momento en que abría la puerta principal. Irrumpió en el piso y tropezó con otro hombre que se levantó al salirle al encuentro.

Hymie oprimió el gatillo de su pistola en el preciso momento en que su antagonista le asió de la muñeca y desvió los proyectiles. Los dos rodaron por el suelo hechos un ovillo.

Forcejearon en la oscuridad. Schultz logró darle un golpe a su contrincante detrás de la oreja. A Schultz se le había caído la pistola al suelo y, cuando se inclinaba para recogerla, se le echó encima otro hombre.

Retrocedió, pistola en mano, y disparó a tontas y a locas, mascullando una maldición. Esto firmó su sentencia de muerte. Su contrincante no había estado seguro de sí se trataba de amigo o enemigo.

El sonido de su voz le delató. El cañón de una pistola le apuntó y vomitó fuego. Schultz se desplomó.

El hombre que había matado a Hymie Schultz se levantó y encendió tranquilamente la luz del piso. La iluminación reveló la figura siniestra de John Genara.

Tony Anelmo era el que había luchado con Hymie Schultz y recibió el golpe detrás de la oreja; pero se había repuesto ya.

Genara exhaló una exclamación de asombro.

-¡Mira! -dijo-. ¡Hymie Schultz!

Abandonando a su aturdido compañero, corrió a la cocina y encendió la luz, para ver al otro muerto. Reconoció a Spirak.

Volvió, apresuradamente, a la parte delantera del piso y le asió a Anelmo del brazo.

-¡Vámonos! -dijo-. ¡Hemos matado a Schultz y a Spirak!

-¿Dónde está Monk Thurman?

-No lo sé. Tenemos que salir de aquí.

Los hermanos gemelos salieron, apresuradamente, a la calle. Sólo habían transcurrido unos minutos desde los disparos. Nadie se había presentado aún en escena. Genara metió a Anelmo por una callejuela y se alejaron silenciosa pero rápidamente.

-Nadie debe saber una palabra de esto -insistió Ganara-. Es decir, nadie debe saber que hemos tenido nada que ver con el asunto.

-Se lo debíamos -replicó Anelmo.

-Estoy conforme; pero estamos a mal con el jefe ahora, debido a lo que ocurrió en la sala de juego de Marmosa.

-Quizá se alegre al saber esto.

-¡Cómo! ¿Después de que ha estado él intentando arreglar las cosas con Larrigan? Nos encontraremos en una situación difícil si se llega a averiguar que hemos hecho esto nosotros. Que crean que lo hizo Thurman. Eso a lo mejor nos proporciona una excusa para poder liquidarlo después, cuando Larrigan vaya a quejarse a Savoli.

Ninguno de los dos sicilianos volvió la cabeza al tirar por la callejuela. Por consiguiente no vieron al hombre que salió de detrás de un poste de telégrafo.

Era Monk Thurman en persona.

Había observado las acciones de Schultz y de Spirak y había aguardado a ver qué ocurría. También había reconocido a los dos sicilianos. Había esperado que huyese alguien del piso después de los disparos.

Monk entró en el edificio inmediatamente. Subió tranquilo la escalera y penetró en su piso. Descubrió los cadáveres de los secuaces de Larrigan.

Cambió levemente sus posiciones y luego paseó de un lado a otro durante unos minutos.

Oyó rumor de pasos que ascendían la escalera. Abrió la puerta y se encontró con dos guardias... Cada uno de ellos llevaba un revólver.

-¿Qué ha estado pasando aquí? -inquirió uno de ellos.

Se interrumpió bruscamente al ver el cadáver de Hymie Schultz.

-¿Mató usted a este hombre? -preguntó.

-Sí lo hice -repuso Thurman tranquilamente-; fue en propia defensa, guardia.

Tenía las manos ligeramente alzadas. El segundo policía le asió del brazo.

El pistolero no hizo el menor esfuerzo por escaparse.

-Me llamo Monk Thurman -dijo tranquilamente-. Este hombre es un pistolero que intentó matarme. Ya ven ustedes lo que ha ocurrido. Miren hacia la cocina y verán ustedes lo que le ha ocurrido a su ayudante.

Los dos policías se volvieron instintivamente hacia el lugar indicado. El cadáver de Spirak Cuatro Pistolas yacía bien a la vista. Los guardias concentraron toda su atención en él, de momento, y Monk Thurman aprovechó la ocasión.

Con un rápido movimiento se desasió del policía que le sujetaba y le tiró de un empujón contra su compañero. Luego bajó corriendo la escalera. Siguió bajando y derribó a dos hombres que encontró en su camino.

AL llegar a la calle, vio un coche de los que hacían el reparto de leche. Uno de los hombres a quienes había derribado en la escalera era el conductor.

Monk subió al coche de un salto y dos hombres que subían la calle presenciaron una huida a la antigua. El gángster arrancó a toda velocidad.

Estaba fuera de tiro cuando los policías llegaron a la calle. El coche dobló una esquina sobre dos ruedas; luego el ruido del motor se apagó en la distancia.

La primera edición de los periódicos de la tarde llevaba la sensacional noticia del último asesinato de gángsters de Chicago. Dos hombres que hacía tiempo daban mucho quehacer a la policía, habían sido eliminados.

Hymie Schultz y Spirak Cuatro Pistolas, eran personajes notorios. Sus fotografías adornaban la primera plana de los diarios.

El nombre de Monk Thurman figuraba en los relatos. Hasta entonces el neoyorquino había sido un desconocido en Chicago en cuanto a la policía y al público se refiere.

En aquel momento, sin embargo, los directores de periódicos estaban expidiendo telegramas a Nueva York, haciendo esfuerzos por conocer la vida y hazañas de Thurman. No les fue posible encontrar fotografías del gángster de Manhattan. Había logrado esquivar, con éxito, la máquina fotográfica.

No se encontró pista alguna en el piso, como tapadera, porque nada había dejado allí. Al parecer, se había llevado las pistolas que empleara para matar a sus enemigos. Las balas extraídas de los cadáveres demostraban que se habían empleado armas distintas para matar a cada uno de los gángsters.

Periódicos perspicaces intentaron averiguar el motivo de la lucha. De haber estado Thurman identificado con alguna cuadrilla de Chicago, la matanza hubiera sido presagio de una nueva guerra de cuadrillas. Pero, al parecer, el pistolero neoyorquino trabajaba independientemente.

Genara y Anelmo leyeron las noticias con interés y experimentaron viva satisfacción al darse cuenta de que Thurman había llegado al lugar del crimen antes que la policía.

Comprendían que la cosa se pondría muy seria para ellos si se supiera que ellos habían cometido el crimen. Larrigan había hecho declaraciones a la Prensa y cualquier cosa que pudiera relacionar a Nick Savoli con la matanza bastaría para dar principio a una guerra de cuadrillas.

Sólo tres hombres conocieron la verdad de lo ocurrido en el piso. Genara y Anelmo no tenían la menor intención de hablar, Monk Thurman no parecía tener inconveniente en cargar con el mochuelo.

Por una vez, el telégrafo de cuerda del mundo de los gángsters, esa vía secreta por la cual se conocen muchas cosas en los bajos fondos, estaba inactivo y silencioso.

Todos los gángsters de Chicago, desde el pistolero menos importante hasta el propio jefe supremo, quedaron engañados por el tejido de pruebas circunstanciales que señalaban a Monk Thurman. Nada de sorprendente tenía que Nick Savoli y Mike Borrango se engañaran. Ambos habían esperado una lucha entre su nuevo empleado y los aliados de Larrigan. Por una vez, el jefe supremo rió al leer los informes de la Prensa y su lugarteniente también sonreía regocijado .

-Es un buen punto este Monk -observó Savoli, sentado en su despacho particular-. Dos a la vez. Rápido. Inmediatamente. No deja huellas.

-No pueden condenarle aunque le cojan -observó Borrango-. Las únicas pruebas que tienen contra él son que se hallaba allí.

-De acuerdo, Mike. Pero aún hay algo mejor: Larrigan no puede relacionarle con nosotros.

-¿Y Monk?

-Ya se presentará aquí más tarde.

-Tenemos que andar con cuidado en eso.

-Sí. Déjalo de su cuenta. El ya comprende.

¿Qué había sido de Monk Thurman?

Esta pregunta aún traía perplejo al reino de los gángsters el segundo día después de la muerte de Hymie Schultz y de Spirak Cuatro Pistolas.

La desaparición de un asesino no era un suceso extraordinario en cuanto a la policía se refería; pero era algo nuevo para la gente del hampa. La única razón que respondía a la desaparición de Monk era su falta de enlace con la banda de Chicago.

Muy pocos de aquella gentuza le conocían. Dos de ellos -Schultz y Spirak- habían muerto. Otros dos -Genara y Anelmo- habían caído muy bajo por razones de su propia incumbencia. Ellos aún tenían esperanza e intenciones de meter a Monk en el puesto.

El hombre a propósito para hacerse con Monk Thurman era Mike Larrigan.

Era un negocio poco importante para dos asesinos de Savoli el intervenir demasiado pronto.

Hasta Nick Savoli estaba algo intrigado por la desaparición de Monk y, sin embargo, también le veía con agrado.

CAPÍTULO XIII
LA SOMBRA OYE

Un nuevo inquilino se trasladó al Escadrille a la mañana siguiente de la muerte de Schultz y Spirak. Era un agente de publicidad de Boston, llamado Howard Blake.

Como todos los inquilinos nuevos, pagó un alquiler crecidísimo por un minúsculo piso amueblado.

Los precios del Escadrille eran altos. Nick Savoli quería que los inquilinos del Escadrille fueran una minoría selecta.

Los nombres de todos los inquilinos nuevos le eran entregados a Mike Borrango, que se encargaba de buscar informes de ellos. Borrango averiguó que Howard Blake era un hombre adinerado que tenía la intención de ampliar su negocio y abrir un despacho en el Oeste.

Blake había escogido una vivienda del tercer piso. Fue puesto en lista inmediatamente por los empleados de la planta baja.

Ninguno de los que vivían en aquel edificio se daba cuenta de la vigilancia que allí existía. Es más, ninguno de ellos sabía que Nick Savoli vivía allí siempre.

Se tenía entendido que él era el propietario de la casa; pero nunca se le veía.

Se le creía, generalmente, ausente.

A última hora de la tarde del segundo día, llegó una visita inesperada al Escadrille. El hombre fue reconocido inmediatamente por el empleado, que emitió un silbido de sorpresa al darse cuenta de las consecuencias que pudiera tener aquella visita.

Porque el que entró en el vestíbulo del edificio era nada menos que Mike Larrigan en persona. No había manera de confundirlo. Un irlandés enorme, alto, cuyo rostro cubierto de peces tenía una expresión dura y determinada y cuyo cabello rojillo asomaba por debajo del sombrero de fieltro que llevaba.

Así era Mike Larrigan.

Donde él aparecía, algún jaleo se preparaba. Sin embargo, aquélla era la primera vez que Larrigan iba al Escadrille a visitar a Nick Savoli. A pesar de su intrepidez, el irlandés nunca se había atrevido a invadir el cuartel general de un enemigo reconocido.

Pero aquel día era distinto. A Larrigan le había abordado varias veces Borrango, como emisario de paz. Había recibido llamadas telefónicas de Borrango. Le habían asegurado que Nick Savoli deseaba su amistad.

Aún después del atraco intentado por Hymie Schultz y Spirak «Cuatro Pistolas», en el establecimiento de Marmosa, Borrango había telefoneado a Larrigan, prometiéndole, de nuevo, cosas buenas para todos si reinaba la paz.

Aún era más: el lugarteniente había llegado incluso a ofrecer sus servicios en pro de Larrigan si el irlandés lo deseaba.

-Si hay algo que no esté del todo bien -había dicho Borrango-, dígamelo. Venga a verme. Soy un amigo. Nick es su amigo.

Mike Larrigan no tenía nada de sutil. Sin embargo, sabía reconocer a los que tenían mucho de ello. La invitación de Borrango tenía algo que le había puesto a la defensiva. Tenía la idea de que un hombre podía entrar en el piso de Savoli y no volver a salir.

Comparaba la entrada del Escardille a una calle por la cual sólo se pudiera circular en una dirección, y que no tuviera fin.

Había esperado un ataque repentino por parte de los pistoleros de Savoli.

Por fin había llegado. Mike Larrigan tenía la seguridad de que la muerte de sus dos hombres se había llevado a cabo con un fin determinado.

Al propio tiempo, sin embargo, había decidido seguir los impulsos de una corazonada.

Hasta entonces, Nick Savoli había tenido motivo para desear que Mike Larrigan fuera eliminado. Pero la situación había cambiado.

Larrigan tenía una queja contra el jefe supremo, siempre suponiendo, naturalmente, que fuese Savoli quien hubiese ordenado la muerte de Schultz y Spirak. El irlandés se había vuelto, repentinamente, astuto.

Estaba seguro de que Nick Savoli no descubriría sus intenciones cometiendo un nuevo crimen. Había llegado el momento psicológico para que Mike Larrigan entendiera su sicología. Creía en las corazonadas.

De ahí todo, y aquella vez estaba seguro que tenía una corazonada.

Había ido al Escadrille acompañado de varios de sus hombres que, en aquel momento, se hallaban diseminados por fuera. Estaban viéndole entrar; habían de esperarle hasta que saliera. De forma que, cuando Mike Larrigan entró en el ascensor, le dijo tranquilamente al empleado, que se dirigía al cuarto piso.

El empleado se excusó unos instantes y se acercó a un teléfono que había en el vestíbulo. Habló en voz baja y aguardó respuesta. Larrigan le miró, torvamente desde el ascensor. Por fin colgó el hombre el auricular y regresó:

-Está bien -dijo-; puede usted subir.

Larrigan empezó a desconfiar inmediatamente; pero ya era demasiado tarde.

La puerta del ascensor se había cerrado y el aparato estaba en movimiento.

Mike Borrango era un diplomático. Tenía la habilidad de tratar a los demás gángsters tal como ellos querían ser tratados. Conocía la camaradería existente entre los hombres de Larrigan y adoptó ese método de saludarle.

Cruzó, apresuradamente, el cuarto delante de Savoli y estrechó con cordialidad la mano del visitante. Tal vez sus actos tuvieran una explicación secreta; si así era, Larrigan no lo sospechó.

De haber llevado el irlandés algún arma escondida con la intención de quitarle la vida a Nick Savoli, no hubiera tenido oportunidad de hacerlo mientras le estrechaba la mano a Borrango.

Savoli se acercó cuando Borrango aún se hallaba al lado de Larrigan.

También él obró con una cordialidad que causó profunda impresión en el hombre. El jefe supremo indicó un asiento y, antes de que Larrigan se diera cuenta de ello, se hallaba hablando con Savoli, mientras Borrango le contemplaba benévolamente, desde su sitio acostumbrado.

-¿Le hicieron a usted esperar abajo? -inquirió Savoli, solícito-. No hay derecho. Haré que eso cambie. Tengo dada la orden de que se deje subir, inmediatamente, a mis amigos, siempre. Lo siento mucho.

-No se preocupe, Nick -respondió Larrigan, hoscamente-. A usted le pasa lo que a mí, no puede correr riesgos inútiles. Ha habido veces en que las cosas no andaban muy bien entre nosotros...

-Eso es ganas de hablar, Mike -interrumpió Borrango-. Lo único que pasa es que no ha hablado usted con Nick con suficiente frecuencia. Nick es un buen amigo suyo... siempre lo ha sido.

-No diría yo...

Borrango volvió a interrumpir la dudosa declaración de Larrigan.

-Ya sabe usted cuáles son mis sentimientos, Mike -dijo-. Hay la mar de italianos que no sienten la menor simpatía por los irlandeses y lo mismo de irlandeses a quienes los italianos son antipáticos. Pero eso no reza con nosotros. Usted y Nick son jefes gordos. ¡No olvide usted eso!

Larrigan miró a Savoli y Nick asintió, con un movimiento de cabeza.

Larrigan se encontraba ya a sus anchas. Libre de toda tensión, su mente se volvió al objeto de su visita. Tenía un asunto que discutir y había llegado el momento de hacerlo.

-Escuche, Borrango -dijo-. Usted dice que es amigo mío, ¿no?

El otro afirmó con la cabeza.

-Está usted con Nick -prosiguió Larrigan-. Él es amigo mío también. ¿No es cierto?

Borrango volvió a afirmar con la cabeza, con más énfasis aún que la primera vez.

-Bueno, pues voy a hablarle a usted claro, Nick. ¿Por qué han sido liquidados Schultz y Spirak? ¿Qué sabe usted del asunto?

El interpelado se encogió de hombros.

-Sentí mucho enterarme de eso -dijo.

Miró a Borrango como buscando corroboración. Su lugarteniente asintió.

-Lo sentí mucho -repitió Savoli-. He mandado flores, muchas flores. Es una lástima. Es la clase de cosas que a mí no me gusta ver.

-Las flores nada significan, Nick -respondió Larrigan-. Mandó usted flores y una corona muy grande. Todos hacen eso. A veces la corona más grande la manda el individuo que se encargó de dar el paseo. Yo sé quién liquidó a esos dos muchachos. Fue Monk Thurman. Pero... ¿por cuenta de quién trabaja Monk?

-Quizá trabajara por su propia cuenta -insinuó Borrango.

-Quizá -repitió Larrigan, dubitativo-, y quizá no. A mí no me suena bien, Borrango. Por eso vine aquí.

»Me dijo usted que si tenía que quejarme de algo, que viniera a verle. Bueno, pues aquí estoy, y me quejo.

-Pasó algo entre Monk y esos dos muchachos -afirmó Borrango, nuevamente-. Tal vez anduvieran buscándole para liquidarlo... y les pillara él la delantera.

-Sí que le andaban buscando -confesó Larrigan-; pero él les estaba esperando. Si él sabía que le buscaban, ¿por qué no se largó...? ¿Por qué no se volvió a Nueva York, por ejemplo? ¿Por qué se quedaba aquí, en Chicago, sabiendo que le buscaban para darle el paseo?

-Hay la mar de pistoleros buenos que son tontos, Mike -dijo Borrango, a modo de explicación.

-Escuche -prosiguió Larrigan, yendo al grano-; después de lo que ha ocurrido en el establecimiento de Marmosa, corrieron rumores de que ustedes intentaban conseguir que Monk Thurman entrara en su cuadrilla.

»Es más, dicen que Monk Thurman vino aquí. Aseguran que trabajaba por cuenta de ustedes. Eso es lo que quiero averiguar. ¿Trabajaba por cuenta de ustedes o no?

Esta pregunta iba dirigida a Savoli. El jefe contestó indirectamente.

-Le diré a usted, Larrigan -dijo-. Usted quiere saber si yo andaba tras Schultz y Spirak. Yo le contesto: ¡No! ¿Por qué había de querer yo darles el paseo?

-Intentaron atracar el establecimiento de Marmosa.

-Eso ya lo sé -contestó Savoli-, pero ésa no fue la primera vez que me dieron un disgusto. He dejado pasar muchas cosas. ¿Por qué había de preocuparme una más? No atracaron a Marmosa después de todo. Marmosa no es hombre mío.

-Le da a usted una participación.

-Naturalmente. Pero ha de buscar por su cuenta quién le proteja.

Larrigan estaba a punto de dejarse convencer por el argumento de Savoli.

Borrango estaba preparado para agregar algo de persuasión. Pero antes de que el irlandés pudiera formular respuesta, Savoli empezó bruscamente, a hablar claro.

-Ha tenido usted suerte -dijo-, conque a Schultz y a Spirak les hayan dado el paseo.

-¿Qué quiere usted decir con eso? -exclamó Larrigan.

-¿Era usted el jefe de sus propios hombres? ¿Los dominaba? -inquirió Savoli, encogiéndose levemente de hombros-. No, Larrigan; no los dominaba. Tenía usted su banda. Schultz y Spirak tenían la suya. Con frecuencia se guiaba usted por lo que ellos decían. Sus hombres eran de usted... mientras usted hiciera lo que ellos querían. ¿Me equivoco?

EL rostro de Larrigan se congestionó. Estaba furioso para hablar; pero su ira se desvaneció tan buenamente como se había presentado. Miró a Savoli y éste le respondió con una mirada firme, pero amistosa. Borrango rompió la tensión.

-Nick es amigo de usted, Mike -insistió-. No pretende molestarle. Usted le dijo lo que usted pensaba; él le está diciendo lo que piensa él.

-Bueno -dijo Larrigan, lentamente-, pues quizá tenga usted razón, Nick. Nunca lo miré desde ese punto de vista; pero tal vez tenga usted razón. Esos dos muchachos eran camaradas míos, sin embargo. ¡No lo olvide!

-No lo he olvidado. Como usted, siento que hayan muerto. Pero han muerto amigos míos también. Tenemos que pensar en nosotros,

-Quiere usted decir con eso...

Savoli miró expresivamente a Borrango. El lugarteniente comprendió.

Había llegado el momento de hacerle a Larrigan una oferta que le interesara.

-Nick quiere decir lo siguiente -empezó Borrango-. Hasta ahora, le hubiera sido a usted difícil trabajar con nosotros, porque a Schultz y a Spirak tal vez no les hubiese gustado. Pero ahora podemos trabajar juntos.

-A lo mejor le gustaría a Pete Varona irse del distrito Sur -dijo Nick Savoli, pensativo.

Larrigan comprendió la insinuación.

Las tabernas y demás establecimientos del distrito Sur estaban divididos.

Varona, como hombre de Savoli, dominaba más territorio que Larrigan. Es más, todo el aumento de negocio que había conseguido Larrigan allí, había sido a expensas de Pete Varona.

Larrigan era un irlandés el que le gustaba la lucha; pero era susceptible de ceder ante la posibilidad de conseguir dinero sin muchos esfuerzos. Savoli había hablado bien.

Larrigan empezaba ya a verse, mentalmente, como amo absoluto del distrito Sur. Pagaría tributo a Savoli, naturalmente, pero sus beneficios serían enormes.

-Eso me suena bien, Mike -comentó Borrango-. ¿Qué le parece a usted?

La indecisión de Larrigan desapareció como por ensalmo. Le tendió una mano a Savoli.

-Chóquela -dijo.

Nick se la estrechó.

Larrigan se puso en pie. Luego se detuvo.

-Pero hay una cosa -dijo-. Hemos hecho un trato, y yo lo cumpliré. Pero quiero al hombre que mató a Schultz y a Spirak. Me tiene sin cuidado ya que trabajara por cuenta de usted o no. Lo primero y, si puedo cargármelo, dar por saldadas mis cuentas.

-Escuche, Mike -dijo Savoli, tranquilamente-; ese Monk no trabajaba por cuenta mía. Vino aquí y le agradecí que hubiera resultado tan útil en casa de Marmosa. Quería trabajar, pero yo no lo necesitaba.

-¿Puede usted conseguir que trabaje a sus órdenes? -inquirió Larrigan, con avidez.

-Tal vez -respondió Savoli, pensativo.

-Bien, consígalo y entréguemelo.

-Quizá pudiera conseguirse eso -murmuró Savoli, volviéndose hacia Borrango.

-Creo que sí -asintió el lugarteniente, dirigiéndose a Larrigan-; pero tendremos que andar con cuidado. Podría olerse algo ahora que está con nosotros. Deme tiempo, Mike, y lo conseguiré. Pero no se impaciente.

-Conforme -asintió Larrigan.

-Un momento -intervino Savoli, muy serio-, no hemos de andar con demasiado apresuramiento, Larrigan. No debe turbar nuestros planes de trabajar juntos.

»Le diré lo que podemos hacer. Hay otros hombres en Chicago que debieran estar trabajando conmigo. Puedo darles a todos territorio, no tan bueno como el de usted, pero territorio que les gustará. ¿Qué le parece si convocáramos una reunión para dentro de dos noches? ¿Podrías arreglarlo, Borrango?

Nick dirigió una mirada expresiva a su lugarteniente al hacerle la pregunta.

Borrango estaba encantado en su fuero interno. Savoli, con gran astucia, había logrado aprovechar los acontecimientos para desarrollar un plan que él y el jefe habían ideado.

-¿Que si puedo conseguir que todos ellos asistan a la reunión? Morgan, Salvis, Pietro...

Savoli interrumpió la lista.

-Me refiero a todos los que pintan algo -dijo-. A todos los que tengan cuadrilla. Para que podamos trabajar juntos de aquí en adelante.

-Puedo hacerlo -dijo Borrango- si saben que Larrigan va a venir con nosotros. Él es más grande que todos ellos.

-Estaré con ustedes -anunció Larrigan-; pero no olviden que me entregarán a Monk Thurman en cuanto lo encuentren.

-De acuerdo -dijo Savoli, estrechándole de nuevo la mano-. Le entregaremos a Monk Thurman cuando se haya acabado esto. De hoy en dos noches en el Hotel Goliat. Borrango se encargará de arreglarlo todo.

Cuando se hubo marchado Larrigan, Borrango miró a su jefe, riendo.

Habían logrado que la visita del irlandés redundara, por completo, en beneficio suyo. Otros jefes de la cuadrilla se resistían, pero lo hacían tan sólo porque Larrigan seguía independiente. Ahora Larrigan había pasado por el aro y los otros seguirían su ejemplo.

Si alguno se atrevía a resistirse aún, Larrigan se encargaría de luchar con ellos. Al irlandés le encantaba exterminar las cuadrillas de menor importancia. Le sería muy útil a Savoli.

El jefe supremo había discutido todo aquello con su lugarteniente. La única variación en su programa era lo relativo a Monk Thurman. Habría que sacrificarle para aplacar a Larrigan. Esta era la única condición del acuerdo que parecía pesarle a Savoli.

-Ese Monk es un buen pistolero. Es una lástima que tenga que desaparecer.

-Hablas ahora como hablaba Larrigan -repuso Borrango-. Por eso nunca llegó donde podría haber llegado. Era demasiado sentimental.

-No es sentimentalismo. Pienso que Monk podría sernos útil.

-Es cierto. Pero tenemos que eliminar a Monk para completar el trato. Conque, permítele que vuelva a serte útil, dándole el paseo.

-Tendremos que hacerlo -asintió Savoli-, pero será mejor que esperemos un poco, si es posible. Tengo otro trabajo para Monk Thurman.

-¿Qué trabajo es ése?

-Ese hombre a quien llamamos La Sombra... Es preciso que lo encontremos. A lo mejor sabe Monk quién es. Monk es el más indicado para acabar con él.

-¿La Sombra? -la voz de Borrango expresaba el mayor desdén-. ¿Quién es La Sombra? Steve Cronin habló de ella. Pero Steven Cronin es un cobarde.

-McGinnis «Ametralladora» no es un cobarde. Tampoco lo es Brodie. La Sombra se metió con ellos también.

-Porque les pilló por sorpresa. He ahí todo. ¿Qué ha sido de La Sombra desde entonces? Nada ha hecho. Ha desaparecido. Es un solo hombre sin cuadrilla. ¿Qué puede hacer?

Savoli se levantó de su asiento y salió, lentamente, del cuarto, seguido de cerca por Borrango. AL llegar a la puerta, el jefe habló.

-Quizá tengas razón -dijo-. La Sombra, sea quien fuere, no tiene poder alguno contra nosotros. Ahora que estamos enterados de su existencia, nos teme.

»Pero es mejor ir sobre seguro. Le daremos a Monk una oportunidad de matar a La Sombra. Si lo logra, tal vez le salvemos de las garras de Larrigan. Si fracasa... que Larrigan cargue con él.

-Que cargue con él Larrigan de todas formas -dijo Borrango-. En cuanto a La Sombra... con toda seguridad se hallará a muchas millas de Chicago a estas horas.

Los dos hombres salieron de la biblioteca. La puerta se cerró de golpe tras ellos. Luego se movió la estantería.

Una figura alta, delgada, vestida de negro, entró en el cuarto.

Silencioso, siniestro e inmóvil, La Sombra parecía estar meditando sobre las palabras que había escuchado.

Después de la partida de Larrigan, los otros dos hombres habían hablado en italiano; pero era evidente que el hombre aquel había comprendido sus palabras. Porque habló en un susurro extraño que pareció poblar la habitación de ecos sibilantes.

-Larrigan ha pasado por el tubo -fueron sus palabras-. Los otros seguirán su ejemplo. Monk Thurman morirá. Nick Savoli reinará supremo.

Apenas hubo acabado el hombre de negro de pronunciar estas frases, una risa baja y extraña surgió de sus labios.

Era una risa irreal, capaz de estremecer a cualquiera. Su dejo burlón parecía ridiculizar todo lo que Nick Savoli y Mike Borrango habían aceptado como cierto.

La Sombra había oído. La Sombra sabía.

CAPÍTULO XIV
EL BANQUETE DE LA PAZ

Había llegado el momento de un armisticio en el reino de los gángsters. La noticia del banquete que iba a celebrarse en el Hotel Goliat había llegado a oídos de los periodistas, así como a los de la policía.

Jerry Kirklyn, el redactor del Chronicle, discutió el asunto con Barney Higgins la tarde antes.

-¿Qué piensa usted hacer, Barney? -preguntó-. ¿Qué dice Weaver?

-Vamos a dejarles en paz -replicó el comisario.

-¡Cómo! ¿A todos esos pistoleros?

-No tenemos nada contra ellos, Jerry. Claro está que tendremos agentes estacionados a la entrada del hotel. Si vemos a algún pistolero reclamado por la policía, le echaremos el guante. Pero los reclamados no se acercarán.

-¿Y Savoli y Borrango? ¿Y Larrigan? ¿Va usted a dejarles que salgan con la suya y se fusionen?

-Llámelo usted una fusión, si quiere, Jerry -rió Higgins-. Para nosotros no es más que una reunión de hombres a los que es conveniente vigilar. Algunos de los pistoleros que acudirán son unos asesinos, es cierto; pero todos ellos han sido absueltos ante el tribunal.

»Este banquete puede ser de mucha utilidad para nosotros... más adelante; pero, de momento, no hay motivo pata que lo suspendamos. Es una equivocación detener a los pistoleros de altura sin provocación. Tarde o temprano les echaremos el guante...

-Tarde o temprano podrán liquidarse los unos a los otros -interrumpió Kirklyn-. Esa es la fórmula policíaca. Que se maten unos a otros. Lo malo es que aumentan en número mucho más aprisa de lo que se mueren. Si sale bien esta combinación de paz, se multiplicarán mucho más aprisa que nunca.

-Es posible, Jerry. Pero no podemos hacer nada esta noche.

-¿Qué piensa Morris Clarendon de todo esto?

-Esto no es cuestión de Clarendon. Él es fiscal y nada más.

-Y ahora que hablamos de Clarendon -dijo Jerry, de pronto-, ¿qué tiene de verdad el rumor de que unos pistoleros intentaron liquidarle una noche?

Barney Higgins hizo, nervioso, un chasquido con los dedos.

-Carece de fundamento, Jerry -contestó.

-Clarendon no parecía opinar lo mismo. Estaba dispuesto a conceder una entrevista. De pronto cerró el pico y se quedó más callado que una ostra. ¿Qué le pasó? ¿Habló con Weaver?

-Escuche, Jerry -dijo Higgins-; si quiere usted trabajar conmigo, tiene que portarse bien. Cuando ocurra algo de verdad, le daré toda suerte de detalles. Pero me opongo a todo lo que sea rumor. Tendrá información en su momento.

»Trabajo nos cuesta echar el guante a estos pistoleros, aun cuando hacen algo de verdad. No podemos detener a nadie basándonos en algo que no ha llegado a suceder.

-Bueno, Barney -rió Kirklyn-, creí que me diría usted algo, por lo menos.

Algunos de los pistoleros más selectos de Chicago llegaron al hotel poco después de haberse estacionado Jerry Kirklyn cerca de la entrada.

Se esperaba a todos los jefes de cuadrilla. Sus principales lugartenientes y pistoleros favoritos habían de acudir también. A los únicos que no se esperaba era a los que estaban escondidos o en la cárcel.

El banquete iba a celebrarse en un gran salón particular. Cada recién llegado tenía que cruzar una especie de antesala. Allí le saludaban tres pistoleros que parecían constituir el comité de recepción.

Su verdadero objeto era cachear al hombre a quien daban la bienvenida. En aquella reunión de paz estaban prohibidas las armas.

Barney Higgins y dos agentes se hallaban en dicha antesala. Puede decirse que se les había invitado allá. Resultaban una salvaguardia, porque el comité de recepción no llevaba armas.

Quedaba bien entendido que los detectives no habían de entrar al comedor.

Si se empeñaban en entrar, se suspendería la conferencia de paz.

Jerry Kirklyn logró colarse y se colocó cerca de Barney Higgins.

Mike Larrigan fue uno de los primeros en llegar. El irlandés saludó amistosamente a Barney Higgins con un movimiento de cabeza; luego se prestó a que lo registraran.

Poco después, Higgins dio un codazo a Kirklyn. Genara y Anelmo, los gemelos homicidas, acababan de presentarse. Ambos hombres tenían el rostro desprovisto de expresión. Parecían constituir una pareja completamente aparte de todos los demás. Fueron sometidos al cacheo y pasaron al comedor.

El acontecimiento de la noche fue la llegada de Nick Savoli. Hicieron de heraldos suyos Mike Borrango y AL Vacchi. Higgins se figuró que el jefe supremo no andaría muy lejos de sus secuaces, y no se equivocó.

Savoli iba acompañado de Steve Cronin. Había reinstaurado al pistolero neoyorquino temporalmente para aquella ocasión. Cronin había estado algún tiempo sin hacer nada y resultaba la escolta ideal para aquella noche.

El que anteriormente custodiaba a Nick Savoli se hallaba ausente de Chicago y andaba perseguido por la policía.

Savoli y Cronin se sometieron al cacheo. No se les encontró arma alguna.

Pero, en el preciso momento en que pasaban al comedor, llegó McGinnis «Ametralladora», acompañado de otros tres pistoleros de Savoli.

Se descubrió que dos de los gángsters iban armados. Rieron al salir del hotel para depositar sus armas en otra parte.

Barney Higgins dirigió una expresiva mirada a Jerry Kirklyn. El periodista comprendió.

Nick Savoli nada había dejado al azar. Sabía que el cacheo llevado a cabo en la puerta por dos de sus hombres y uno de Larrigan, sería completo. Pero no había querido correr riesgos por el camino hasta el Hotel Goliat.

El periodista tuvo una repentina inspiración. Habiendo llegado ya Savoli, no había por qué aguardar en la antesala. Se dirigió a la cocina y aguardó la oportunidad para ocupar el sitio de uno de los camareros.

Pero fracasó. Había dos gángsters allí; uno en representación de Savoli y el otro de Larrigan. En cuanto le echaron la vista encima, Jerry decidió que lo más prudente era marcharse.

Así fue que la flor y nata de los bajos fondos de Chicago se reunió, sin que nadie la molestase, a celebrar un banquete que había de poner fin a la guerra entre cuadrillas.

Todos los jefes y subjefes se hallaban presentes, reunidos en grupitos individuales. Nick Savoli ocupaba una mesa al extremo del comedor con Steve Cronin, Mike Borrango y Al Vacchi. Sus demás secuaces estaban sentados a mesas cercanas.

Larrigan, rodeado de algunos de sus hombres, tenía una mesa al lado.

Reinaba la depresión entre los suyos.

El y sus pistoleros echaban de menos la encantadora presencia de Hymie Schultz y de Spirak «Cuatro Pistolas». Pero no se les mencionó para nada.

Los jefes pequeños como Joe Morgan, Goodfy Salvis y Nails Pietro, estaban reunidos con algunos de sus secuaces. Los grupos estaban todos a la expectativa; se estaban preguntando qué ganarían ellos con todo eso.

Miraban con envidia a Pete Varona, Spiker Condi, Texas Carey y otros jefes de distrito de la organización de Savoli. Estos hombres obedecían todas las órdenes del jefe.

Sabían que se iba a hacer un nuevo reparto de sus territorios para dar a los demás una oportunidad. Sin embargo, confiaban en que Nick Savoli se las arreglaría de forma que los cambios que habían de verificarse no les perjudicaran.

Había dos hombres, cosa rara, que estaban sentados solos, aparte de todos los demás. Constituían una pareja siniestra que contemplaba la escena con indiferencia.

Eran John Genara y Tony Anelmo. Estos gángsters individualistas, eran mercenarios que mataban por dinero y a los que les tenían sin cuidado las disputas territoriales.

Pertenecían a la organización de Savoli y era tal su fama, que su asistencia se hacía necesaria. Habían sido invitados por Borrango como golpe maestro de sutil diplomacia. Como espada de Damocles, su presencia se cernía sobre las cabezas de todos los que comían con el jefe supremo.

Todos los gángsters sabían de qué eran capaces los gemelos homicidas.

Servían como recordatorio de que Savoli tenía hombres que sabían atacar en las tinieblas.

El banquete fue un banquete por todo lo alto. Se sirvieron platos exóticos.

Los mejores licores de los almacenes de Savoli habían sido introducidos clandestinamente, tan seguro estaba el jefe supremo de que la policía no se metería para nada en el asunto. No se discutió cosa alguna mientras los camareros servían la comida. Eso había de ser más tarde, cuando se quitara la mesa. Sin embargo, algún miembro de la cuadrilla de Larrigan, inspirado por un exceso de bebida fuerte, cometió el error de mencionar los nombres de Hymie Schultz y de Spirak «Cuatro Pistolas».

-¡Liquidaremos al tipo que los liquidó!

La exclamación surgió de la mesa de Larrigan. El irlandés se echó a reír.

Luego su mirada se cruzó con la de Mike Borrango. El lugarteniente de Savoli le hizo una señal de aviso. Larrigan impuso silencio a su secuaz.

Pero la imprudente declaración produjo su efecto en muchos de los circunstantes. Steve Cronin, sentado al lado de Nick Savoli, metió la mano debajo de la mesa. Un camarero, a sueldo de Savoli, había colocado allí una pistola cargada.

Los jefes de menor cuantía, hablaban, animadamente, en voz baja. Se había corrido la voz de que a Larrigan le sería entregado el hombre que había matado a sus amigos.

Todos creían que Monk Thurman era el culpable. También se había insinuado que Monk pudiera haber tenido un compañero; pero eso era dudoso.

Ello no obstante, aquella afirmación hecha en alta voz parecía demostrar que a Larrigan le habían hecho esa promesa cuando llegó a un acuerdo con el jefe supremo y que el irlandés había comunicado a sus hombres la noticia, para que no pusieran dificultades al acuerdo..

Los dos hombres a quienes menos impresión pareció causar el grito, fueron Genara y Anelmo. Los gemelos homicidas no hicieron el menor gesto que pudiera provocar la más mínima sospecha.

Pero ocurrió algo que impresionó a aquellos hombres silenciosos y siniestros. Al hacerse nuevamente el silencio, habló una voz baja. Las palabras las decía en el más puro italiano y llegaron a oídos de los sicilianos.

-¿Quién mató a Schultz y a Spirak? -preguntó la voz.

Genara miró a Anelmo y su compañero le devolvió la mirada. Durante un instante, cada uno de ellos creyó que era el otro el que había hablado.

Sobresaltados interiormente, ninguno de los dos dio visibles muestras de sorpresa.

-Monk Thurman no los mató -dijo la misma voz.

Genara miró a su alrededor, para juzgar si alguno de los otros comensales había oído aquellas palabras.

Los que ocupaban la mesa más próxima se hallaban enfrascados en una conversación. No podían haber oído la voz. Genara enarcó las cejas al mirar a Anelmo.

Ambos sicilianos tenían la mirada penetrante. Estaban seguros de que nadie había hablado desde la mesa próxima. La única persona que había cerca de ellos era un camarero, que había estado colocando platos y fuentes en una bandeja.

En aquel momento se acercó el hombre y retiró, tranquilamente, los platos de la mesa ocupada por los gemelos homicidas. Fue escudriñado por ambos hombres. Ninguno de los dos le había visto hasta entonces.

Era un hombre de edad madura, que cojeaba ligeramente. Su semblante sin expresión no daba la menor muestra de inteligencia.

El camarero se retiró sin que le molestaran. Los sicilianos no habían desconfiado de él más que un instante. Seguían buscando el origen de la misteriosa voz. El camarero recogió la bandeja y pasó junto a la mesa.

Entonces se oyó algo más extraño que la voz en sí: una risa baja, susurrada, que parecía emanar de un lugar situado por encima de la mesa ocupada por los pistoleros. Era una risa cuyo igual jamás habían oído Genara ni Anelmo; una risa que les recordó las siniestras palabras que habían oído; una risa que se burlaba de ellos por su incapacidad en dar con su autor.

Anelmo medio se levantó de su asiento. Miró a la figura del camarero que se alejaba. El hombre era cojo y cargado de hombros: una persona de aspecto inocente por todos los conceptos.

Genara asió del brazo a su compañero.

-Siéntate, Tony -susurró, en italiano-. Ya investigaremos esto más tarde.

-¿Y si Savoli se entera...?

La voz de Anelmo no expresaba temor. Su tono era sombrío.

-Savoli no se enterará -contestó Genara, en el mismo tono-. Aguarda. Hablaremos más tarde.

-Quieres decir...

Genara le soltó. Tony movió, afirmativamente la cabeza. Comprendía.

Genara y él habían hablado mucho juntos, sobre todo en aquel rincón de la sala de juego de Marmosa. Sus palabras no habían pasado de ser ideas veladas. Pero eran conspiradores que se comprendían perfectamente.

Tenían un plan que se verían forzados ya a llevar a su culminación. Porque algún hombre -no sabían quién- conocía el secreto de su último crimen. Para hombres como Genara y Anelmo, el conocimiento de una tercera persona significaba peligro.

Se hizo el silencio en el comedor. Los camareros habían quitado la vajilla sucia y se habían marchado. El jefe supremo estaba a punto de hablar y, mientras tuviera él la palabra, todos tenían la obligación de escucharle.

Pero Genara y Anelmo no estaban escuchando a Nick Savoli. Los sicilianos pensaban tan sólo en la voz misteriosa que les había recordado su crimen.

Si hubieran conocido el punto de origen de las palabras, que habían oído emitidas con la habilidad de un experto ventrílocuo, se hubieran dado cuenta de que se las habían con un personaje tan siniestro como ellos.

El camarero de edad madura no era más que un hombre que desempeñaba un papel. Su cojera, su encorvada espalda, su estúpido semblante, eran todo un disfraz. Porque la risa que había sobresaltado a los asesinos más formidables del reino de los gángsters... ¡era la risa de La Sombra!

CAPÍTULO XV
LA SOMBRA EN ESCENA

Savoli no explicó mucho cuando instó a los gángsters de Chicago a que trabajaran juntos por la causa común. El jefe supremo habló tranquilamente, pero con firmeza, y presentó sus argumentos en una forma convincente.

La presencia de sus poderosos secuaces daba mayor peso a sus palabras.

-Mike Larrigan va a trabajar conmigo de aquí en adelante -anunció-, y ahora tenéis todos la oportunidad de hacer lo mismo. El negocio da bastante para todos si nos mantenemos unidos.

»Nos reservaremos las "piñas" para los "vivos" que se crean demasiado grandes para nosotros. Daremos el paseo a todos los traidores. Habrá trabajo de sobra para los buenos pistoleros; pero tendrán que trabajar con nosotros.

Cuando Savoli hubo acabado su discurso, Mike Borrango hizo uso de la palabra.

Dirigiéndose, por turno, a cada uno de los jefes de cuadrilla, mencionó las demarcaciones que les habían sido asignadas. Esto exigía ciertas concesiones por parte de los lugartenientes de Savoli; pero a ninguno se le pedía que diera demasiado.

Borrango, eficiente y dulce como siempre, señaló las ventajas que aquello acarrearía a todos los interesados. Invitó a que se hicieran comentarios, y se hicieron.

El acontecimiento de la noche fue el juramento de fidelidad de Mike Larrigan. El irlandés anunció su intención de permanecer al lado de Nick Savoli. Pero dejó ver bien a las claras a todos los circunstantes, que había de dársele satisfacción en cierta cuestión de índole particular.

Larrigan intentó hacer sutiles sus declaraciones; pero todos comprendieron perfectamente que esperaba poder vengar la muerte de Schultz y de Spirak.

-Estoy con usted, Nick -dijo-, y todo el que esté con usted está conmigo. Pero hay cierto individuo al que he de liquidar.

»Nunca abandono a mis amigos, eso ya lo sabe todo el mundo. El hecho de que me vaya con usted, no me da derecho a olvidar a los que estaban conmigo. ¿No es cierto eso, Nick?

El jefe supremo movió afirmativamente la cabeza.

-Me tiene sin cuidado quién sea -agregó Larrigan-; tengo intenciones de cargármele a él... y a cualquiera que le ayudara. Le voy a dar el paseo, tan seguro como que me pongo de parte de Nick Savoli. Eso es cuanto tengo que decir.

El irlandés miró a su alrededor al proferir la amenaza y todo el mundo comprendió, perfectamente, el significado de sus palabras.

La mirada de Larrigan se posó sobre Genara y Anelmo, y los gemelos homicidas respondieron a ella con frialdad. El semblante de Larrigan expresaba antagonismo.

La determinación de su rostro indicaba que estaba dispuesto a llegar a donde fuera preciso para vengar la muerte de sus camaradas; pero no había ni la menor señal de desconfianza en su mirada cuando la posó sobre los dos sicilianos.

La conferencia se acabó cuando se hubieron solucionado todos los puntos de importancia. Aún le quedaba mucho trabajo a Mike Borrango. Los cimientos del imperio invisible de Nick Savoli estaban echados; el trabajo que faltaba era poner el mecanismo en marcha.

Había jaleo en perspectiva; pero Borrango estaba seguro de que los únicos en poner dificultades serían los propietarios de salas de juego y tabernas, o algún pistolero de menor cuantía, no aquellos jefes y sus lugartenientes.

Aquella reunión que haría época, acabó en la más completa armonía. Todos se estrecharon la mano. Uno por uno, los gángsters se fueron marchando a atender sus respectivos asuntos.

Mike Larrigan parecía muy satisfecho al despedirse. Al reconocer la supremacía de Nick Savoli, se había establecido él, firmemente, como el más poderoso de todos los jefes de cuadrilla independientes.

Los demás estaban satisfechos. Morgan, Pietro y Salvis se decían que sus fuerzas eran tan importantes para Nick Savoli como la cuadrilla de Larrigan.

Rara vez habían trabajado juntos en el pasado; en aquel momento, sin embargo, sentían que tenían intereses comunes.

Sólo quedaban unos cuantos gángsters. Anelmo y Genara seguían sentados a su mesa del rincón, como si aguardaran instrucciones de Savoli.

El jefe supremo se quedó, junto con su lugarteniente. Se permitió la entrada a unos cuantos camareros para que acabaran de quitar las mesas.

Anelmo, desconfiando aún, buscó al camarero cargado de hombros que había llamado su atención; pero, evidentemente, se había marchado ya a su casa.

Haciéndole una seña a Borrango, Nick Savoli salió del comedor y pasó por una puerta que había a un lado. El lugarteniente habló con Steve Cronin, luego siguió a su jefe.

Steve comprendió lo que aquello significaba. Había de quedarse montando guardia mientras Savoli conferenciaba con Borrango.

La partida del jefe supremo dio a Anelmo y a Genara la ocasión de salir en busca de sus pistolas. Los sicilianos salieron del comedor. A los pocos minutos, Steve Cronin se hallaba casi solo. Sacó la pistola de debajo de la mesa y se la echó al bolsillo, cuidando de que ninguno de los gángsters que quedaban, se dieran cuenta de su acto.

Llegó un camarero de la cocina. Entró en el cuarto en que se habían metido Savoli y Borrango. Cronin desconfió durante unos instantes; luego volvió a aparecer el camarero, regresando de nuevo al cuarto con dos botellas y dos vasos.

Steve exhaló un suspiro de alivio. EL jefe y su lugarteniente habían pedido de beber: he ahí todo.

Decidió esperar a que se hubieran marchado los pocos gángsters que quedaban, para entrar en el cuarto particular y anunciar que ya no había peligro. Encendió un cigarro puro y se arrellanó en su asiento, al parecer indiferente, pero en realidad, muy alerta.

En el cuarto particular, Savoli hablaba de negocios con Borrango. Dejaba la discusión cada vez que entraba el camarero; pero en cuanto el hombre desaparecía detrás del biombo que conducía al comedor, la reanudaba en seguida.

Savoli sólo había dejado de hablar en presencia del camarero por pura prudencia natural, porque, en realidad, el hombre parecía bastante poco inteligente y completamente inofensivo.

El jefe supremo hizo un resumen de los importantes acontecimientos de la noche.

-Esto representa mucho para nosotros, Mike -dijo Savoli-. Tendrás que encargarte de su desarrollo.

-Deja eso por mi cuenta, Nick -replicó Borrango-. Puedo manejar, divinamente, a Larrigan. Tendrás que hablar con él ocasionalmente. En cuanto a los demás, puedo arreglarme perfectamente con ellos, solo. No necesito ayuda.

Señaló las debilidades individuales de cada uno de ellos. Explicó cómo podía alzárseles contra Larrigan y unos contra otros. El dejo persuasivo de su voz llegaba a convencer hasta al endurecido Savoli.

-¿Te das cuenta de lo que eso significa, Nick? -concluyó Borrango-. Tú eres el amo. Tú eres el poder supremo, por encima de todos los jefes de cuadrilla. Si alguno de ellos se insubordinara, se le puede dar el paseo. Su cuadrilla será tuya.

»Yo soy el que ha de imponer tu voluntad. Yo puedo obrar. Tú puedes estar ausente de la ciudad cuando se le dé el paseo a alguien. Cualquier escarmiento que nos veamos obligados a dar, será una lección para los demás.

Nick Savoli asintió con la cabeza.

-Tú eres más grande que la ley, Nick -continuó Borrango, con orgullo-. La policía nada significa. Tú eres el jefe supremo. Los demás no pintan nada. No hay una sola persona que pueda atreverse a luchar contigo. No existe persona alguna a quien tengas que temer.

-Tienes razón, Mike.

-No hay quien pueda desafiarte.

-A nadie temo. Nadie puede desafiarme. Tienes razón.

Una risa burlona surgió de un rincón del cuarto. Mike Borrango se sobresaltó. Se volvió rápidamente. Nick Savoli se volvió también hacia el lugar en que se había oído la risa, pero sin la menor excitación.

Había un hombre, de pie en el rincón. Le envolvía una capa negra de forro rojo. Un sombrero oscurecía su semblante.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las manos enguantadas. Volvió a reír suavemente.

El tono siniestro de su risa era burlón. Ridiculizaba las palabras de Nick Savoli. Hizo que Mike Borrango sintiera un estremecimiento. De pronto, habló el desconocido:

-¿A nadie temes? -inquirió en voz baja que tenía el mismo dejo que su risa-. ¿Qué nadie puede desafiarte? ¡Mírame, Nick Savoli!

El jefe supremo le miró. Le miró como fascinado. Pero en sus ojos no brillaba el menor temor. Su rostro reflejaba dureza y determinación; resultaba casi brutal en su expresión.

-¿Quién eres?

La pregunta de Savoli era una orden. Se dio cuenta del reto que aquel hombre de negro le lanzaba.

-¡Yo soy La Sombra!

La contestación era enérgica. La última palabra era sibilante e inexpresiva.

Los tres hombres formaban un verdadero cuadro; Borrango, demasiado alarmado para obrar; Savoli, imperturbable, pero indeciso; La Sombra, extraño y siniestro, dueño de la situación.

Fue La Sombra quien rompió el silencio. Sus palabras fueron firmes y penetrantes. Su mensaje no podía ser más claro.

Emitió juicio contra el hombre que se creía a sí mismo superior a la ley.

-Nick Savoli -dijo la voz siniestra-, has llevado una existencia de crimen. Mientras fuiste uno de tantos, fuiste vulgar. Ahora te crees a ti mismo supremo.

»Estás equivocado. Eres peligroso... y nada más. Estás equivocado al creerte supremo.

-¿Es éste un aviso? -inquirió Savoli, con sombría sonrisa.

-Es un fallo -respondió La Sombrar con severidad-. En tus crímenes, no has respetado al individuo. Eres responsable del asesinato de un hombre contra quien nada tenías. Por ese crimen, perderás el poder que crees poseer.

Las palabras de La Sombra no recibieron contestación. Contenían un significado oculto que ni Savoli ni Borrango comprendían del todo.

No obstante, tanto el jefe como su lugarteniente se daban cuenta de que su acusador era un hombre que tenía un poder enorme.

-Tú fuiste responsable del crimen -continuó La Sombra-, aun cuando no fuiste tú mismo quien lo ejecutó. Los que ejecutaron tus órdenes pagaron todas las consecuencias.

Siguió un momento de silencio. De silencio imponente. Nick Savoli, a pesar de su fingido aplomo, sentía, interiormente, cierta aprensión.

A pesar de todas sus precauciones, le había acorralado allí un hombre que tenía tanta determinación como él. Si La Sombra llevaba una pistola cargada, podría matarles, a él y a su lugarteniente, en un instante, porque ambos estaban desarmados.

La mirada de Nick Savoli vaciló unos instantes. Luego volvió a posarse en La Sombra.

El semblante de Nick no reveló, por el menor gesto, lo que acababa de ver.

Aquella breve mirada había hecho renacer su aplomo y le había infundido nueva esperanza. Porque había observado un movimiento detrás del biombo que ocultaba la puerta y había comprendido, en seguida, su significado.

Alguien había entrado en el cuarto por detrás de La Sombra. La puerta se había abierto sin hacer el menor ruido.

Mike Borrango no se había dado cuenta de nada. La Sombra tampoco.

Savoli fue el único que lo vio y estaba seguro de que sabía quién era el que se acercaba.

A Steve Cronin se le había dado orden de entrar en el cuarto cuando se hubieran marchado todos los gángsters.

-¿Es eso cuanto tienes que decir? -inquirió Savoli, desafiador.

Su tono imperativo parecía atraer toda la atención del hombre vestido de negro, que era, precisamente, lo que Savoli deseaba.

-Eso es todo -respondió La Sombra.

Steve Cronin salió de detrás del biombo. Había sacado la pistola. Apuntó cuidadosamente al hombre siniestro.

Estaba temblando. Hasta la presencia de La Sombra asustaba a Steve Cronin. Sin embargo, tenía más de una cuenta que saldar con el terror de los bajos fondos y su determinación le servía de apoyo.

Nick Savoli se dio cuenta de la situación instantáneamente. Si confiaba por completo en Steve Cronin, tendría a La Sombra a merced suya.

Sin embargo, sabía que Cronin estaba asustado. También sabía que Mike Borrango cambiaría, a lo mejor, de expresión, dando a conocer así a la amenazadora figura el peligro que le acechaba.

Cuando estos pensamientos cruzaban, raudos, por la mente del jefe, vio que La Sombra empezaba a volverse y comprendió que su enemigo se había dado cuenta del peligro.

-¡Dispara! -ordenó Savoli, con voz áspera y autoritaria.

Steve Cronin apretó el gatillo de su pistola. La detonación resultó ensordecedora en el cuartito. El gángster temblaba; pero su puntería era segura, porque el cañón de la pistola se hallaba a menos de un metro de La Sombra.

Nick Savoli esperaba ver caer al desconocido. En lugar de eso... ¡La Sombra se echó a reír!

Mike Borrango exhaló una exclamación. Cronin dejó caer la pistola y retrocedió.

-Cuando juegas limpio -observó La Sombra, dirigiéndose a Nick Savoli-, no dejas nada al azar. Fue introducida clandestinamente una pistola cargada, y colocada debajo de tu mesa.

»Si este hombre -agregó, señalando a Cronin con un gesto-, hubiera podido examinar el arma, hubiese encontrado los casquillos cargados con pólvora sola, que yo coloqué en lugar de los otros. Uno de los camareros estaba a sueldo tuyo. Otro camarero... era yo.

La Sombra se volvió hacia el biombo; pero en aquel momento la puerta se abrió de par en par y dos hombres irrumpieron en el cuarto: eran Genara y Anelmo, los gemelos homicidas. Llevaban pistolas en la mano.

Habían vuelto, armados, para escoltar a Nick Savoli hasta su casa. EL ruido de los disparos los había hecho acudir corriendo.

Nick Savoli se puso en pie de un brinco. Ahora era él el amo. Sus secuaces le habían visto inmediatamente.

Viendo que se hallaba sano y salvo, vacilaron en disparar contra el hombre misterioso, hasta que se les ordenara. Nunca habían visto a La Sombra; no estaban seguros de sí era amigo o enemigo.

-¡Matadle! -gritó Savoli.

Pero antes de que la palabra hubiera salido de los labios del hombre, La Sombra obró. La posición en que se encontraba habla sido bien escogida. EL interruptor de la luz se hallaba a su lado.

AL dar Savoli el grito, el hombre de negro pareció hundirse hacia el suelo.

Un brazo largo se extendió en dirección a la pared y la mano enguantada de negro dio vueltas al interruptor. El cuarto quedó sumido en las tinieblas.

Las pistolas sonaron, al disparar los gemelos homicidas hacia el lugar en que había estado La Sombra.

Surgió una risa sonora y siniestra del centro del cuarto. Los dos pistoleros corrieron en aquella dirección. Estaban seguros de que La Sombra retrocedería ante ellos, hacia el rincón opuesto, donde quedaría acorralado.

Disparaban al avanzar y Savoli saltó hacia el interruptor. La habitación se inundó de luz.

Genara y Anelmo se hallaban de cara a un rincón donde no había nadie.

Steve Cronin seguía apoyado contra el biombo. Mike Borrango estaba en su silla.

La Sombra había desaparecido. En la oscuridad, su voz había resultado engañadora. Anelmo y Genara habían seguido el sonido de la risa; pero se hablan dejado llevar en la opuesta dirección. Aun en aquel momento se oyó una carcajada siniestra en el comedor. Los pistoleros sicilianos salieron en su persecución; pero todo fue inútil. La Sombra había logrado suficiente delantera para poder escaparse.

CAPÍTULO XVI
MONK THURMAN VUELVE

A la mañana siguiente Mike Borrango y Nick Savoli se hallaban conferenciando en el despacho de este último. El lugarteniente había estado la mar de ocupado dando los primeros pasos para la fusión de las cuadrillas de Chicago y, hasta aquel momento, no había tenido ocasión de hablar con su jefe respecto a La Sombra.

No había más que un camino: acabar con La Sombra. El misterioso personaje vestido de negro había sido la primera persona que se atreviera jamás a desafiar a Nick Savoli cara a cara. Eso en sí era causa más que suficiente para ser condenado a muerte.

Sin embargo, Savoli y Borrango eran hombres prácticos. Comprendían que La Sombra no era un adversario corriente.

-Hay que darle el paseo -ordenó Savoli.

Mike Borrango movió afirmativamente la cabeza. Al propio tiempo preguntó:

-¿Quién va a encargarse de eso?

-Tienes hombres de sobra -le contestó Savoli.

-Hay cuatro, que son los mejores de todos: Steve Cronin, McGinnis «Ametralladora», Genara y Anelmo. Ya viste lo que pasó anoche: tres de ellos fracasaron.

»Queda McGinnis. Sin embargo, éste iba en el coche con Cronin la noche en que La Sombra les impidió a los dos que liquidaran a Clarendon. Conque, no podemos confiar en McGinnis.

»Tienes razón al decir que tengo hombres; pero no tengo el hombre que necesito.

-¡Búscale, pues!

-¿Quién es? Tiene que ser equivalente a cualquiera de los cuatro que han fracasado. Ha de ser mejor que cualquiera de los cuatro. Más aún: ha de tener la habilidad de descubrir a La Sombra... sea quien fuere.

-Cronin ha tenido encuentros con La Sombra en otras ocasiones.

-Sí; pero no tiene la menor idea acerca de su identidad. Nunca ha encontrado a La Sombra. Siempre ha sido La Sombra quien le ha encontrado a él.

-Cronin parece estar asustado de La Sombra.

Borrango sonrió agriamente antes de contestar.

-Yo estuve asustado anoche -confesó-. Tú no te asustas, Nick; pero yo sí. Cronin estaba asustado también.

-¿Y Genara y Anelmo?

-Ellos no temen a La Sombra. Están dispuestos a buscarle. Pero ya conoces los límites de su habilidad. Matan a todos aquellos que otro se encarga de buscarles. No podemos contar con ellos para eso.

Nick Savoli se quedó pensativo. Luego hizo una insinuación.

-Ese Monk -dijo-, viene de Nueva York. Vale más que cualquiera de ellos. ¿Dónde está ahora?

El timbre del teléfono sonó antes de que Borrango pudiera ofrecer una respuesta. EL lugarteniente de Savoli descolgó el auricular y se puso a hablar.

Savoli salió del cuarto momentáneamente. Cuando volvió, vio a Borrango mirando, deprimido, por la ventana.

-¿Quién era? -inquirió.

-Larrigan. Me recordó lo de Monk Thurman. Le dije que aguardara un poco; que aún no habíamos dado con Monk; que cuando le encontráramos...

-¡Larrigan puede esperarse! -exclamó Savoli, iracundo-. Es preciso que encontremos a Monk. Por mediación de él hemos de dar con La Sombra. Monk es de gran valor para nosotros. Larrigan tendrá que esperar.

-Monk volverá -pronosticó Borrango-. No está enterado de la promesa que le hiciste a Larrigan. Sigue estando a sueldo nuestro...

Hizo una pausa para descolgar el teléfono que comunicaba con la antesala.

Se había encendido una luz, para avisar que una visita aguardaba fuera.

Borrango exhaló una exclamación de sorpresa cuando oyó la voz del portero.

-¡Hágale pasar! -dijo-. Luego se volvió a Savoli-. ¡Es Monk Thurman!

El jefe supremo se puso en pie y ambos se dirigieron a la biblioteca. Monk Thurman aguardaba, sentado tranquilamente en el sillón.

Su semblante estaba tan inescrutable como de costumbre. Contempló a Savoli y a Borrango sin articular palabra. El jefe se sentó frente a él; Mike ocupó su sitio acostumbrado contra la estantería.

-Ha trabajado usted bien, Monk -dijo Borrango, iniciando la conversación-. No habíamos esperado que obrara tan aprisa. Nos hemos estado preguntado dónde podía usted haberse metido.

Al gángster parecieron dejarle completamente indiferente las palabras de aprobación. Es más, hubiérase dicho que hacía caso omiso de ellas. Miró, fríamente, a Borrango; luego se volvió hacia Nick Savoli.

-He oído decir que se celebró una conferencia de paz anoche -dijo.

-Así es -replicó el jefe.

-Larrigan es ahora amigo de usted.

-Sí.

-¿Cómo me afecta a mí eso?

-Escuche, Monk -intercaló Borrango-. Puede usted olvidarse de Larrigan. Está resentido por la muerte de Schultz y de Spirak; pero eso ya lo esperábamos. Queríamos quitarlos del paso para que Larrigan pasara por el tubo. Arreglaremos las cosas de forma que no tenga usted que preocuparse de Larrigan. Lo que ahora queremos saber es dónde ha estado usted...

-¿Que dónde he estado? -rió Monk, ásperamente-. He estado preocupándome de Larrigan. Me enteré de que había venido a quejarse aquí. Conque, me escondí. Aquí estoy ahora y quiero conocer mi situación.

-Su situación no puede ser mejor, Monk -contestó Borrango-. Es más, en este preciso momento estábamos hablando de usted, Nick y yo. Hay otro trabajito para usted.

Borrango echó mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes. Contó mil dólares y se los entregó al pistolero neoyorquino.

Thurman aceptó el dinero sin dar las gracias. Como en la ocasión anterior, añadió los billetes a su propio abultado fajo.

-¿Qué trabajo es ése? -inquirió, con brusquedad.

Borrango dirigió una mirada a Savoli. Este último movió afirmativamente la cabeza y el lugarteniente habló.

-¿Ha oído usted hablar alguna vez de La Sombra? -inquirió.

Una expresión de asombro y sobresalto pasó, momentáneamente, por el semblante de Monk Thurman. Era la primera vez que Borrango y Savoli veían reflejarse una expresión en el rostro inescrutable del neoyorquino.

La expresión desapareció casi instantáneamente. Monk Thurman no habló.

Se limitó a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

-¿Quién es? -inquirió Savoli, con dureza.

-¿La Sombra? -exclamó Monk, riendo con aspereza-. Una persona que siempre da disgustos.

-¿Cómo da disgustos?

-Averigua los planes de los grandes jefes. Los hace fracasar. Dicen que aquellos que se encuentran con La Sombra no lo olvidan nunca.

-¿Se ha encontrado usted con él alguna vez?

-No; pero si me encontrara... -el gángster hizo ademán de sacar la pistola, y agregó-: Me gustaría encontrarme con La Sombra.

-Tendrá usted ocasión de hacerlo -aseguró Savoli tranquilamente.

-¿Quién? ¿Yo? -contestó Monk, con desdén-. ¡Quiá! No pienso volver a Nueva York. Eso no es lo convenido. Yo trabajo aquí, en Chicago.

-La Sombra está aquí, en Chicago.

Monk Thurman miró, fijamente, al jefe supremo, como si dudara de su palabra. Pareció darse cuenta, lentamente, de que Savoli hablaba en serio.

Miró a Borrango y observó la seriedad de su semblante.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-La Sombra está aquí, en Chicago -contestó Borrango-. Quiso dárselas de listo anoche. Debiéramos de haberle echado el guante; pero se nos escapó. Vamos a darle el paseo. ¡Usted es el que ha de hacerlo!

Monk Thurman no respondió a tan decisiva declaración. Pareció reflexionar.

Transcurrió un minuto completo; luego Savoli rompió el silencio.

-Háblenos de La Sombra -dijo.

-Nadie sabe gran cosa de él -replicó Monk Thurman-. Nadie sabe quién es, ni por qué trabaja en la forma que lo hace. Pero cuando alguien intenta luchar con él, siempre se lleva la peor parte. A veces los liquida. Otras caen en manos de la policía.

-¿Trabaja por cuenta de la policía?

-No; no es detective. Se parece más a un criminal. Trabaja de noche y solo. Tiene agentes que le tienen al tanto de lo que ocurre. A veces se meten en atolladeros, pero La Sombra los saca de ellos.

»Dicen que La Sombra fue quien acabó con Bert Farley. Había un individuo en Nueva York, la mar de listo, que se llamaba Isaac Coffran. Era de lo más listo que imaginarse pueda; pero se largó de pronto aprisa y corriendo, y aseguran que La Sombra fue el responsable de ello.

»Luego había un tal Birdie Crull. Se lo cargó un agente del servicio de espionaje y dicen que La Sombra estuvo mezclado en el asunto también.

-Y, sin embargo, ¿dice usted que nada tiene que ver con la policía?

-Nada en absoluto. Anda esquivando a la policía a veces él también. A lo mejor es un criminal, porque parece disponer de todo el dinero que le hace falta. Pero nunca han podido demostrarle nada.

»Lo único que saben cierto es una cosa: que le gusta dar un disgusto a todo el que lucha contra la policía. Nadie sabe lo que pretende La Sombra. Siempre que se le ve, lleva una capa negra y un sombrero del mismo color.

-¡Así iba anoche! -exclamó Borrango.

-Se presenta en una estación emisora de radio todos los jueves por la tarde -prosiguió el gángster-. Allí están todos preparados para impedir que averigüe nadie de quién se trata.

»En cierta ocasión se coló un criminal, disfrazado de electricista; pero nada pudo averiguar. Algunos dicen que La Sombra no siempre va a la estación de radio. Aseguran que tiene un hilo telefónico directo con la estación y que puede hacer la emisión desde cualquier parte. Pero nadie ha podido averiguar nunca toda la verdad del asunto. La Sombra es un hombre muy duro de pelar.

-¿Le conocería usted si le viese? -inquirió Savoli.

-¿Conocer yo a La Sombra? Claro que sí. Que se acerque a mí un individuo envuelto en una capa negra y con sombrero negro de ala ancha, verá qué pronto le meto dos onzas de plomo en el cuerpo. Si La Sombra se encuentra aquí... ¡voy a salir en su busca!

-Está aquí; pero no diga usted una palabra.

Monk Thurman asintió con un movimiento de cabeza. De pronto, miró a su alrededor.

Su acto fue expresivo. Demostraba, elocuentemente, qué opinaba Monk de la fama de La Sombra. Parecía temer la presencia del misterioso personaje allí, en la propia casa de Nick Savoli.

-Dice usted que ha dado muchos disgustos en Nueva York -observó Nick Savoli-; pero Chicago no es Nueva York. Aquí no tememos a La Sombra.

»Tengo dos hombres que no le temen: Anelmo y Genara. Andan alerta para ver si dan con él. Usted será el tercero. Recibirá diez mil dólares si se lo carga.

El ofrecimiento de diez mil dólares pareció despertar el interés de Monk Thurman. Por una vez, el neoyorquino parecía lleno de avidez. Pero no tardó en recobrar su acostumbrada calma.

-¿Por qué está La Sombra aquí? -inquirió Savoli.

Monk Thurman pareció intrigado.

-¿Cómo quiere que lo sepa yo?

-Usted sabe algo de La Sombra. Le contaré lo que hizo anoche. Me dijo que yo era responsable de la muerte de un hombre que no me había hecho nada.

-Así es como trabaja La Sombra -respondió Monk-. Obra siempre así.

-Así lo comprendo ahora. Sin embargo -rió Savoli-, hay muchos de cuya muerte he sido yo la causa.

-La Sombra lo sabe -dijo Monk, con tono impresionante-. Hace algún tiempo... no mucho... debe de haber sido usted causa de la muerte de algún amigo suyo...

Mike Borrango dio un paso hacia ellos.

-¡Ahora comprendo, Nick! ---exclamó-. ¿Recuerdas aquel individuo a quien McGinnis liquidó? ¿Prescott? ¿El vendedor de bebidas alcohólicas?

-Ése vivía aquí, en Chicago -objetó Savoli.

-Sí, pero había otro hombre con él... un neoyorquino agente de seguros...

Savoli dirigió una mirada a Monk Thurman.

-Es cierto -dijo-. ¿Cree usted que ese hombre puede haber sido amigo de La Sombra?

El pistolero neoyorquino se encogió de hombros.

-Pudiera ser -contestó-. Le diré una cosa de La Sombra. Tiene sus hombres y no los abandona. No son muchos; pero los tiene trabajando siempre.

»Tal vez ese agente de seguros fuera uno de ellos. Si lo era... nada de extraño tiene que La Sombra esté en Chicago.

Nick Savoli se levantó de su asiento. Le hizo una seña a Borrango, que estaba a punto de decir algo. Evidentemente, el jefe había decidido que ya habían discutido lo bastante el asunto.

Se acercó a Monk Thurman y le dio sus instrucciones finales.

-Es usted un hombre útil, Monk -dijo-. Liquidará usted a ese hombre que llaman La Sombra. Lo liquidará usted pronto. ¿Comprende?

-Sí.

-Bien; váyase. Téngame al corriente de lo que ocurra.

Cuando se hubo marchado Monk Thurman, Nick Savoli se volvió a su lugarteniente.

-Asegúrate de que el teléfono no tenga ninguna derivación. Que Genara y Anelmo empleen el establecimiento de Marmosa como cuartel general y que no dejen de buscar a La Sombra.

»Monk nos ha dicho que La Sombra tiene sus agentes. Quizá nos sea posible dar con uno de ellos. Si es así...

Mike Borrango asintió con la cabeza. Comprendió que aquello era una nueva tarea de la que se tenía que encargar. La formación de los distritos nuevos era un trabajo enorme en sí.

Sin embargo, sabía que Nick Savoli no estaría satisfecho hasta que hubiese muerto La Sombra.

-Pondré a Cronin sobre aviso -contestó-. El ha tenido varios encuentros con La Sombra ya. Tal vez pueda ver a alguien que le dé una pista.

»Haré que se quede en casa de Marmosa también. No servirá como escolta tuya; pero será de gran valor en este nuevo trabajo.

El lugarteniente rió. Aún conservaba un recuerdo desagradable del hombre vestido de negro. Pero aquel día, en el piso seguro de Nick Savoli, La Sombra parecía débil e impotente.

Borrango estaba pensando en los peligrosos gángsters que habían caído por haberse rebelado contra el jefe supremo. Habían sido hombres que tiraban a matar, no máscaras que llevaran capa negra y el semblante tapado.

CAPÍTULO XVII
VINCENT RECIBE UN MENSAJE

Los acontecimientos se habían movido muy despacio en el establecimiento de Frank Marmosa, desde la emocionante noche en que Monk Thurman se había presentado allá.

Harry Vincent estaba acostumbrado ya a la rutina de la sala de juego y cumplía sus deberes con una precisión que había merecido las alabanzas de Frank Marmosa.

Sin embargo, hasta entonces no había podido adivinar cuál sería el objeto de su trabajo. Sabía que había sido instalado allí por obra de La Sombra; pero aún no había recibido de su misterioso jefe instrucciones de ningún género.

En tiempos pasados, Harry había contado con Claudio Arma para establecer contacto con el jefe. Poco sabía de la organización de La Sombra, más allá del agente de seguros. Comprendía que, dadas las circunstancias, tendría que recibir órdenes directamente de La Sombra o por mediación de otro agente.

Hasta aquel momento, Harry nada sabía de lo que pudiera haberse hecho.

No había llegado a sus oídos lo ocurrido en el coche la noche en que los pistoleros fracasaron en su intentona de asesinar a Morris Clarendon.

No tenía la menor idea de que, sin ir más lejos, La Sombra se había encontrado cara a cara con Savoli la noche anterior.

Puesto que vivía en el hotel Goliat, se había enterado del banquete de paz; pero no se había hablado en el edificio de la hora en que se celebrara.

Leyó los diarios con avidez y halló que las noticias eran muy pocas y las suposiciones muchas. A la mañana siguiente se había despedido.

Lo hizo, no porque fuera aquél un lugar concurrido por los gángsters, sino porque había hallado alojamiento más apropiado en un hotel más pequeño próximo al café de Marmosa. Harry no había podido notificar a La Sombra que se hallaba en el hotel Goliat, conque no parecía existir motivo alguno para que no cambiara de alojamiento.

Sólo había una cosa que le disgustaba a Harry Vincent: la continua presencia de Steve Cronin. Este estaba estacionado, generalmente, en el interior de la sala de juego y, por consiguiente, Harry rara vez entraba en contacto con él.

Esquivaba a Cronin todo lo que le era posible. Habían tenido un encuentro en otra ocasión -parecía hacer la mar de tiempo ya- y existía el peligro de que Steve Cronin lo reconociera.

Por lo tanto, para Harry, Steve Cronin era una amenaza mucho mayor que John Genara y Tony Anelmo.

Los gemelos homicidas no tenían la menor idea de la identidad de Harry, le consideraban, simplemente, como un empleado de Marmosa.

Aquella noche, cuando se hallaba sentado a la mesa del balconcillo, Harry vio entrar a Steve Cronin. Era el deber de Cronin ocupar la mesa en que se hallaba Harry, conque éste se levantó tranquilamente y se fue antes de que llegara el pistolero.

Entró en la sala de juego, donde Genara y Anelmo se hallaban presentes ya.

Allí el dependiente del mostrador le hizo una seña para que se acercara.

Harry cogió el sobre. Comprendió entonces que había cometido un error. Se había olvidado de dejar sus señas en el hotel Goliat para que le enviaran la correspondencia.

El conserje sabía que estaba empleado en el café Marmosa. De ahí que estuviera allí la carta, una carta que, evidentemente, había sido entregada a mano. Afortunadamente no había sido abierta.

Harry la tomó y se la metió, despreocupadamente, en el bolsillo.

Halló ocasión de salir de la sala de juego y se acercó al balconcillo. Steve Cronin había abandonado, temporalmente, su puesto.

Abrió el sobre y retiró la carta. Estaba escrita en una clave sencilla que consistía en unas simples sustituciones de letras. Leyó la carta sin dificultad.

«Vigile a Genara y a Anelmo -decía la nota-. Deme cuenta de cualquier paso que den.»

No había firma alguna; sólo un número de teléfono que Harry se aprendió de memoria inmediatamente.

La carta emanaba de La Sombra o de algún agente del misterioso personaje.

Mientras Harry, sentado a una mesa, procuraba aprenderse de memoria el número de teléfono, dirigió otra mirada al mensaje.

La escritura había desaparecido por completo. Ya no tenía más que una hoja en blanco en la mano. Así ocurría siempre con los mensajes que emanaban de La Sombra. Desaparecían por completo después de haber sido leídos, gracias al empleo de una tinta secreta especial. Harry regresó a la sala.

Antes de llegar a la puerta„ arrugó el papel y lo tiró en un rincón. No existía el menor peligro de que pudiese leerlo nadie.

Conservó el sobre en el bolsillo, con la intención de romperlo más tarde. Sin embargo, nada significaba, puesto que no llevaba más que su nombre.

Pero, al cerrarse el entrepaño corredizo tras Harry Vincent, se alzó la figura de un hombre de un sitio oscuro del balconcillo: era Steve Cronin.

Había visto a Harry leer la carta. Tenía vivos deseos de conocer el contenido. Recogió el papel arrugado y lo estudió atentamente. Cuando vio que estaba en blanco, frunció el entrecejo.

Encendió una cerilla y la pasó por debajo del papel, porque sospechaba que se habría empleado una tinta invisible y que el calor podría hacer resaltar la escritura. Pero nada consiguió. EL gángster volvió a su mesa y se puso a estudiar el papel en blanco. De pronto el intrigado pistolero pareció comprender. Exhaló una aguda exclamación. El papel nada revelaba; pero ese mismo hecho le proporcionaba una pista.

Steve Cronin había sospechado que Harry Vincent no era un simple vigilante de la sala de juego. Ahora estaba seguro de ello. Había visto a Harry leer el mensaje; el hecho no podía ser más expresivo.

-No es un pistolero corriente -observó, para sí-, ni lo es tampoco el individuo que mandó esta carta. ¿A quién se le ocurriría escribir algo que desapareciera rápido, como esto? Yo sé a quién se le ocurriría: ¡a La Sombra!

Emitió un silbido de sorpresa y miró hacia la entrada de la sala de juego.

Hasta aquel momento, Steve Cronin no había sospechado que pudiera existir relación alguna entre Harry Vincent y La Sombra.

Recordó entonces, sin embargo, que la vez anterior que se había encontrado con aquel hombre, había sido poco antes de encontrarse con La Sombra.

-Recuerdo haberme encontrado con este individuo -murmuró Cronin a media voz-, recuerdo haberme encontrado con La Sombra. ¡A lo mejor están trabajando juntos! Si lo están... Bueno, bien vale la pena de correr el riesgo. ¡Hay que vigilar a este hombre y tal vez se presente La Sombra!

Entró en la cabina telefónica que había en el balconcillo y llamó a Mike Borrango. Le dijo, inmediatamente, al lugarteniente de Savoli lo que sospechaba y lo que tenía intención de hacer. Borrango expresó su aprobación.

Steve regresó a la mesa y aguardó allí un rato. Vio a Genara y Anelmo salir de la sala.

Apenas hubieron salido del restaurante los gemelos homicidas, Harry Vincent apareció. Pasó por delante de Cronin sin decir una palabra y el pistolero fingió indiferencia. Por el rabillo del ojo vio que Harry entraba en la cabina y llamaba por teléfono.

Cuando el joven hubo regresado a la sala, Steve hizo uso de la cabina.

Volvió a llamar a Borrango.

-Es Cronin otra vez -dijo, cuando oyó la voz del otro.

-¿Qué pasa, Steve?

-El individuo ese, llamado Vincent, acaba de hacer una llamada telefónica.

-¿A quién ha llamado?

-No lo sé.

-¿Acerca de qué?

-No lo sé.

-¿Qué es lo que sabes, pues? -inquirió Borrango impaciente-. ¿A qué llamarme si no sabes nada?

Steve comprendió que tenía que decirle a Borrango algo de importancia y, al buscar rápidamente una teoría, dio con una plausible.

-Vincent salió poco después de marcharse Genara y Anelmo -dijo-. Los estaba vigilando. Yo creo que avisó por teléfono a alguien que se habían marchado.

-¿Qué crees tú que significa eso?

-Tal vez La Sombra está vigilando a Genara y Anelmo.

-Si lo está...

Borrango se interrumpió bruscamente. Luego volvió a hablar, dando instrucciones concretas.

-Tú vigila a ese Harry Vincent, Steve -dijo.

Después de su conversación con Steve Cronin, Mike Borrango le contó a Nick Savoli lo que había averiguado. El jefe escuchó cuidadosamente. Pesó las palabras de su interlocutor; luego le miró como preguntándole qué pensaba hacer. Savoli era así. Le dejaba hablar a Mike Borrango y luego decía él.

-Cronin puede estar equivocado en eso -dijo Borrango-; pero yo creo que ha hecho un descubrimiento. Voy a telefonearle a Marmosa y averiguar todo lo que él sepa.

Después de una conversación telefónica con Marmosa, Mike Borrango estaba entusiasmado. Colgó el auricular y se volvió a su jefe.

-Vincent es de Nueva York -anunció-. Marmosa, lo conoció por mediación de un tal Barutti, dueño de un restaurante italiano allí.

»Vincent llegó a esta ciudad poco antes de que empezara todo esto. No es un gángster. Es, precisamente, la clase de hombre que emplearía La Sombra.

Nick Savoli afirmó con la cabeza. -Quizás -insinuó Borrango-, sea él La Sombra. La Sombra ha de alojarse en alguna parte...

-Eso podemos comprobarlo sin dificultad -contestó Savoli-. Marmosa puede decirnos dónde ha estado Vincent durante las últimas noches. Pero yo no creo que sea él La Sombra.

-Parece estar vigilando a Genara y Anelmo.

-Sí; está vigilándolos por cuenta de La Sombra. Es tan abierto en sus métodos que nada puede sospechar. Bien; nos encargaremos de él mañana por la noche -aseguró Savoli.

-¿Quiere decir que...?

-Que Genara y Anelmo le hagan prisionero.

-Les hablaré mañana. Pero... ¿y Monk Thurman?

Savoli movió, negativamente, la cabeza.

-Que trabaje él a su manera -contestó-. No trabajaría bien con Genara y Anelmo. Si Monk viene aquí, tenlo preparado. He ahí todo.

-¿Y Steve Cronin?

-No le metas a él en el asunto. Ya ha hecho su parte. Diles a nuestros sicilianos que hagan las cosas bien. Arréglalo con Marmosa para que Vincent no desconfíe.

-De acuerdo.

-Pero no olvides una cosa -prosiguió el jefe supremo-. Genara y Anelmo no deben obrar demasiado aprisa. Que llamen aquí por teléfono en cuanto hayan capturado a su hombre.

-Comprendido -respondió Borrango.

Esto acabó la discusión. Después de haberse marchado su lugarteniente, Nick Savoli rió, sombríamente. Se sacó el cigarro puro de la boca y lo tiró por la entreabierta ventana.

-Mañana por la noche -murmuró, con satisfacción-. Mañana por la noche daremos el golpe.

EL jefe supremo parecía seguro de que sus secuaces serían capaces de dirigir un poderoso golpe contra el misterioso personaje que se llamaba a sí mismo La Sombra.

CAPÍTULO XVIII
SAVOLI OBRA

La noche siguiente Harry Vincent estaba más alerta que de costumbre al entrar en el establecimiento de Marmosa. Se daba cuenta de que las cosas iban acercándose a una culminación. Tenía ya asignado su trabajo. Había de vigilar a los gemelos homicidas. Esa infame pareja, que estaba a sueldo de Nick Savoli, valía por cien pistoleros corrientes en la opinión del jefe supremo.

Genara y Anelmo llegaron como de costumbre, ocuparon su puesto en el rincón, pareciendo completamente indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor.

Había pocos jugadores aquella noche: nada más que los habituales. Sin embargo, un hombre llamó la atención de Harry.

Era sombrío, de cabello cano, bien vestido; pero parecía estar fuera de su elemento... Ello no obstante, nada de conspicuo tenía, a menos que fuera la atención con que seguía el paso de la bola blanca que corría alrededor de la ruleta. Harry observó que él desconocía perdía invariablemente.

De vez en cuando el hombre abandonaba la mesa. Daba un paseo por la sala como para cambiar su suerte. Sin embargo, se detenía cerca del rincón en que se hallaban Genara y Anelmo.

Los gemelos homicidas hablaban entre sí en italiano y en voz baja.

Evidentemente, no encontraron nada de particular en que el desconocido se aproximase ocasionalmente, porque continuaron su conversación. EL hombre de cabello blanco era, al parecer, norteamericano. Lo más probable era, por lo tanto, que no entendiese el italiano.

Harry, pensativo, vio al desconocido dirigirse nuevamente a luchar con la ruleta. De pronto fueron interrumpidas sus reflexiones. Los gemelos homicidas se dirigían a la puerta.

Aguardó, discretamente, unos instantes y luego les siguió. En el balconcillo los vio hablando,, animadamente, con Steve Cronin.

AL aproximarse Harry al trío, Anelmo y Genara se despidieron con un movimiento de cabeza y se dirigieron hacia la puerta de la calle.

-¿Dónde está el señor Marmosa? -le preguntó Harry a Cronin.

-En el despacho no está, porque acabo de salir yo de allí. ¿Por qué le necesita? ¿Qué ocurre?

-Nada de particular. Sólo quería hacer unas preguntas de un jugador nuevo. Supongo que será de confianza, pero quiero asegurarme.

Aquello, naturalmente, no era más que un pretexto. Lo que Harry quería en realidad era vigilar a los sicilianos y avisar a La Sombra desde un teléfono exterior. Le daba el corazón que ya no era prudente hacer uso del aparato del establecimiento.

-Quédese aquí, pues -propuso Cronin-, tal vez pueda encontrarle yo.

Unos minutos más tarde, Cronin regresó con el propietario.

-¿Qué ocurre, Vincent? -preguntó Marmosa.

Cronin se metió en la sala de juego.

-Quería hacer una comprobación -contestó Harry-. Hay un individuo de cabello gris ahí dentro. No estoy muy seguro de él. Me parece haberle visto en otra ocasión...

-¿El individuo que hace unas cuantas jugadas, abandona y se pone a hacer ejercicio antes de volver a empezar?

Harry asintió, riendo.

-Es de confianza -aseguró Marmosa-. He estado ya un par de veces más. Colliver, el agente de publicidad, lo presentó. No se preocupe de él.

Harry fingió alivio.

-Bueno, pues si es de confianza, no hay nada más que hablar -dijo-. En tal caso, supongo que podré salir unos instantes. Quería cambiar de cuarto en el hotel. ¿Hay inconveniente?

-Ninguno, Vincent. Pero pase al despacho primero. Puede usted hacer un favor ya que va a salir.

El propietario del establecimiento se dirigió al despacho y sacó un sobre del cajón de la mesa.

-Lleve esto a la tienda del limpiabotas que hay al otro extremo de la callejuela -dijo-. La primera callejuela que se encuentra calle abajo. A mediados de la primera manzana de la derecha. Asegúrese de que se lo entrega al dueño. Pregunte por Angelo.

Harry cogió el sobre, se lo metió en el bolsillo y salió. Entregaría el sobre primero y luego se dirigiría al hotel.

Probablemente se trataría de dinero para sobornar a algún policía. Tenía entendido que Marmosa pagaba a varios policías para que le protegieran.

El limpiabotas no fue difícil de encontrar. Era el único lugar iluminado en toda la oscura y siniestra callejuela. Aún es más: estaba más brillantemente iluminada de lo corriente para un salón de limpiabotas.

Un hombre moreno y rechoncho se acercó a la puerta y dijo llamarse Angelo. Sus ojos penetrantes escudriñaron las facciones de Harry.

Presa de una extraña inquietud, Harry entregó el sobre y se marchó apresuradamente.

Antes de que hubiese dado una docena de pasos, surgieron dos hombres, bruscamente, de la oscuridad. Harry estaba a punto de dar un grito, pero sintió que el cañón de una pistola se le clavaba en el costado.

-¡Siga andando!

La orden le fue dada en voz áspera, con acento italiano.

Harry se estremeció. Las dos palabras habían bastado para que reconociera la voz de John Genara.

Por el otro lado de Harry se había acercado otro hombre. Sería Anelmo.

¡Harry Vincent se hallaba bajo la custodia de los gemelos homicidas!

Decidió que, de momento, no podía hacer más que obedecer a los pistoleros.

Andando rápidamente, el cautivo y sus guardianes llegaron al extremo de la callejuela.

Había unos cuantos transeúntes en la de enfrente; pero Harry no tenía las suficientes ganas de morir para dar un grito. No tenía mas remedio que obedecer las instrucciones de Genara y Anelmo.

Un sedán grande aguardaba junto al bordillo, con el motor en marcha. A Harry lo subieron de un empujón.

Anelmo se sentó al lado del prisionero y cogió el volante. Genara se sentó, pistola en mano.

Mientras circulaban por concurridas calles, Harry Vincent sufrió la angustia mental conocida de muchos gángsters. Le llevaban a darle el paseo del que no volvería a regresar.

Comprendía ya por qué habían sido otros hombres mandados a la muerte sin dar el menor grito de alarma. La pistola que le apuntaba por detrás aseguraba el silencio.

Mientras se hallaron en marcha, aún quedaba una esperanza de salvarse. Un movimiento en falso bastaría para acabar, instantáneamente, con todas las esperanzas.

No cabía la menor duda de que, de una forma u otra, se había descubierto que tenía relaciones con La Sombra. Sin embargo, parecía increíble que los gemelos homicidas obraran sin haber consultado a Frank Marmosa.

Al pensar así, Harry no se daba cuenta de su verdadera situación. Si hubiese visto a Marmosa en aquel momento, lo hubiera comprendido todo.

El propietario de la sala de juego se había hecho cargo de las obligaciones de Harry Vincent. ÉL, en persona vigilaba a los clientes del establecimiento.

Steve Cronin se hallaba dentro de la sala, ocupando el lugar de los gemelos homicidas.

Marmosa no le había dicho a Harry que el recado del salón de limpiabotas era una estratagema para hacerle caer en una trampa.

Y Frank Marmosa se había olvidado ya de Harry Vincent. En Chicago, era conveniente, con frecuencia, olvidarse de la gente. La única esperanza que tenía Harry -la de que a Marmosa extrañara su ausencia- era vana.

Porque, mientras él pensaba en eso, Frank Marmosa sonreía, al acompañar a uno de sus clientes hacia la puerta. Era el hombre de cabello gris que tanto había perdido.

El sedán llegó a un distrito pobre. Harry no tenía la menor idea de dónde se encontraban. Conocía Chicago a medias y estaba desorientado por completo.

Anelmo condujo al sedán por una bocacalle y se paró delante de un edificio oscuro. Genara se apeó.

Unos momentos después, obligó a su prisionero a apearse y le hizo entrar por la puerta de una valla desvencijada.

Anelmo sacó una llave y abrió una puerta, obligando al joven a bajar una escalera. Se abrió otra puerta y en silencio encendió la luz eléctrica.

Harry miró a su alrededor. Se encontró en una celda pequeña, de paredes de piedra, escondida debajo de la casa. Se dio cuenta de que, en cuanto cerraran la puerta, no podría oírse fuera el menor ruido.

Era un lugar bien escogido para cometer un asesinato. Allí, encerrado, el mundo no se enteraría de que se había cometido un crimen.

Harry se estremeció al mirar la pistola que llevaba Genara en la mano. Se preguntó por qué no le mataría el siciliano de una vez y pondría fin a su agonía mental.

De pronto empezó a comprender. Cuando los gángsters daban el paseo a sus víctimas, dejaban el cadáver en el coche o lo tiraban al centro de la carretera.

Sin embargo, a él se le había conducido a aquel lugar solitario. ¿Por qué?

¡Porque los que le apresaron necesitarían información!

Empezó a pensar en posibles suplicios y sus temores se confirmaron casi inmediatamente.

Había una silla pesada en un rincón. Anelmo le empujó hacia ella. Luego cogió una cuerda y le ató los brazos a la espalda. Metió una barra de hierro por las ligaduras. Harry comprendió lo que iba a ocurrir.

Empezó el primer acto del suplicio. Mientras Genara le apuntaba con un revólver, Anelmo retorció la barra. Harry experimentó una punzada de dolor en la espalda.

-¡Alto! -gritó.

El siciliano interrumpió la tortura. Harry miró al que se hallaba delante de él. John Genara ni habló ni sonrió.

Parecía estar aguardando a que hablara el joven. Cuando éste no lo hizo, Tony Anelmo pareció recibir una señal de su compañero. La barra de hierro dio otra vuelta.

El dolor era agudísimo. Harry soltó una exclamación. Aquellos hombres eran inquisidores; unos inquisidores sombríos y terribles. Daban por sentado que Harry comprendía lo que querían saber. Lo dejaban a cargo suyo. Hasta que hablara, la tortura no cesaría.

Las primeras palabras que pronunciara su víctima serían el punto de partida.

Constituirían una confesión de que podría darles la información que deseaban.

-¿Por qué están ustedes haciendo esto? -preguntó Harry.

La barra siguió torciéndose, lentamente.

-¿Qué quieren saber?

El dolor se hizo insoportable.

-¡Paren! ¡Se lo diré!

Las palabras se escaparon de los labios del joven casi involuntariamente.

Evidentemente Anelmo se dio cuenta de que habían ganado un punto. No torció más la barra. Sin embargo, Harry comprendió que debía hablar si no quería que la tortura empezase de nuevo.

-Díganme lo que quieren saber -dijo.

-La Sombra -inquirió Genara-, ¿quién es La Sombra?

-No lo sé.

De nuevo se torció la barra de hierro. Los labios del muchacho se estremecieron e inclinó la cabeza, agobiado de dolor.

-No lo sé -repitió-. Lo diría si lo supiese. Le he visto. He trabajado a sus órdenes- sus palabras se hicieron lentas y dolorosas bajo la terrible tensión-, ¡pero... no..., sé, quién... es!

Anelmo interrumpió la tortura. Harry tenía la barbilla contra el pecho. La terrible presión aplicada le había sacado aquellas palabras.

Un hombre decía siempre la verdad cuando se le sometía a aquella tortura.

Genara y Anelmo lo habían comprobado en más de una ocasión. De modo que no dudaron que Harry Vincent decía cuanto sabía.

-¿Dónde está La Sombra? -exigió Genara.

-Aquí, en Chicago -confesó Harry.

-¿Dónde en Chicago?

-No lo sé.

Anelmo estaba dispuesto a dar otra vuelta a la barra; pero Genara le contuvo con un gesto rápido. Vio una oportunidad para hacer otra pregunta. Se inclinó hacia delante y habló con aspereza, cerca del oído de Vincent.

-¿Le telefoneó usted anoche?

-No.

-¿A quién telefoneó usted anoche?

-Llamé al... hotel... porque quería... cambiar... de cuarto.

Era la misma excusa que le había dado a Frank Marmosa; pero aquella vez no le valió.

Empezó la tortura de nuevo y, mientras Anelmo manejaba la barra de hierro que le descoyuntaba a Harry los brazos, Genara seguía inclinado hacia delante, preparado para recoger la menor palabra que fuera pronunciada.

Harry estaba abrumado de dolor. Empezó a perder el sentido. Esto resultó ser su salvación temporal. Genara le habló a Anelmo en italiano.

-Para -dijo-; se está desmayando. No creo que podamos obligarle a decírnoslo.

-Entonces... ¿le matamos?

-No. Hasta que le haya telefoneado a Borrango.

Genara salió del cuarto por la misma puerta que empleara para entrar. Pero en lugar de dirigirse a la puerta exterior, subió otra escalera y entró en un cuarto del primer piso de la casa.

Había un teléfono en el oscuro cuarto, y nunca había sido desconectado.

Genara descolgó el auricular y marcó un número a la luz de una minúscula lámpara de bolsillo.

Oyó la llamada al otro extremo. Luego llegó a sus oídos la voz de Mike Borrango.

Genara habló en italiano y contó lo ocurrido en breves palabras. Cuando hubo acabado, Borrango le dijo que aguardase unos instantes para recibir instrucciones.

CAPÍTULO XIX
MONK THURMAN PROPONE

Mike Borrango tenía sus motivos para decirle a Genara que aguardara unos instantes. Quería repetirle el relato a Nick Savoli.

Sabía perfectamente dónde habían llevado los gemelos homicidas a Harry Vincent y estaba seguro de que nadie les molestaría. Había ordenado a los dos hombres que echaran los cerrojos a la puerta.

Si alguien intentase forzar la entrada, tendrían tiempo de matar a su víctima antes de que nadie pudiera salvarlo.

No obstante, empleó el menor número de palabras posibles para contarle al jefe supremo lo acaecido. Cuando hubo hecho un breve resumen de todo, aguardó el comentario de Savoli. No tardó éste en hacerlo.

-¿No han averiguado dónde está La Sombra? -inquirió.

-No.

-Diles que lo torturen un poco más.

-Han acabado ya con su resistencia.

-Entonces, que lo maten. O si no... aguarda. -Savoli dio esta última orden cuando Borrango estaba a punto de ordenar que se cometiera el asesinato-. A lo mejor hay algún medio de hacerle hablar.

Se encendió una luz en el teléfono interior. Nick Savoli lo observó.

Descolgó el auricular y habló con el portero.

-¿Cómo? -exclamó-. Que pase inmediatamente. Aquí, a mi despacho.

Miró con perspicacia a su lugarteniente y una sonrisa revoloteó por sus labios.

-Es Monk -dijo tranquilamente-; es el hombre, a quien necesitamos ver.

Borrango le habló en italiano a Genara. Le dijo que tuviese paciencia.

Apenas hubo acabado de pronunciar dichas palabras, cuando entró Monk Thurman en el cuarto.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó.

-Hemos capturado a un hombre que trabaja a las órdenes de La Sombra -explicó Borrango-. Estamos intentando hacerle confesar.

-¿Dónde está? -inquirió Monk, mirando de un lado a otro de la estancia.

-Aguardan instrucciones mías,

-¿Quién es?

-Se llama Harry Vincent -dijo Borrango.

Monk Thurman se encogió de hombros. Al parecer, aquel nombre no le decía nada.

-¿Qué les ha dicho a ustedes?

-Nada -repuso Savoli-. Ahí está lo malo. El suplicio no ha dado resultado. El hombre ha llegado al límite de su resistencia.

El gángster se dejó caer en una silla. La situación parecía tenerle completamente sin cuidado. Nick Savoli se impacientó.

-¿Qué hacemos de él? -inquirió-. ¿Qué propone usted?

-Eso es difícil de decir -contestó Monk-. No he visto a este hombre. Yo creo que Anelmo y Genara podrían hacerle hablar.

-No lo consiguen -afirmó Savoli.

-Les diré que vuelvan a intentarlo -dijo el lugarteniente-. Si fracasan, que lo liquiden. Eso tendremos adelantado, por lo menos.

-Conforme -dijo Savoli.

Borrango se volvió al teléfono. Estaba a punto de dar la orden para que los gemelos homicidas saldaran la cuenta que tenían pendiente con Harry Vincent. Pero una brusca palabra le contuvo.

-¡Aguarde!

La exclamación partía de Monk Thurman.

Savoli y Borrango le miraron. Monk estaba inclinado hacia delante en su asiento, con la mirada clavada en el vacío, como si viera, mentalmente, la situación.

-No deben ustedes matar a ese hombre -declaró-. No le maten... hasta que haya dicho todo lo que sepa. Sería un gran error hacer lo contrario.

-El hombre ese se niega a hablar -respondió Borrango, con impaciencia.

-Es preciso hacerle hablar -insistió Monk-. Genara y Anelmo no saben cómo hacerle hablar. Yo podría soltarle la lengua.

-¿Cómo? -inquirió Borrango.

-Tengo mis métodos. Es más, yo sé algo de La Sombra. Puedo hacerle a ese hombre preguntas que le vayan sonsacando. Díganme adónde está. Iré allí...

-No.

Fue Nick quien contestó. Lo hizo con énfasis. Miró a Monk Thurman como quien mira al que se ha atrevido a alzar la vista demasiado alto. Bajo aquella enérgica mirada, más de un gángster se había estremecido.

-Ese hombre ha sido capturado por Genara y Anelmo. Ellos se encargarán del asunto hasta el final. Si no quiere confesar, le darán el paseo.

-No es trabajo mío, ¿eh? -observó Monk Thurman, con voz fría.

-No es trabajo de usted.

El tono de Savoli no admitía réplica.

-¿Cuál es mi trabajo?

-Liquidar a La Sombra.

El neoyorquino no contestó. Savoli se volvió, tranquilamente, hacia Borrango.

-Ordénales que sigan adelante -dijo.

Al disponerse Borrango a obedecer, Monk Thurman alargó el brazo y le arrancó el teléfono de la mano. El lugarteniente saltó hacia él, dando un grito de rabia; luego se paró en seco, al ver la determinación que se reflejaba en el rostro de Thurman.

-Antes de que dé la orden -anunció Monk Thurman, con tranquilidad-, he de decirle una cosa. Dice usted que mi trabajo es liquidar a La Sombra. ¡En el instante mismo en que Genara y Anelmo maten al hombre que han capturado, le planto a usted en seco!

Hizo una ligera reverencia y le devolvió el teléfono a Mike Borrango.

-Usted perdonará mi brusquedad -dijo-. Supuse que querían ustedes conocer mi decisión antes de que fuese demasiado tarde.

-¿Les digo que sigan adelante? -inquirió Borrango, con ira e impaciencia.

Su pregunta iba dirigida a Nick Savoli.

-No -el jefe estaba mirando a Monk Thurman-; aguarda a que comprenda yo a qué viene todo esto.

Borrango habló por teléfono. Le aconsejó a Genara que tuviese paciencia.

Entretanto, Savoli miraba, torvamente, al gángster.

-Si les digo que sigan adelante -preguntó-, ¿qué hará usted?

-Marcharme de Chicago.

-¿Por qué?

-Porque comprendo a La Sombra y comprendo sus métodos. El hombre que han capturado ustedes es el único eslabón que nos une a La Sombra. Una vez que haya muerto el hombre, no se nos presentará una segunda oportunidad.

Savoli afirmó, pensativamente, con la cabeza.

-Tiene usted razón -asintió-. Hemos de averiguar lo que sabe ese hombre. ¿Puede usted averiguarlo?

-Sí.

El tono de Monk Thurman expresaba convicción absoluta.

Savoli se volvió a su lugarteniente.

-Diles a Anelmo y a Genara que aguarden -dijo-. Diles que Monk Thurman irá allá. Ordénales que le abran la puerta en cuanto dé el santo y seña. Él asumirá el mando. Que se pongan a sus órdenes.

Borrango repitió, rápidamente, las nuevas instrucciones. Monk se arrellanó, plácidamente, en su asiento. Había presentado su ultimátum y el jefe supremo lo había atendido.

Savoli no dio nuestras de antagonismo alguno por el acto del gángster. En lugar de eso parecía convencido de que el plan de Monk tenia bastante mérito. Ello no obstante, inició la crítica en cuando Borrango hubo colgado el auricular.

-¿Y si el hombre no hablase? -preguntó.

-Hablará -respondió Monk.

-Eso lo cree usted. Pero si no logra hacerle hablar...

-No debemos matar al prisionero.

-¿Por qué? -la voz de Savoli expresaba sorpresa.

-Estando vivo, el hombre ese puede hacernos muy buen servicio. La Sombra a lo mejor se entera de que le tenemos prisionero. Intentará salvarle. Y entonces se delatará...

El gángster no completó la frase. Nick Savoli se puso en pie, con una expresión de triunfo en el semblante.

-¡Tiene usted muchísima razón, Monk! -exclamó-. ¿Qué te decía yo, Mike? ¡Este Monk vale! ¡Es inteligente! ¡Tiene razón! ¿Por qué no dijo usted eso antes, Monk?

Savoli rompió a hablar en italiano y a señalarle a Borrango las ventajas de aquel plan. El lugarteniente sonrió y movió, afirmativamente, la cabeza. Se había desvanecido todo su resentimiento.

-Estaba a punto de decirlo -contestó Monk-; pero no tuve ocasión. Tenía que impedir primero que le dieran ustedes el paseo a ese hombre, ¿no? Bueno; me voy para allá. Si puedo hacerle hablar, tendrán ustedes noticias mías en seguida. Si no lo consigo... bueno, ya hablaremos de eso después. ¿Dónde he de ir, Mike?

Borrango anotó una serie de direcciones en un sobre y se lo entregó al neoyorquino. Éste leyó, cuidadosamente, lo que decía„ y movió, afirmativamente, la cabeza.

-Tengo un coche a la puerta -dijo-. Estaré allí dentro de veinte minutos. ¿Qué señal hay que hacer?

-Un golpe seco; luego dos golpes largos. Cuando oiga usted dos golpes secos, dé dos largos. Le abrirán la puerta en cuanto oigan eso.

-Conforme.

Monk repitió las instrucciones como para asegurarse de que las había entendido bien. Luego se puso en pie y salió.

-Monk es un hombre muy inteligente -afirmó Savoli.

-Se le ha ocurrido una idea magnífica -contestó Borrango, entusiasmado-. Tal vez no pueda hacerle hablar a Vincent pero su plan de conservarle vivo es un buen plan. Es muy listo. Mucho...

-Sí, pero... -la voz del jefe era expresiva-, más vale que lo consiga..., por su propio bien. Para él, eso representa diez mil dólares. Diez billetes grandes; pero si fracasa... ¿Si fracasa? Si fracasa -repitió Savoli-, Larrigan será feliz.

CAPÍTULO XX
LA SOMBRA VUELVE A OBRAR

Cuando John Genera regresó al cuarto en que Tony Anelmo montaba guardia sobre Harry Vincent, el prisionero había recobrado, por completo, el conocimiento. La llegada de su segundo verdugo le hizo presentir una nueva serie de tormentos.

Pero Genara tenía algo de que hablar antes de dar principio a dicho trabajo.

Le habló a Anelmo en italiano y el otro le contestó con preguntas de sorpresa.

Un nombre entró en su conversación: el de Monk Thurman, que fue repetido varias veces.

¿Sería posible que fuera a presentarse allí Monk Thurman para ayudar a los dos sicilianos?

Sin embargo los gemelos homicidas aún no tenían ganas de abandonar sus esfuerzos. Habiendo acabado su larga conversación, concentraron su atención en Harry.

Anelmo empezó a dar vueltas a la barra de hierro y Harry volvió a experimentar la extrema tortura que le había encorvado anteriormente.

El joven soltó un grito a pesar suyo. Genara habló rápidamente. Anelmo torció la barra otra vez de la misma manera y obtuvo idéntico resultado.

Harry no pudo aguantar más. Estaba a punto de abandonar todo esfuerzo para ocultar el número del teléfono secreto de La Sombra, cuando vio que Genara alzaba la mano, como dando un aviso. El siciliano estaba escuchando.

Reinó un silencio profundo, en el cuarto. Genara abrió la puerta y salió al oscuro pasillo.

Harry pudo oír entonces el ruido que le había llamado la atención: un golpe seco, seguido de dos prolongados. Apenas le era posible vera Genara en la oscuridad. EL siciliano respondió con dos golpes. Sonaron dos golpes más lentos, fuera.

Genara descorrió los cerrojos que sujetaban la pesada puerta. Luego dio la vuelta a la llave. La puerta se abrió hacia afuera; pero nadie entró. Por lo menos, ni Harry Vincent ni Tony Anelmo vieron entrar a nadie.

Miraron a John Genara. El siciliano parecía estar retrocediendo. Llegó al cuarto. Tenía las manos alzadas por encima de la cabeza.

De pronto Harry Vincent soltó una exclamación de alegría. Al volverse Genaro de lado, obedeciendo a una orden inaudible apareció otra figura ante sus ojos, la figura en negro, de... ¡La Sombra!

El hombre siniestro de las tinieblas llevaba dos pistolas. Una de ellas le tocaba a Genara en las costillas; la otra apuntaba a Anelmo, que se hallaba al lado de la silla ocupada por Harry y, al emitir La Sombra una orden sibilante, el segundo siciliano puso, también, las manos en alto.

La Sombra rió suavemente. El sibilante sonido llenó el cuarto y en las paredes de piedra reverberó su risa.

Al desvanecerse la sobrenatural risa, La Sombra habló, y sus palabras sonaron ominosas.

-Contra la pared -ordenó.

La pistola se movió en su mano. Anelmo se pegó a la pared y Genara siguió su ejemplo. La Sombra se guardó una pistola bajo la capa.

Apuntando aún a los sicilianos con la otra, alargó la mano libre y, con un movimiento rápido, sacó la barra de hierro metida en la cuerda, retorcida, que le sujetaba a Harry los brazos. Luego sacó un cuchillo y le cortó las ligaduras.

Harry se levantó, libre; pero la debilidad le venció. Empezó a caer. La mano de La Sombra le alzó antes de que tocase el suelo.

Se dejó caer en la silla y se quedó examine.

Cuando recobró el conocimiento, quedó asombrado de lo que vio. Genara y Anelmo estaban sentados contra la pared, atados.

No pudo comprender cómo había logrado La Sombra sujetarlos. Supuso que habría ordenado a uno de los gemelos homicidas que atase a su compañero.

La Sombra había empezado a hablar.

-Esta es la segunda vez que nos encontramos -dijo-. ¡Andad con cuidado!

La voz siniestra hizo que Harry se estremeciera, a pesar de que La Sombra era su amigo.

-Estabais esperando a otro hombre. Le encontraréis fuera... a menos de que os encuentre él a vosotros primero. EI llamó y vosotros contestasteis. Pero, mientras abríais la puerta, surgí yo de la oscuridad y le reduje a la impotencia.

»Fue enviado por Nick Savoli. Recibiréis órdenes de él. Tal vez os pregunte qué ha sido de vuestro prisionero. Vosotros no lo sabréis. No lo sabréis nunca.

»Os dejo ahora; pero acordaos de una cosa: ¡Conozco vuestro secreto! Sé quién mató a los pistoleros de Larrigan.

»De hoy en una semana Nick Savoli lo sabrá también. ¡Porque yo se lo diré!

La Sombra parecía un espectro acusador. Los dos pistoleros temblaron al escuchar sus palabras.

La Sombra se acercó a la silla en que descansaba Vincent y le alzó la cabeza. Sacó un pomo de la capa y lo acercó a los labios de Harry.

El líquido aquel no se parecía a cosa alguna que hubiese probado el joven hasta entonces. Pareció revivirlo y darle nuevas fuerzas. Andaba casi con firmeza cuando La Sombra le condujo a la puerta.

Subieron la escalera juntos, en la oscuridad. Harry no podía ver a la extraña figura que caminaba a su lado. Sólo la mano que le sujetaba le indicaba que La Sombra seguía con él.

Había un coupé parado junto al bordillo y, detrás, un sedán. La Sombra hizo caso omiso del vehículo pequeño. Ayudó a Harry a subir al pescante del sedán y le dio la llave del mismo, llave que, evidentemente, le había quitado a Anelmo. Luego le metió en la mano una hoja de papel. La hoja estaba doblada.

-Siga usted por esta calle arriba -le dijo La Sombra-, hasta que llegue al bulevar. Luego siga las instrucciones contenidas en ese papel.

Al poner el motor en marcha, Harry dirigió una mirada hacia atrás. La puerta se había cerrado; no se veía ni rastro de La Sombra. El hombre de las tinieblas se había desvanecido en la noche.

Harry Vincent asió el volante y condujo el potente automóvil calle arriba. Se preguntó cuáles serían las instrucciones; más aún, se preguntaba qué misión habría escogido La Sombra.

Allá en el cuarto subterráneo los sicilianos luchaban para desasirse de sus ligaduras. Parecía trabajo perdido. La Sombra les había atado aprisa pero bien. Anelmo casi logró librarse una mano; pero no pudo llegar más allá.

En aquel momento llegó ayuda. Un hombre entró, tambaleándose en el cuarto. Aún estaba medio atado. Tenía el rostro y las manos cubiertas de barro. Empuñaba una pistola y parpadeó al encontrarse en la luz.

Anelmo reconoció a Monk Thurman.

-¿Dónde está? -exigió el pistolero, con áspera voz-. ¿Dónde está?

-¿Quién? -preguntó Anelmo.

-EL hombre a quien habían capturado.

-Se ha ido.

-¡Cómo! ¿Le dejaron marchar?

-Se lo llevó La Sombra.

Monk Thurman exhaló una exclamación de rabia. Se libró de las cuerdas que aún le sujetaban y dirigió una mirada de desprecio a los impotentes sicilianos.

-¿Se dejaron ustedes sorprender por él? ¿Siendo ustedes dos? ¿Aquí a la luz?

-Le sorprendió a usted, ¿no? -replicó Genara.

-Me dio un golpe por la espalda, en la oscuridad. Si hubieran ustedes abierto la puerta más aprisa, hubiese estado a salvo. Pero me dejó sin sentido mientras se entretenían ustedes con los cerrojos.

El gángster sacó un cuchillo del bolsillo. Cortó las cuerdas que sujetaban a los dos hombres y los gemelos homicidas se pusieron en pie.

-Se marchó en mi coche -declaró Monk-. Volvió y me ató cuando empezaba ya a recobrar el conocimiento. No tuve ocasión de luchar con él. Le oí marcharse después de eso.

-Bueno, pues usted es el que lo echó todo a perder -dijo Genara, acusador.

-¿Que yo lo eché todo a perder? Ustedes tienen la culpa. ¿Por qué no le desataban la lengua a ese hombre?

Anelmo se encogió de hombros y Genara le imitó. No tenían nada más que decir.

Sentían contrariedad hacia Monk Thurman; pero comprendían que no sería prudente continuar la discusión. Salieron de la cámara subterránea acompañados del gángster neoyorquino. Cuando llegaron a la calle, Monk exhaló una exclamación de sorpresa:

-¡Conque se llevaron el coche de ustedes! -dijo-. Bueno, pues tendrán que volver conmigo. Es raro que no se llevara los dos. Supongo que inutilizarían a Vincent demasiado para que pudiera conducir. Bueno, vamos.

El trío se dirigió, silencioso, al Lazo. Monk Thurman se metió por una calle que conducía al Escadrille. Se detuvo delante de la residencia de Savoli e hizo un gesto.

-Entren -dijo-; vayan a contarle al jefe todo lo ocurrido.

Genara y Anelmo se apearon.

-¿Y usted qué? -inquirió Genara-. Le mandó él. ¿Va a acompañarnos?

-Díganle que lo veré mañana. Tengo mucho que hacer esta noche. ¡Voy a salir en busca de La Sombra!

-¿Sí? ¿Y si no la encuentra?

-Me presentaré mañana de todas formas. Les estoy proporcionando a ustedes la oportunidad de ser los primeros en dar su versión de lo ocurrido. Yo ya daré la mía más tarde.

Los sicilianos hablaron, parados en la acera, después de haberse marchado Monk Thurman. Murmuraron unas palabras en italiano y su conversación asumió un tono nada habitual en ellos.

Una cosa les había impresionado más profundamente que ninguna otra: el aviso que les había dado La Sombra.

-De esta noche en una semana... -dijo Anelmo.

-Una semana -repitió Genara-; pero antes de eso...

CAPÍTULO XXI
LARRIGAN QUEDA SATISFECHO

Monk Thurman no se presentó en casa de Nick Savoli a la mañana siguiente. En lugar de eso, telefoneó y habló con Mike Borrango.

Éste preguntó dónde se hallaba el gángster. Monk contestó con una evasiva, diciendo que tenía una nueva pista que tal vez le permitiera dar con La Sombra. Agregó que iría al piso de Savoli a las cuatro de la tarde.

Nick Savoli no quedó muy satisfecho al enterarse. Había tenido una conferencia bastante tormentosa la noche anterior con Genara y Anelmo. Los gemelos homicidas le habían echado a Monk Thurman la culpa de todo lo ocurrido.

Savoli estaba convencido a medias de que Monk Thurman tuviese la culpa.

Sin embargo, opinaba que gran parte de la responsabilidad era del neoyorquino.

A la una llegó otra visita y, al ser anunciada su presencia, jefe y lugarteniente se miraron.

Mike Larrigan aguardaba fuera. Tenía vivos deseos de ver a Savoli y a Borrango.

-¿Sabes lo que quiere? -inquirió Savoli.

-Quiere saber dónde está Monk Thurman -repuso Mike-. ¿Qué le decimos?

-¡Dile que se lo entregaremos! -respondió Savoli, con impaciencia-. Monk fracasó. ¡Se lo haremos pagar!

Mike Larrigan pasó a la biblioteca. El portero le abrió la puerta.

En aquel momento ocurrió una cosa extraña. Mientras el portero estaba vuelto hacia la puerta -dirección en la que Larrigan miraba también- apareció una figura a la verja del piso, que aún no había sido cerrada.

El recién llegado pasó, silenciosamente, a la antesala.

Iba vestido de negro. Los que habían visto a La Sombra lo hubieran reconocido inmediatamente. Sin embargo, sus acciones eran más asombrosas que en ninguna otra ocasión.

Con paso cauteloso, La Sombra cruzó el cuarto hacia el rincón más próximo a la puerta. Allí se metió detrás de una mesa sobre la que había un tiesto grande e, inmediatamente pareció desvanecerse.

Una vez que estuvo Larrigan en la biblioteca, el portero volvió para cerrar la verja. Mientras estaba ocupado haciéndolo, la masa de la oscuridad se movió de detrás de la mesa. Se acercó a la puerta de la biblioteca. La Sombra abrió y entró en aquella estancia grande y mal iluminada.

La Sombra cruzó el cuarto por detrás del irlandés, sin hacer el menor ruido.

Llegó junto a la biblioteca sin haber entrado en el campo visual de Larrigan.

Allí se quedó, inmóvil como una estatua, hasta que estuvo seguro de que el otro no le estaba observando. Luego, lenta y cuidadosamente, abrió la estantería giratoria.

La Sombra aguardó. Sabía que un brusco movimiento podía llamar la atención de Larrigan.

La puerta del otro extremo del cuarto se abrió. Larrigan se puso en pie, a la expectativa. La Sombra se deslizó, como un fantasma viviente por la abertura de la estantería. Esta se cerró tras él en el preciso momento en que Savoli y Borrango entraron en la biblioteca.

Ninguno de los italianos la vio cerrarse.

Nick Savoli ocupó su asiento de costumbre. Borrango se apoyó contra la estantería, como siempre. Hubo un intercambio de saludos y, a continuación, el irlandés se fue derecho al grano.

-Ya sabe usted por qué he venido, Nick -dijo-. ¡Se trata de Monk Thurman!

-¿Qué pasa con él? -inquirió Savoli, desafiador.

-Le necesito. Ha tenido usted tiempo de encontrarle. Dicen que ha estado aquí.

-¿Quién lo dice?

-Varias personas.

-¿Varias personas? -murmuró Savoli, burlón-. Y... ¿qué saben ellas de eso? Pregúnteselo a Borrango. Aguarde; se lo preguntaré yo. ¿Ha estado aquí Monk Thurman, Borrango?

-Tengo entendido que va a venir aquí -replicó el interpelado.

-¿Cuándo?

-Hoy tal vez.

-Y, cuando venga...

-Cuando venga aquí, se lo entregaremos a usted -declaró Savoli.

El rostro de Larrigan expresó la más viva satisfacción. Nick Savoli habló entonces con energía.

-¡Nada de muertes por aquí! -dijo-. Pondremos a Monk Thurman donde usted pueda alcanzarle. Pero aleje de aquí a sus pistoleros.

-De acuerdo -replicó el irlandés-. A Monk Thurman le va a liquidar una sola persona... Y esa persona soy yo.

-Le diré a usted cómo se hará -sugirió Borrango, con voz agradable-. Nick y yo ya hemos discutido el asunto.

»Monk Thurman quiere trabajar por cuenta nuestra. Conque le diremos que tenemos trabajo para él esta noche y que McGinnis "Ametralladora" se reunirá con él. Le mandaremos a algún sitio bueno y le diremos a McGinnis que ha de reunirse con él allí.

-¿Cuándo será eso?

-Esta noche -repitió Borrango-, si viene aquí Monk esta tarde como nosotros lo esperamos.

-¿Cuándo lo sabré yo a ciencia cierta?

Borrango se quedó pensativo. Calculó el tiempo con mucho cuidado. Dio un margen de seguridad, por si Monk se presentaba con retraso.

Luego anunció su decisión.

-Le telefonearé a usted a las seis de la tarde -dijo.

-Conforme.

-Le diré entonces, exactamente, dónde estará Thurman.

-¿Y McGinnis?

Borrango miró a Savoli. Este tomó la palabra.

-Más vale que lleve usted a McGinnis para hacer este trabajito, Larrigan -dijo-. Cuando le llame Borrango a las seis„ le dirá dónde deberá recoger a McGinnis.

»Puede usted dirigirse al punto de cita en su automóvil y, allí, trasladarse al coche de turismo viejo que usa McGinnis. Thurman estará esperando a McGinnis y, cuando vea el coche ese, no desconfiará.

-Magnifico -repuso Larrigan-. Es usted una buena persona, Savoli. Así podré apearme y meterle un balazo a Thurman y...

-Y McGinnis le estará apuntando desde el coche -interpuso el jefe supremo-. No pueden presentarse las cosas mejor, Larrigan.

Savoli y Borrango no salieron de la biblioteca inmediatamente después de la marcha del irlandés. Se quedaron discutiendo el asunto de La Sombra.

-Más vale que te asegures de que los pistoleros que tenemos abajo estén siempre alerta -dijo Savoli-. Si nos estamos quietos una temporada, La Sombra se nos largará o intentará darnos una sorpresa.

Borrango asintió con la cabeza. Se dirigió a la antesala y Nick Savoli se retiró a su despacho.

Cuando el cuarto quedó desierto, se abrió la estantería y salió La Sombra. Se quedó, como un monstruo negro, en el centro de la habitación. Se echó a reír suavemente.

Con paso rápido, llegó ala puerta de la antesala, aguardó a que no hubiera nadie por allí, y desapareció por la puerta de la escalera de escape.

Eran las cuatro en punto cuando Monk se presentó en el piso de Nick Savoli. El pistolero neoyorquino no había perdido ni un ápice de su aplomo.

Cuando Savoli y Borrango se reunieron con él en la biblioteca, quedaron asombrados de la tranquilidad de aquel hombre.

-¿Qué me dice de anoche? -inquirió el jefe supremo.

-¿Anoche? -la voz de Monk era retadora-. Supongo que esos dos pistoleros suyos habrán inventado algún cuento. ¡Hubieran podido arreglarlo todo ellos si hubiesen tenido un poco de sentido común!

-Bueno -observó Borrango, con su voz persuasiva-: tenemos otro trabajito para usted entretanto, Monk. Trabajó usted bien anteriormente, y ya tendrá ocasión de meterse con La Sombra.

»Esta noche pensamos dar el paseo a un par de traidores y usted es el hombre que necesitamos para que ayude.

A Monk Thurman pareció interesarle la declaración de Mike. Este siguió hablando.

-Hemos estado buscando un hombre nuevo para que trabajara con McGinnis -dijo-. Conoce usted a McGinnis, ¿no? ¿A McGinnis «Ametralladora»?

»Va a sacar la máquina de escribir esta noche y dar el pasaporte a unos pistoleros en una hostería de las afueras, más allá de Cicero. Necesita un veterano que le ayude. Ése es su trabajo esta noche, Monk.

-Conforme.

-No seria prudente que se reuniera usted con él dentro de la ciudad. Conque le recogerá él en el antiguo establecimiento de Casey, en Cicero. El establecimiento no funciona ya. Está cerrado.

»Estará usted allí a la una en punto. McGinnis se presentará en un coche de turismo, con cortinas de cuero a los lados. Acompáñele. Él le explicará.

-No faltaré -aseguró Monk.

-Más vale así, por su propio bien -dijo Borrango con una risa amistosa-. Cobrará un billete grande por su trabajo si lo hace bien. ¿Quiere usted el dinero ahora, o mañana?

-Conque lo tenga mañana, basta -replicó Monk-. Y más vale que me tenga preparados también los otros diez billetes grandes. Voy a liquidar a La Sombra. ¡No lo olvide!

-Oiga, Monk -inquirió Savoli de pronto-. ¿Qué cree usted que anda buscando ese pájaro?

-¿Quién, La Sombra?

-Sí.

-Me parece a mí que lo que quiere es meterle a usted en un jaleo.

-No está haciendo muchos progresos.

-No puede hacerlos -dijo Monk, con desdén-. ¿Acaso puede tocarle a usted? Está usted demasiado bien organizado para él. La Sombra tiene inteligencia; pero no la usa.

El gángster neoyorquino se puso en pie y se dirigió a la puerta. Se volvió para hacer una declaración final.

-Olvídese de la existencia de esos pistoleros traidores -dijo-. Puede darlos por liquidados ya. McGinnis y yo haremos la limpieza bien.

Poco antes de las seis de la tarde, Howard Blake, el agente de publicidad entró en el piso que tenia alquilado en el Escadrille. Había vuelto al parecer, de pasarse una tarde muy ocupada. Puso en marcha el aparato de radio y se sentó a leer el periódico.

Se oyó un zumbido en el aparato de radio, como si hubiera estática. Howard Blake escuchó atentamente. Sonó otro zumbido, más corto que el primero. El sonido se repitió.

Howard Blake había sacado un lápiz y un cuaderno de notas del bolsillo.

Marcó una serie de números -uno por cada uno de los zumbidos que se habían oído. Luego se acercó al teléfono y consultó la esfera.

Los sonidos que había oído eran los disturbios atmosféricos creados por el uso de un teléfono automático en el mismo edificio.

El hombre había calculado los sonidos bien. Por la esfera del teléfono dedujo el nombre de la central y el número del teléfono que se había marcado.

Luego consultó un listín especial -uno que estaba hecho por orden de números y no por los nombres. En pocos instantes supo las señas y el número de la persona a quien se había llamado.

Sentado en su piso, Howard Blake había averiguado el número del teléfono y las señas de la guarida de Mike Larrigan. Porque los disturbios eléctricos habían empezado anotarse en la radio al llamar Borrango por teléfono al irlandés.

Howard Blake sonrió al salir de su piso. Una vez en la calle, tomó un taxi y se hizo conducir al café de Marmosa. Allí ocupó una mesa en el balconcillo.

Después de pedir de comer, se acercó al teléfono de pago que había en el balconcillo. Sacó la hoja de papel en que había hecho anotaciones en su piso, y llamó al número aquél.

Mike Larrigan le contestó. Pero la voz que le habló a Mike, no era la voz de Howard Blake: era la del lugarteniente de Savoli.

Howard Blake, al hablar por teléfono, imitó a Mike Borrango a la perfección.

-¿Es usted Larrigan? -inquirió la voz suave y dulce-. Mike Borrango al habla. He introducido una modificación en los planes para esta noche.

-¡Cómo! -exclamó Larrigan-. ¿No acudirá Thurman?

-Sí que acudirá -respondió la voz de Borrango-; pero se cambiará la hora. Ha de salir una hora más tarde para encontrarse con McGinnis.

-Comprendo. Así, saldré de aquí a la una en vez de a las doce como habíamos quedado.

-Bien. ¿Va usted a salir del mismo sitio en que se encuentra ahora?

-Sí; tengo el coche a la puerta.

-Está bien -dijo el hombre que hablaba como Borrango-. Saldrá divinamente. Pero no vaya antes de la una. Sería una equivocación que llegara usted allí antes que McGinnis.

CAPÍTULO XXII
LA CONSPIRACIÓN CONTRA SAVOLI

Dos horas más tarde, John Genara y Tony Anelmo se hallaban sentados en el cuarto reservado de la hostería de Joe Le Blanc. Los dos pistoleros parecían aguardar la llegada de un tercero. No tardó éste en presentarse.

El recién llegado era Nails Pietro, uno de los jefecillos más peligrosos de Chicago.

Los gemelos homicidas se pusieron en pie para recibirle. Estaban bastante separados de la ventana y no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo allí.

Como aquel día en que Joe Le Blanc había hablado con Steve Cronin, apareció una mano en la ventana; pero sólo durante un instante. Algo se deslizó detrás del radiador. Era un instrumento minúsculo, y desapareció inmediatamente.

El alambre que de aquel instrumento partía, resultaba invisible en las sombras.

El trío se puso a hablar en italiano. Estaban seguros de que nadie les escuchaba.

Anelmo no se había fijado en el alambre que entraba por la ventana y que iba acoplado a un dictáfono que estaba recogiendo todas sus palabras.

Tampoco había golpeado el zócalo de madera de la pared que había detrás de la mesa. De haberlo hecho, hubiese hecho un descubrimiento. Porque después de la entrada de Nails Pietro, Joe Le Blanc había desaparecido del corredor del Molino Gris.

El propietario de la hostería había entrado en un cuarto que conducía a un lugar situado detrás del zócalo en cuestión. Estaba escuchando.

Le Blanc no hablaba muy bien el italiano. Por consiguiente, en los primeros minutos de la conferencia no se dio la menor cuenta de las intenciones de los que hablaban. Sólo sabía que Genara y Anelmo estaban intentando convencer a Pietro de que el plan que proponían era bueno.

Se estaba discutiendo la muerte de la Unione Italiana, una poderosa organización que existía en Chicago. Los destiladores clandestinos de whisky estaban controlados por la Unione que, en aquellos momentos, no tenía jefe.

AL último ocupante del sillón presidencial, un tal Rocco Ricardo, le habían dado el paseo unos cuantos meses antes.

-¡Tú controlarás la Unione! -exclamó Anelmo, dirigiéndose a Pietro.

Genara se llevó un dedo a los labios.

-No hables tan alto -dijo-. Alguien pudiera oírnos.

Nails Pietro se agitó en su asiento. Era un italiano perspicaz, de rostro rollizo, que parecía preocupado.

-Está muy bien -contestó-; pero hay dos hombres que me cierran el paso: Pete Varona y Al Vacchi. ¿Qué hay de ellos?

Genara hizo sonar los dedos en un chasquido de desprecio.

-¿Y ellos qué son? -inquirió-. Tú tienes tus hombres. Vacchi y Varona se reúnen esta noche. ¿Recuerdas cómo murió Ricardo... cuando habían ido a visitarle unos amigos? ¿Y Vacchi y Varona? ¿No eres tú amigo suyo acaso? Te será muy fácil hacerlo esta noche. -Todo eso está muy bien -replicó Pietro, con inquietud-; pero no incluyes a Nick Savoli. ¿Y él... qué? ¿Qué será de mí?

Al oír mencionar el nombre de Savoli, Le Blanc escuchó con mayor atención. Hasta entonces le había sido imposible seguir el hilo del discurso.

Las palabras siguientes, sin embargo, fueron directas y empezó a comprender.

-¿Savoli? -murmuró Anelmo-. Deja eso de nuestra cuenta, Genara y yo le veremos esta noche. Ése será el fin de Nick Savoli. Habrá dos jefes supremos después de éste. Genara será uno. Anelmo el otro.

Nails Pietro escudriñó a sus interlocutores con atención. Sabía que hablaban muy en serio. No comprendía por qué conspiraban los gemelos homicidas contra su jefe; pero vio que su plan tenia enormes posibilidades. Sin embargo, vacilaba.

-¿Y Larrigan? -inquirió.

Anelmo miró a Genara; éste movió, afirmativamente, la cabeza. Anelmo acercó la boca al oído de Pietro y le susurró unas palabras que Le Blanc no pudo oír.

-Larrigan siempre dará que hacer -dijo-. Es por culpa de Larrigan que ha de morir Savoli. Cuando nosotros seamos jefes supremos, Larrigan quedará liquidado.

Antes de que Anelmo pudiera continuar, Nails Pietro afirmó con la cabeza.

Anelmo vio que Genara le hacía una seña y no dijo nada más. Había estado a punto de hablarle a Pietro del asunto de Schulez y de Spirak.

-Larrigan es un mal bicho -declaró Pietro, lo bastante alto para que Joe Le Blanc le oyera-. Tienes razón. Mal me irá a mí si Larrigan se hace fuerte, como lo hará Savoli. Ha habido jaleo ya. Italianos e irlandeses no trabajan juntos. ¿Por qué no darle el paseo a Larrigan?

-¿Darle el paseo a Larrigan? -exclamó, indignado-. ¿Y su cuadrilla? Savoli la necesita. Iría en busca tuya, en busca nuestra, en busca del que hubiera dado el paseo a Larrigan. Y Savoli se lo permitiría. ¡Sólo hay una solución!

-Darle el paseo a Savoli -afirmó Genara, sombrío.

Tendió una mano por encima de la mesa. Anelmo la estrechó. Luego ambos dieron la mano a Nails Pietro.

-Tenemos trabajo para hacer esta noche -declaró Anelmo-. Ninguno de nosotros debe fracasar. Acabaremos con Nick Savoli. Confía en nosotros. En cuanto a ti, Pietro...

-Comprendo -contestó el jefecillo, con firmeza.

El énfasis con que habló, convenció a los sicilianos. Sabían que Nails Pietro cumpliría su parte del contrato. Tenía mucho que ganar con la muerte de Pete Varona y Al Vacchi.

El jefecillo miró a sus compañeros, con una sonrisa malévola. Se puso en pie y volvió a estrechar la mano de los sicilianos.

-¡Esta noche! -dijo-. ¡Esta noche! Me marcho ahora.

-Deja a Savoli de nuestra cuenta -declaró Anelmo.

Los tres hombres salieron del cuarto. Unos minutos más tarde habían salido del Molino Gris: Pietro en su coche, con escolta; Anelmo y Genara en un taxi.

Joe Le Blanc entró en el cuarto desierto. Parecía como aturdido.

-¡Los gemelos homicidas van a darle el paseo a Savoli! -murmuró-. Esta noche, ¿eh? ¡Eso ya lo veremos!

Se dirigió, apresuradamente, al teléfono, y llamó al restaurante de Frank Marmosa. Cuando Steve Cronin se puso al aparato, Le Blanc le contó todo lo que había oído.

Les fue franqueada la entrada del piso de Savoli a los gemelos homicidas.

No se sentaron al llegar a la biblioteca. Permanecieron de pie, aguardando la llegada del jefe y su lugarteniente.

Éstos entraron por fin, Borrango iba delante. Los pistoleros habían esperado aquello. Tenían preparado su plan.

-¿Qué? -inquirió Savoli, ocupando la butaca de costumbre.

Borrango miró, atentamente, a los dos hombres, apoyado contra la estantería.

-Hemos vuelto a ver a La Sombra -dijo Anelmo, dando un paso hacia Savoli.

Genara, moviéndose levemente, se aproximó al lugarteniente.

Nick Savoli apoyó la barbilla en la mano izquierda y metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta de su smoking. Era la postura característica del jefe. Significaba que experimentaba un vivo interés.

-Pasó junto a nosotros en otro coche -dijo Anelmo. Hizo un gesto con la mano izquierda, como para describir la escena-. Antes de que pudiera pararle...

Con un movimiento rápido, Tony Anelmo sacó una pistola con la mano derecha. Tardó una fracción de segundo en hacerlo. Y, sin embargo, fue lo último que hizo el siciliano en su vida.

Antes de que pudiera apuntarle a Nick Savoli, el jefe disparó, usando una pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Las balas dieron en el blanco. Tony Anelmo rodó por el suelo sin haber dicho una palabra.

Otra descarga salió de una abertura de la estantería; los disparos, hechos desde muy cerca, dieron en la cabeza de Genara, que fue a reunirse con su compañero, en el suelo.

Nick Savoli no se movió al salir Steve Cronin del escondite en que le había metido Borrango antes de la llegada de los gemelos homicidas. El jefe supremo contempló, pensativamente, los cadáveres.

-Podríamos usar a Monk Thurman ahora -observó, filosóficamente, Borrango.

-Es demasiado tarde -replicó Savoli.

-Sí, son más de las doce. Larrigan está ya...

Se interrumpió, recordando la presencia de Steve Cronin.

-Joe Le Blanc tenía razón -observó éste.

-Sí -contestó Borrango-; pero... ¿dónde está Nails Pietro? Estaban hablando con él, ¿no?

-¡Olvida a Pietro! -le interrumpió Savoli-. Iría, seguramente, a ayudarles a escapar. Tenemos que quitarnos estos cadáveres del paso.

CAPÍTULO XXIII
LARRIGAN JURA VENGARSE

Mike Larrigan estaba preparado para entrar en acción. Seguro en su guarida, aguardaba, impacientemente, que diera la una de la madrugada.

Todo estaba arreglado muy bien. Larrigan subió a su sedán y salió en dirección a Cicero. No sabía, exactamente, dónde estaría Monk Thurman; MeGinnis conocería ese detalle. Pero, a la una de la madrugada, al asesino de los lugartenientes de Larrigan emprendería el viaje al otro mundo.

Larrigan avanzó, lentamente, por una calle ancha. Luego se metió por un camino menos frecuentado. Tenía la mirada fija en la carretera.

Por consiguiente, quedó completamente sorprendido cuando sintió el cañón de una pistola entre las costillas.

-¡Siga adelante! -ordenó una voz áspera.

¡Era Monk Thurman!

Larrigan soltó un gruñido de asombro. Sin embargo, siguió adelante. Se maldijo por su estupidez. Ya era bastante malo que no se le hubiera ocurrido llevar a nadie consigo. Pero había sido culpable de un error mayor aún: no se le había ocurrido mirar en el asiento de atrás del automóvil.

-No esperaba usted encontrarme tan pronto, ¿eh? -dijo el neoyorquino, burlón, desde el asiento de atrás-. Bueno, pues aquí me tiene, y vamos a darnos un paseo. ¿Qué tal, le gusta eso, Larrigan?

El irlandés no replicó. Estaba pensando en estrellar el coche. Pero no vio ocasión de hacerlo. De sobra conocía la habilidad de Monk Thurman. Un solo movimiento sospechoso y Mike Larrigan dejaría de existir.

Así pues, siguió adelante, sombrío, aun cuando estaba seguro de que la muerte le aguardaba al final de aquella excursión.

-Le gusta a usted matar a la gente en la oscuridad, ¿eh? -continuó Monk-. Así era como trabajaban Schultz y Spirak. No le daban a uno ocasión de defenderse. La idea no es mala... todo depende del hombre.

Rió roncamente. El gángster neoyorquino se estaba divirtiendo. Larrigan rabiaba por su impotencia.

-Tuerza a la izquierda por aquí. Hay un sitio muy bueno más abajo. Un poquito más allá, Larrigan. El tiempo le parecerá mucho más corto cuando llegue allá.

Recorrieron unas cuantas millas más.

Luego, el hombre que ocupaba el asiento de atrás dio una brusca orden y Larrigan detuvo el coche a un lado de la carretera.

-Apéese -ordenó Monk.

Larrigan obedeció. Se quedó parado, con las manos en alto, mientras Monk le registraba los bolsillos y le quitaba las pistolas que llevaba.

Luego empujó a Larrigan hacia un árbol pequeño. Ordenó al irlandés que se volviera. Larrigan obedeció. Permaneció luego inmóvil, aguardando los disparos que habían de precipitarle a la eternidad.

Entonces Monk Thurman habló lenta y claramente, como si quisiera que cada una de sus palabras se grabaran en la mente del otro.

-Es usted un cobarde, Larrigan -dijo-; un cobarde como todos los de su tribu y como todos los demás pistoleros de Chicago.

»Necesita que un hombre esté parado en un punto determinado para matarle. De la misma manera que se encuentra usted ahora. Así era cómo iba a matarme a mí.

»Nick-Savoli me dejó encargado de usted y Mike Borrango ayudó. Le tengo a usted donde ellos quieren tenerle... y voy a dejarle marcharse. Ése es el miedo que le tengo a usted y a toda su cuadrilla. Hay una caminata bastante larga hasta la ciudad. Espero que la encontrará muy agradable.

Monk Thurman se apartó del asombrado irlandés. Éste estaba demasiado sorprendido para poderse mover. Se quedó mirando, boquiabierto, mientras Monk Thurman se marchaba con el sedán.

Por primera vez en la historia de los gángsters, un pistolero había llevado a su víctima a darle el paseo y la había dejado vivir.

Larrigan no experimentaba el menor sentimiento de gratitud cuando inició su larga caminata de regreso. Sentía un profundo odio hacia Monk Thurman.

Estaba decidido, más que nunca, a acabar con el hombre a quien hacía responsable de la muerte de sus dos lugartenientes. Sin embargo, aún mayor que el odio que sentía hacia Monk Thurman, era su deseo de vengarse de Nick Savoli y de Mike Borrango.

-¡Me las pagarán! -murmuró-. ¡Ya verán ellos lo que puedo y de lo que soy capaz!

Se imaginó a Monk Thurman en su coche, riendo triunfal por el camino, y sintió una rabia enorme.

Apresuró el paso. Había resuelto que Monk Thurman muriera antes de que hubiese transcurrido otro día; y estaba decidido a derrocar el imperio que Nick Savoli ambicionaba.

Al atardecer se había repuesto ya de los efectos de su larga caminata y tenía la mente ocupada con los nuevos acontecimientos que ya figuraban en los periódicos con grandes titulares.

No hablaban éstos de la humillación sufrida por Mike Larrigan; pero sí de nuevos asesinatos.

Pete Varona y Al Vacchi, lugartenientes de Savoli y candidatos a la presidencia de la Unione Italiana, habían sido liquidados.

En un camino solitario cerca de la frontera de Indiana, habían sido hallados los cadáveres de los notorios pistoleros John Genara y Tony Anelmo.

¡Cuatro secuaces de Savoli en una sola noche! ¿Qué se ocultaba detrás de todo aquello?

Los periódicos daban a entender que a los sicilianos se les había dado el paseo por intentar una traición; pero eso no podía relacionarse con la muerte de Varona y Vacchi, que era, evidentemente, obra de gángsters rivales.

Mike Larrigan rió, sombrío, al leer la prensa. Para él, todo aquello eran buenas noticias.

Varona y Vacchi habían sido hábiles lugartenientes del jefe supremo; Genara y Anelmo, sus dos pistoleros más formidables. Sólo podía haber un resultado inmediato: el debilitamiento de las fuerzas de Savoli.

Aquello era una oportunidad.

Aquella noche misma, tres de los pistoleros de Larrigan obedeciendo órdenes, entraron en una hostería y mataron a dos pistoleros de Savoli.

La noticia fue telefoneada inmediatamente al jefe supremo y a Borrango.

Éste llamó por teléfono a Larrigan y no obtuvo más respuesta que una serie de insultos.

Luego McGinnis «Ametralladora» llegó con la noticia de que Larrigan no había acudido a la cita que hubiera culminado con la muerte de Monk Thurman.

McGinnis había ido solo, perdiendo el tiempo miserablemente.

¿Qué había sido de Monk? Ésta era una cuestión que traía perplejos a Savoli y a Borrango.

No tenían más que un motivo para alegrarse: que Larrigan había atacado con crudeza, sin intentar sutileza alguna. Sabían, pues, que era su enemigo, aun cuando no sabían por qué.

Antes de que la noticia de los asesinatos en la hostería hubiesen salido en los periódicos, la organización de Savoli se hallaba en movimiento.

Sus múltiples industrias -juego, contrabando y otras actividades tenían que seguir funcionando. Pero a pesar de eso, todos los pistoleros fueron movilizados para resistir los ataques de la cuadrilla de Larrigan.

Había otros peligros también. Se descubrió que los autores de la muerte de Varona y Vacchi eran Nails Pietro y su cuadrilla. Éstos, como Larrigan y los suyos habían de ser objeto de la venganza de Savoli. Aun sin los cuatro hombres que tanta importancia habían tenido para él, Nick Savoli tenía confianza. Pero ardía en deseos de dar con el paradero de Monk Thurman.

El pistolero neoyorquino seria extremadamente útil en aquellos momentos, y no era eso todo. Aun en todo aquel torbellino de inminente guerra, el jefe supremo no había olvidado cierta figura siniestra, vestida de negro; un hombre que había tomado cartas en aquel asunto terrible.

¡Nick Savoli estaba en guardia contra la Sombra!

CAPíTULO XXIV
GUERRA DE CUADRILLAS

La semana siguiente resultó ser una de las más movidas de la historia del gangsterismo de Chicago. Los pistoleros trabajaban a destajo.

Los secuaces de Larrigan mataban a cuantos hombres de Savoli se encontraban. AL principio, el jefe supremo llevó la peor parte. Sus fuerzas parecieron tambalearse ante los ataques de los pistoleros de Larrigan.

Entonces Nails Pietro se sintió imbuido de valor y sus pistoleros hicieron su trabajo.

La policía se vio obligada a obrar. Aquella guerra sin cuartel resultaba demasiado desesperada. Varias brigadas de guardias se lanzaron a la lucha y, sin querer, le hicieron un favor a Nick Savoli. Porque mataron a unos cuantos pistoleros de Larrigan.

Entonces se volvió la tortilla. EL jefe supremo había estado esperando. Sus hombres empezaron a luchar denodadamente y con mayor eficacia que los de Larrigan y los de cuadrillas independientes que creyeron próximo el fin de Savoli.

El jefe del antiguo régimen preparaba de antemano sus ejecuciones y éstas ejercían una influencia aterradora sobre el enemigo.

El trabajo principal fue la liquidación de Mike Larrigan. Este jefe había tomado todas las precauciones que estaba en su poder tomar. Sin embargo, seguía el viejo plan de que la mejor defensa es una ofensiva fuerte.

Mike Larrigan andaba siempre muy alerta. Pero le llegó la hora de la muerte cuando menos lo esperaba.

Cuando iba por una calle muy concurrida, le ametrallaron el coche. El ataque emanó de la planta baja de un edificio a medio construir. El tableteo de la ametralladora fue ahogado por el sonido de numerosas remachadoras que siguieron trabajando sin saber que habían ayudado a cometer un asesinato.

Antes de que los hombres de Larrigan, ni la policía, que se hallaba cerca, se dieran cuenta de lo ocurrido, McGinnis «Ametralladora» empaquetó, tranquilamente, la ametralladora, y abandonó el edificio.

Al faltarles el jefe, los hombres de Larrigan se diseminaron. Las cuadrillas de menos importancia se escondieron. No quedó nadie para continuar la lucha.

Todo había redundado en provecho de Nick Savoli, aun cuando hubiese sufrido muchas bajas y hubiera padecido su organización. Era verdad que sus planes de paz habían fracasado. Pero su supremacía se hallaba a punto de establecerse con mayor firmeza.

Estaban ocurriendo demasiadas cosas para que se parara uno a mirar los acontecimientos de menos importancia que ocurrían en el Escadrille. Algunos de los inquilinos habían estado haciendo decorar sus pisos. A uno de los pisos del tercero-ocupado por un tal Howard Blake- lo estaban renovando por completo.

Aquella misma tarde, mientras Nick Savoli y Mike Borrango preparaban su campaña de reconstrucción, varios trabajadores habían entrado en el piso de Blake, llevando consigo sus herramientas y equipo para pintar.

Los hombres más fuertes de la cuadrilla de Savoli estaban a punto de reunirse. McGinnis «Ametralladora» y Brodie, habían llegado ya. Fueron anunciados dos lugartenientes: Spiker Condi y Texas Carey.

Steve Cronin, que había estado haciendo de escolta personal de Savoli y que había trabajado mucho durante la lucha, fue el último en presentarse.

El grupo se reunió en la biblioteca. Mike Borrango se ausentó unos instantes. Visitó el tercer piso para asegurarse de que se hallaban dos pistoleros en el piso de abajo, que servía como salida secreta.

Observó, en el descansillo, un hombre que hacía funcionar un aparato de limpieza por el vacío, enchufado a la pared. Se alegraba de ver aquellas muestras de actividad pacífica en el Escadrille.

Pero hubiera quedado la mar de sorprendido si hubiese permanecido allí. El hombre del descansillo movió el aparato de limpieza hacia la entrada del piso de Howard Blake. Allí se reunió con él otro hombre.

Desmontaron el limpiador de la tubería de goma y, en su lugar, enchufaron un aparato extraño. Movieron una palanca y se oyó un ruido sibilante.

Los dos pistoleros que se hallaban en el piso inmediatamente debajo de la biblioteca de Savoli, no se habían enterado de lo que ocurría fuera. Era su deber dar el alto a todo el que intentara entrar en el piso.

Vigilaban la posible llegada de seres humanos y no de invasores más sutiles e invisibles. Mientras charlaban juntos, uno de ellos quedó sorprendido al ver que el otro abría la boca y rodaba por el suelo.

El otro quedó sorprendido de momento. Luego se inclinó para ayudar a su compañero. Entonces también abrió él la boca y perdió el conocimiento.

Entretanto, Mike Borrango se había reunido con los otros en la biblioteca de Nick Savoli. El jefe supremo tomó la palabra. Habló de lo que se había conseguido y de lo que aún quedaba por hacer.

Todos estaban enfrascados en la discusión de los planes; tan enfrascados, que un recién llegado entró en el cuarto sin ser anunciado.

La primera noticia que se tuvo de su presencia fue el sonido de su voz.

Nick Savoli alzó la cabeza. Por una vez en su vida el jefe supremo dio muestras de sorpresa. Monk Thurman se hallaba delante de él. El hombre parecía amistoso. Borrango se hizo cargo de la situación.

-¡Hola, Monk! -exclamó Savoli-. ¿Dónde ha estado usted? Hemos estado buscándole.

-He estado fuera de la ciudad -respondió Monk-. La cuadrilla de Larrigan andaba buscándome; por eso no tuve ocasión de ir con McGinnis aquella noche. Salí a toda prisa. Acabo de regresar. He oído que ha habido mucho movimiento durante mi ausencia.

-Le necesitábamos -dijo Savoli.

-¿Sí? Pues tal vez puedan usarme ahora.

-Sí que podemos.

-Conforme. Así, ¿por qué no me dan el distrito Sur o algún otro sitio para que lo dirija? Le enseñaré lo que puede hacerse en esta ciudad.

Nick Savoli contempló, con mirada penetrante, al gángster.

-Si hubiera estado usted aquí la semana pasada -dijo-, hubiera podido usted hacer algo para conseguir lo que pide.

Los otros secuaces del jefe supremo miraron a Monk con hosquedad. Se sentían resentidos por el tono de voz que había empleado el neoyorquino.

-Conque no me merezco una parte, ¿eh? -inquirió Monk.

-No -replicó Savoli.

-Me debe usted mucho -murmuró Monk con aspereza-. ¿Se entera? ¡Mucho!

-¿Por qué?

-¡Por haberme hecho traición con Larrigan!

Al lanzar Monk Thurman su acusación, Nick Savoli se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Pero era demasiado tarde. Se las tenía que ver con Monk Thurman y no con Genara ni Anelmo.

Antes de que los sorprendidos pistoleros pudieran darse cuenta de lo ocurrido Monk había sacado dos pistolas. Estas aparecieron en sus manos como por arte de magia. Las sacó en una fracción de segundo y apuntó con las dos a Nick Savoli.

-¡Mueva las manos una sola pulgada -amenazó-, y le meto los dos cargadores completos en la boca del estómago!

Los dedos de Nick Savoli temblaron cerca de la entrada del bolsillo.

Monk Thurman retrocedió unos pasos. Sus ojos penetrantes se movieron, avizores, en todas direcciones. Observó a todos los gángsters que tenía delante de sí y todos ellos comprendieron que el menor movimiento significaría la muerte.

-¡Traidores! -exclamó Monk-. Tú, Savoli. Tú, Borrango. Tú, Mac Ginnis. Los tres. Os salió mal la combinación, ¿eh?

Centró la mirada en McGinnis «Ametralladora», que estaba sentado al lado del chófer Brodie.

-Tú, por lo menos, enmendaste tu yerro. Mataste a Larrigan.

-Claro que sí -respondió McGinnis, con orgullo.

-Has ametrallado a mucha gente, ¿eh?

-Seguro.

-¿Te acuerdas de uno al que mataste a la puerta de la Jefatura? ¿Un neoyorquino? ¿Te acuerdas de su nombre?

-Claro que recuerdo su nombre -dijo-. Leí los periódicos. Se llamaba Claudio Arma.

-¿Mataste a Claudio Arma?

-Claro que maté a Claudio Arma.

-¿Quién te acompañaba?

-Brodie.

-¿Lo recuerdas tú? -le preguntó Monk al chófer.

-Claro que sí.

-¿Viste a McGinnis matar a Claudio Arma?

-Sí.

Nick Savoli había estado mirando a McGinnis, instándole a que respondiese a las preguntas. Cualquier cosa que le permitiera ganar tiempo era buena.

Tarde o temprano se les presentaría una ocasión de cambiar las tornas, puesto que eran siete contra uno.

-Eso era cuanto deseaba saber -dijo Monk. Luego miró a Nick Savoli.

-Ahora, tengo una cosa que decirles. Yo no me cargué a Hymie Schultz ni a Spirak «Cuatro Pistolas».

-¿Que no...?

-Yo no los maté. Lo hicieron Anelmo y Genara.

Reinó un silencio de asombro al oírse esta revelación.

-Hace una semana -prosiguió-, les dije a Anelmo y Genara que yo sabía quiénes habían matado a los hombres de Larrigan. Les dije que te lo diría a ti... esta noche. Ya casi es de noche. Te lo estoy diciendo un par de horas antes de tiempo.

Nick Savoli pareció comprenderlo todo de pronto. El jefe supremo abrió la boca, con asombro. Estaba a punto de hablar; pero de momento, no halló palabras con que expresarse.

-Tú... tú se lo dijiste -repitió-. Le dijiste a Anelmo y Genara que tú lo sabías. Tú... Monk Thurman.

-Monk Thurman murió -respondió el hombre de inescrutable semblante-. Había muerto antes de que viniese yo a Chicago. Le dieron el paseo en Nueva York. Yo no soy Monk Thurman.

-Eres... -Savoli se interrumpió.

Porque de los labios de Monk Thurman surgió una risa burlona, una risa capaz de helarle la sangre a cualquiera -una risa que Savoli había oído en otra ocasión.

¡Era la risa de La Sombra!

Los gángsters parecían helados de espanto. Para Nick Savoli y Mike Borrango, aquel desenlace les resultaba increíble. Luego, gradualmente, empezó a funcionar su cerebro.

Se dieron cuenta de la asombrosa verdad; nadie había visto a Monk Thurman y a La Sombra al mismo tiempo. Comprendieron que aquel hombre misterioso había conseguido que pusieran confianza en él, y que les había estado estropeando cuanto habían emprendido.

¡Había llegado el momento crítico de la carrera de Nick Savoli! ¡La muerte de su imperio colgaba de un hilo!

No había más recurso para salvarle: ¡apoderarse, inutilizar a aquel hombre terrible que amenazaba al jefe supremo y a sus seis secuaces con sus pistolas!

Fue Steven Cronin quien obró. Era el que más cerca se hallaba de La Sombra. La mirada del hombre de la cara sin expresión se había movido.

Obedeciendo a un brusco impulso, Cronin se adelantó de un salto y, al abalanzarse sobre su enemigo, sacó un revólver del bolsillo.

La Sombra se echó a reír. Permaneció inmóvil, sin dejar de apuntar a los otros con sus pistolas. Era como si se sintiera protegido por una fuerza invisible.

En aquel breve instante, Nick Savoli y sus gángsters quedaron maravillados ante la serenidad del fingido Monk Thurman.

Steve Cronin exhaló un grito triunfal, al levantar la pistola. Pero se apagó su grito al sonar un disparo y salir un fogonazo de la estantería de libros.

Steve Cronin cayó muerto, con los brazos extendidos, inútilmente, en dirección de La Sombra.

La estantería se abrió y entraron seis hombres en el cuarto. Llegaron justamente a tiempo porque, al oír el disparo, otros gángsters habían entrado, osadamente, en acción.

Hubo una luche breve. Texas Carey cayó, víctima de un disparo hecho por el comisario Barney Higgins. Los demás fueron desarmados.

Tres detectives acompañaban al comisario. Los otros dos hombres eran Morris Clarendon y Harry Vincent. Capturaron, rápidamente a los pistoleros.

Nick Savoli no ofreció la menor resistencia. Ni siquiera se levantó de su asiento.

Cuando hubo acabado la lucha, Barney Higgins se volvió hacia el lugar en que se había hallado La Sombra y exhaló un grito de asombro.

Silenciosa y rápidamente, el disfrazado de Monk Thurman, había desaparecido. Su misión quedaba cumplida. Había dejado a los gángsters en manos de la policía.

La confesión de McGinnis «Ametralladora», asesino de Claudio Arma, había sido tomada por escrito por los que escuchaban detrás de la estantería.

El asesino había sido capturado ya.

CAPÍTULO XXV
EL REINO DEL TERROR ACABA

Los periódicos narraban los acontecimientos que habían conducido a la detención de Nick Savoli y de sus lugartenientes.

Una semana antes, Harry Vincent se había presentado en casa de Morris Clarendon, contando que habiendo sido capturado por los gemelos homicidas Anelmo y Genara, le había salvado un hombre, luego de haber reducido a sus verdugos a la impotencia.

Desde aquel momento, el fiscal recibió amplios informes de cuanto ocurría en los bajos fondos de Chicago. Se habían recibido cartas y llamadas telefónicas que resultaron de enorme valor para la recopilación de datos contra Nick Savoli, así como contra los gángsters de menor importancia.

Pero la nota final había sido el aviso en que se basara la policía para dar el paso definitivo. El día en que Savoli preparó la muerte de Larrigan, Morris Clarendon había recibido una carta que le daba un plan detallado para la invasión del cuartel general de Savoli.

EL fiscal, Harry Vincent y los detectives, disfrazados de trabajadores, se habían introducido en el domicilio de Howard Blake que se hallaba ausente de la ciudad, al parecer, por las modificaciones que estaban haciendo en su piso. Allí habían descubierto la máquina de gas y el enchufe del descansillo que había sido cambiado, disimulado ingeniosamente, en un agujero que daba al piso en que los pistoleros montaban guardia. Siguiendo al pie de la letra el horario que La Sombra les había preparado, y los agentes de la ley se apoderaron de los gángsters que montaban guardia.

Guiados por el plan que les enviara La Sombra, Clarendon y Higgins, seguidos de los demás, habían entrado por el pasadizo secreto, escuchando desde el otro lado de la estantería, la conferencia celebrada entre Nick Savoli y sus secuaces.

Cuando Monk Thurman se presentó, Higgins aguardaba con la pistola preparada dispuesto a meterle un tiro al primer hombre que se moviera.

Steve Cronin fue la víctima. Había intentado cruzarse en el camino de La Sombra una vez más de la cuenta.

La Sombra había estado en todas partes durante los combates de Chicago.

Corrió de un lado a otro bajo numerosos disfraces. Estuvo en el edificio en construcción al ser asesinado Larrigan, tomando fotografías que resultaron de mucha utilidad a la fiscalía. Pero su importante relación con las pruebas acumuladas nunca llegó a oídos del público. Se hablaba de él simplemente bajo el nombre de señor X, el hombre que había avisado a la policía.

La fama por el trabajo que culminó en la detención de los gángsters, se la llevaron Morris Clarendon y Barney Higgins.

La Sombra había ocultado su identidad. Había llegado a Chicago desconocido; se había marchado sin que nadie averiguara quién era en realidad.

Con su asombrosa habilidad, había provocado la rebelión entre los gángsters de Savoli y había alzado a una cuadrilla contra otra hasta hacer derrumbarse la vasta organización de los bajos fondos.

¡La Sombra había hecho la limpieza completa de Chicago!

FIN